LAURA GRECO

La Extranjera sin Nombre

La extranjera sin nombre

Laura Greco

(2014)

Paula se ha criado en un mundo de silencio y represión, en el cual no ha habido cabida para las manifestaciones de afecto, los sentimientos a flor de piel y mucho menos los cuestionamientos sobre las normas que se imponían arbitrariamente. Siendo muy joven y aún sin poder resolver su propia vida, ha tenido que hacerse cargo de su hermana menor como si se tratara de su propia hija, intentando las dos como si fueran una salir adelante en todos los sentidos que abarcan la existencia humana.

Un día, con los sentimientos entumecidos y las esperanzas y anhelos casi totalmente destruidos Paula decide alejarse de su tierra y de todo aquello que ha conocido desde siempre para comenzar una nueva vida desde el punto cero, dar vuelta su existencia misma, buscar un nuevo sentido a las cosas, por lo que recala casi sin pesarlo en España, Andalucía. Allí conoce un nuevo mundo, se abren ante ella personas, tradiciones y sentimientos con los que jamás había tenido contacto ni hubiera soñado tenerlos. El corazón de Paula, maltrecho y sufrido, se abre aunque con temor a lo nuevo y decide entregarse a Manuel, un hombre opuesto a ella, un hombre que no conoce de silencios y represiones, cuyas pasiones conducen todos sus actos.

Paula y Manuel entrelazan sus vidas, comparten un camino, aún sin comprender cada uno los códigos del otro, descubren que el amor lo puede todo, lo crea todo y lo destruye todo si aquella fuerza irrefrenable, profunda y avasallante no es conducida con propiedad. Códigos similares y equilibrio sería tal vez lo que necesitaran, pero ¿cómo conseguir ambas cosas si la fuerza que llevan dentro es superior a su propio sentido común? ¿Cómo lograr el equilibrio cuando todos nuestros temores ancestrales y nuestros deseos más básicos se conjugan para dirigir nuestros actos?

I

DE LA RUTINA Y EL DESENCANTO

“Esto no va bien”, pensé y me pregunté cuánto tiempo hacía ya que me cuestionaba exactamente lo mismo, siempre lo mismo, aunque de mil maneras diferentes, no dejaba de darle vueltas al asunto sin encontrar una salida.

No, aquello no iba bien de ninguna manera. Por más que me esforzaba en encontrarle el lado positivo, por donde mirara sobresalía y se agolpaba ante mi vista y mis pensamientos todo aquello que me agobiaba desde hacía ya demasiado tiempo, tanto tiempo que no alcanzaba a recordar. Me resultaba imposible recuperar la idea del momento exacto en que había comenzado a sentirme atada de pies y manos, amordazada por los condicionamientos mientras el inconformismo y algunas veces la ira destrozaban mi piel desde adentro con la inútil esperanza de encontrar una vía de salida, una vía de escape.

– ¡Vamos, que me voy! – gritó el conductor del autobús mientras ponía el vehículo en movimiento e intentaba cerrar las puertas, sin esperar siquiera a que la muchedumbre terminara de subir, tal y como nos encontrábamos acostumbrados en nuestra feroz Buenos Aires. La gente se aferraba a los estribos con la única ilusión suprema de llegar en algún momento a sus casas, parecería ser que ya no importaba si sanos y salvos.

– ¡Un momento! – gritaba la gente fuera, en su último intento por mantenerse aferrada mientras quienes ya estábamos dentro nos apretujábamos más y más hasta lo imposible sin casi poder respirar.

La máquina expendedora de boletos, como tantas otras veces, no

funcionaba bien y luego de rebuscar en mis bolsillos el cambio justo, ante mi desasosiego, ésta decidió no darme el comprobante.

– ¡Vamos, sacando boleto! – chillaba el malhumorado que de costumbre, quien conductor más había olvidado tanto sus modales como rasurarse en los últimos días.

– Puse las monedas pero no me da el boleto – dije a la vez que la multitud intentaba arrastrarme hacia el fondo mientras me resistía y las gotas de sudor se deslizaban impertinentes por mi frente y por mi espalda.

– Claro, claro, seguro... – respondió el conductor – ¡Vamos, apurando!

Para no crear más discordia, me deslicé un poco hacia el fondo mientras un señor que llevaba un traje gris dos tallas más pequeñas de lo que le hubiera correspondido y que no había visitado el tinte en muchos años me dejaba prácticamente incrustada entre él y un asiento, en el cual viajaban dos hombres jóvenes que regresaban de su jornada de trabajo cabeceando su sueño y prácticamente sin percibir el alboroto existente a su alrededor, ya sea por el cansancio o por encontrarse ya demasiado acostumbrados a ello. Y digo demasiado, porque tal vez no sea bueno acostumbrarse tanto a los hechos desagradables de nuestra vida cotidiana, pero supongo que no tendrían más remedio.

Durante la travesía, no debía olvidar coger mi bolso aferrándolo contra mi cuerpo todo lo posible en el constante y prácticamente inútil intento de evitar que las hábiles manos de los carteristas me quitaran el poco dinero que llevaba y los documentos, como ya había sucedido otras veces.

Así, día tras día, el viaje de ida y de regreso se convertía en un suplicio, en una pesadilla, en el purgatorio del trabajador, como si fuera poco estar fuera de casa tantas horas realizando tareas muchas veces poco gratas, también había que padecer aquel tipo de transporte tan poco digno hasta para el ganado. Un poco por la falta de infraestructura necesaria, otro poco por la poca voluntad de quienes llevaban a cabo la sacrosanta tarea de transportar a sus hogares día tras día a los trabajadores, y otro poco por aquellos misteriosos motivos que resultan tan difíciles de ser vislumbrados ya que aquello hubiera implicado un análisis imposible de realizar en medio de aquella situación mientras una se tragaba el sudor que

se escurría irrespetuoso por el rostro.

Aquella noche descendí en la parada que me correspondía intentando rescatar mi bolso de entre la gente agolpada en la puerta de salida, sudada y agotada luego de una hora completa de viaje, del ruido del tráfico, de los semáforos, de los atascos, de los frenazos y de los acelerones. Me sentí aliviada al entrar en contacto con el oxígeno exterior y la fresca brisa de la noche. Me tomé un instante para comprobar que todo estaba en orden, que no me faltaba nada, como hacía cada vez que descendía de un vehículo público en Buenos Aires y me veía obligada a viajar en aquellas condiciones. Respiré profundamente intentando que mis pulmones recuperaran algo de oxígeno, contradictoria actitud ya que inmediatamente después encendí un cigarrillo. Aproveché para relajarme unos instantes escuchando a Nirvana durante el último trayecto hasta mi casa andando.

Aceleré mi paso los 500 metros que separaban la parada de autobús del piso en el cual vivíamos mi hermana Ana y yo. Siempre lo hacía. Ella se quedaba sola toda la tarde, lo cual me producía una gran culpa al tener que dejarla y permitir que se ocupara de sí misma, aunque así lo habíamos hecho durante prácticamente toda su vida. Quienes no nos conocían pensaban que era mi hija ya que nos llevábamos muchos años de diferencia y desde hacía mucho tiempo me ocupaba de ella como si lo fuera.

Entrar al viejo edificio cuyo mantenimiento parecía haber sido olvidado desde su construcción me recordó una vez más que mi esfuerzo no era suficiente ya que no estaba en mis posibilidades conseguir algo mejor, a pesar de las largas horas de trabajo y de todo el empeño que pusiera por mejorar. Subí al viejo ascensor de rejas de hierro que casualmente se encontraba en la planta baja y al marcar la quinta planta éste no reaccionó. Esto no me sorprendió realmente, ya que varias veces a la semana aquella reliquia de la tecnología nos dejaba tirados a todos y nos obligaba a subir por las escaleras.

Un esfuerzo más, pensaba, sólo uno más, mientras intentaba no tropezar con los escalones en la oscuridad ya que las luces supuestamente automáticas no duraban lo suficiente como para que una persona normal pudiera subir todo un tramo de escalera sin quedarse a oscuras. Al abrir la puerta del piso, las luces se

encontraban completamente apagadas a excepción de la pequeña lámpara del cuarto de Ana, me preocupó y me precipité a ver qué sucedía sin siquiera quitarme el abrigo o dejar el bolso. Encontré a Ana tumbada en la cama, cubierta de mantas y de sudor.

– Me siento mal. – dijo ella al acercarme, me miró con aquella sonrisa que jamás se le quitaba de los labios ni de los ojos cuando me veía.

– ¿Qué pasa, mi vida? – pregunté acariciándole la frente, quitando los mechones de cabello que le ocultaban el rostro y besándola en las mejillas.

– No sé, me duele la garganta ...

Estaba ardiendo en fiebre la pobrecilla, parecía tan pequeña allí escondida entre las mantas, a pesar de sus 13 años, por un momento me recordó a cuando era muy pequeña y las tantísimas veces que habíamos pasado juntas por la misma situación.

Cuando el médico se marchó y Ana se durmió ya eran las 2 de la madrugada. Aunque no había probado casi bocado desde el desayuno apenas tenía hambre, abrí el frigorífico intentando buscar algo para comer, pero todo lo que veía me resultaba poco apetecible. Finalmente cogí un yogur, el cual abrí con desgano y comí a espaciadas cucharadas sentada a la mesa de la cocina. Mientras tanto pensaba qué haría al día siguiente, ese mismo día en realidad, ya que no podía dejar a mi hermana sola, o al menos no deseaba hacerlo, y sin embargo sabía muy bien que no me justificarían una ausencia en el trabajo por semejante motivo. Una y otra vez, durante años, la misma situación, la encrucijada, la espada y la pared, si la dejaba sola me sentía culpable y además no confiaba en que se recuperara pronto, ella me necesitaba, pero por otra parte si terminaba perdiendo el trabajo como otras veces había sucedido por ocuparme de cuestiones personales no podríamos pagar nuestras cuentas y ni siquiera comer. A las seis ya debería estar levantándome, no me quedaba mucho tiempo para pensarlo y menos le quedaba a ella para recuperarse antes de que llegara el momento de decidir si marcharme a trabajar o no.

Me encontraba sumamente cansada, agotada, y sin embargo no me sentía capaz de conciliar el sueño, me acerqué a la cama de Ana, me senté a su lado y la observé dormir durante unos minutos, su cabello rubio brillaba con la tenue luz de la lámpara y sus mejillas

se encontraban sonrojadas por la fiebre, me acerqué a besarla y pude sentir el calor irradiando de su piel. Al acostarme, comencé a revolverme para un lado y para otro, no podía dejar de pensar, mi cabeza funcionaba tan rápidamente que los pensamientos se confundían y el agobio me llevó a sentarme en la cama en más de una ocasión intentando relajarme. No había caso, aquella noche sería una noche más entre tantas que no podría dormir. Hasta que diez minutos después de poder cerrar los ojos y comenzar a relajarme sonó el despertador, con su típico timbre detestable.

– Puedo quedarme sola – dijo Ana con un hilo de voz al despertarse por el mismo despertador.

– Sí, claro, lo sé. – respondí, acostumbrada a escuchar aquel comentario ya que ella siempre podía hacerlo todo sola, o al menos eso era lo que intentaba más allá de cualquier cosa que se le pusiera por medio.

– Hablo en serio. – insistió cuando me asomé a la puerta para verla.

– Lo sé. – volví a responder—¿Cómo no voy a saberlo? Preparé su desayuno, pero ni siquiera lo tocó, como casi siempre y me dispuse para la jornada de trabajo, sabiendo que la culpa, los pensamientos nefastos y el agotamiento de no haber dormido durante toda la noche me acompañarían durante todo el día.

II

SOLIDARIDAD

A pesar de haberme levantado apenas escuché el despertador aquel día llegué tarde al trabajo... Hay cosas que no se pueden prever, como un paro de los trabajadores del metro que dejó colapsadas las calles del centro de la ciudad e hizo que un viaje en autobús de una hora durara aproximadamente el doble. Me pregunté una y mil veces por qué no me había quedado en casa ese día, por qué no había llamado diciendo que era yo la que se encontraba enferma. Me cuestioné todas mis decisiones, las cuales parecían ser equivocadas la mayoría de las veces, por más que siempre intentaba hacer lo mejor y cumplir las normas para no tener problemas, las cosas salían exactamente al revés y no lograba mi cometido.

Cuando faltaba poco para llegar al trabajo decidí seguir mi camino andando ya que lograría estar allí mucho más rápido, con aquel atasco, que quedándome en el autobús. Llegué cansada, bañada en sudor una vez más y con la ansiedad oprimiéndome el pecho y apenas dejándome respirar. No sé cómo pero muchos de mis compañeros ya estaban allí, por lo que volví a preguntarme qué estaba haciendo mal para no lograr mis propósitos. Mi jefe, por supuesto, ya estaba sentado a su escritorio, aunque generalmente no lo estaba cuando yo llegaba temprano, me recibió con indiferencia y casi con desprecio, con un gesto de abatimiento y frustración total por mi pobre desempeño.

La mínima oficina de dos por dos metros, pintada de gris y sin luz natural, comenzó a caer sobre mi cabeza y mis hombros con el

peso de miles de toneladas mucho antes del mediodía. Hacía varias horas que me encontraba sentada frente al ordenador, haciendo mi trabajo contra reloj, con las múltiples e inútiles interrupciones de siempre y con el malhumor de todos y cada uno de aquellos que se suponía eran mis superiores aunque ni siquiera tuvieran una mínima idea del trabajo que me encontraba realizando ni del suyo propio. Me preguntaba también qué era lo que les causaba tanto mal humor si era yo quien prácticamente realizaba su trabajo y por mucho menos dinero del que ellos ganaban. Era yo la que desperdiciaba horas enteras de mi vida cumpliendo los caprichos arbitrarios de todos y cada uno de ellos quienes no tenían siquiera una pálida idea del concepto de "eficiencia", mientras ellos discurrían en almuerzos interminables y cafés a todas horas en los mejores bares del centro con la excusa de las "relaciones públicas" cuyo concepto, ese sí, parecían conocer a la perfección. Era exactamente a mí a quien llamaban para que acudiera a las reuniones y ofreciera los datos que ellos desconocían por completo ya que jamás ensuciaban sus delicadas manos y mucho menos sus incorruptas mentes con información que no llegarían jamás a comprender. Sin embargo el malhumor lo llevaban ellos, tal vez para aparentar que de alguna manera padecían para ganar el abultado sueldo, de hecho irrazonable, casi diez veces mayor que el mío.

Mi jefe, un hombre robusto y excedido de peso, permanentemente cansado de la vida en si misma, llevaba trajes carísimos generalmente sobre la gama de los marrones, con camisas que por la mañana temprano se veía habían salido impecables de su casa pero que mostraban los estragos del sudor al poco rato de estar en la oficina. No existían demasiados motivos para que aquel hombre sudara de aquella manera, ya que su trabajo era en sí mismo bastante relajado y la carga de responsabilidad la depositaba en mí, aunque no asimismo la autoridad ni la recompensa.

– ¿Dónde están los informes para Miami? – preguntó sin siquiera mirarme, de pié al otro lado de mi escritorio.

– Me faltan algunos datos – respondí apresurándome aún más, y era verdad, mis informes dependían de los datos que me hicieran llegar los otros departamentos.

– ¿Por dos datos de mierda que tenés que ingresar y no sos

capaz de hacerlo? – me increpó disgustado.

– No son dos datos y no están listos porque no recibí la información completa todavía. – respondí intentando mantener la calma y no responder lo que realmente sentía.

Se alejó furioso y amenazando con que debía tener todo listo a más tardar en una hora, por lo que tuve que enfrentarme con media compañía para recibir la información faltante y con lo que conseguí hacerme enemigos por todas partes. Sin embargo y a pesar de todos los métodos a mi disposición que utilicé para conseguir lo que necesitaba la información completa no llegó a tiempo ...

Necesitaba salir a almorzar, no tanto para comer sino para salir de allí al menos por un momento y llamar a Ana para saber cómo estaba, ya que no podía dejar de pensar en ella y desde la oficina no podía realizar llamadas personales. Mientras cogía mi bolso para salir mi jefe volvió a increparme.

– ¿Adónde vas? – preguntó

– A almorzar – respondí

– Hoy llegaste tarde, vas a tener que compensar, la secretaria de Jiménez tiene que ir al médico y tenés que cubrirla. Te está esperando.

Jiménez era nuestro director y tenía una consideración especial para con su secretaria, lo cual yo no veía mal, salvo cuando su carga de trabajo se dirigía hacia mí, como en aquel caso y otros innumerables.

Aquel no fue un buen día, como tampoco lo habían sido tantos otros, ni prácticamente ninguno en los últimos tiempos, y mi pecho estallaba en impotencia sin encontrar una salida valedera a aquella cruel trampa que me había tendido no sé yo si la sociedad, el destino o yo misma. Necesitaba salir de allí, encontrar otro sitio en el cual trabajar y sentirme mejor y ganar más dinero y poder entregar todo mi potencial. Aquel día hice horas extras, que claro está no fueron pagadas, porque vendría el programador que sólo podía llegar a las siete de la tarde y alguien debía quedarse para explicarle nuestros problemas y necesidades, y según mi jefe yo era la persona más idónea para comentárselas... Sabía que aquello tomaría más tiempo del que hubiera deseado, pero mientras tanto, entre mi horario de salida y la llegada del programador, quien como de costumbre se encontraba demorado, me entretuve sirviendo café

y whisky en una de las tantas reuniones de mi jefe, a quien se le daba por citar a la gente a partir de las seis de la tarde. Así, entre servir refrigerios y dilucidar con nuestro hombre de sistemas los mejores métodos para sacar adelante nuestro trabajo se hicieron las diez de la noche cuando pisé el umbral de la puerta de salida de la empresa.

El frío había decidido instalarse y la llovizna colaboraba para que éste se filtrara más favorablemente en mi cuerpo. Caminé rápidamente hasta la parada del autobús y me encontré con una inmensa fila de personas que, como yo, deseaban desesperadamente llegar a sus casas. Esperé allí casi una hora ya que los autobuses llegaban a la parada ya repletos y apenas podían subir dos o tres personas, algunos de ellos ni siquiera se detenían o se detenían a veinte metros para dejar bajar a la gente pero no abrían sus puertas delanteras para que nadie más ingresara.

¿Qué podía hacer? Ya había recorrido varios trabajos y en todos y cada uno de ellos me había encontrado con situaciones similares. Sin embargo, me resultaba imposible pensar que continuaría en aquel sitio por mucho más tiempo, no podía creer que no existiera otra salida, que tan sólo me quedaba conformarme y resignarme a lo que me había tocado en suerte, que no podía ser artífice de mi propio destino. Ni siquiera podía cumplir con lo que Ana necesitaba de mí y aquello se clavaba en mi pecho despedazándolo. La impotencia me superaba y las lágrimas oprimieron mi garganta hasta llegar a mi casa sin haber encontrado una solución al problema.

Cuando llegué a casa, Ana me esperaba en la cama, un poco mejor y medio despierta.

– Que tarde es – me dijo. – Debes estar muy cansada.

– Sí, princesa, es muy tarde. Te quiero. – le dije mientras la abrazaba fuertemente contra mi pecho e intentaba retener en mi cuerpo y en mi alma su tibieza, su inocencia, el olor a fresa de su cabello y su amor.

III

LA FASCINACIÓN DEL TEDIO

– ¿Falta mucho para la comida? – preguntó Alfredo mientras hacía zapping de un canal de deportes a otro.

Hacia ya muchos años que él y yo nos conocíamos y bastante tiempo también que las cosas ya no eran como al principio de la relación.

– Diez minutos – respondí haciendo malabarismos desde la cocina.

No es que fuera la gran cena, pero al encontrarme cansada después de haber trabajado todo el día cualquier cosa que hiciera me requería un esfuerzo adicional resultándome agotador y pesado, hasta preparar unas milanesas con puré. Alfredo había adquirido el mal de la costumbre, luego de tanto tiempo juntos se había apalancado en casa y llevaba una vida relativamente sencilla y medianamente cómoda. Pasaba algunas noches conmigo y otras en la casa de sus padres.

– ¿Cómo te fue hoy? – le pregunté mientras servía la cena y él me esquivaba, cada vez que yo pasaba frente al televisor, a fin poder ver una de las tantas repeticiones de los tantos goles del fin de semana.

– No sé, dicen que me van a llamar. Creo que me fue bien.

respondió sin mirarme.

– Bueno, pero hay que seguir intentando. ¿Preparaste los

currículum para mandar?

Silencio.

– Alfredo –insistí—¿preparaste los currículum?

– No, todavía no. Después lo hago.

Ya se me había hecho costumbre aquel tipo de conversación, aquel tipo de conversación en la que sentía que le estaba interrumpiendo de algo muy importante, como por ejemplo ver los deportes por televisión, y que por otra parte le estaba agobiando con mi interrogatorio sobre si había conseguido trabajo, o cómo le había ido en las entrevistas, o si había preparado las cartas para enviar respondiendo a los anuncios.

Alfredo había tenido sus buenas épocas, o al menos épocas mejores que aquella en la cual se encontraba prácticamente desocupado o subempleado. Él se angustiaba algunas veces por su situación y se sumergía en una depresión que parecía sólo permitirle ver la televisión. Me preguntaba a mi misma frecuentemente si no me estaría extralimitando en mis funciones de pareja y si no lo estaría consintiendo demasiado. Era cierto que resultaba sumamente difícil conseguir trabajo, aún cuando él tenía 36 años existía muchísima competencia de personas más jóvenes dispuestas a trabajar por menos dinero. Sin embargo, algo en mi interior me decía que él no estaba haciendo todo lo que se encontraba a su alcance para conseguir trabajo o para salir adelante en la vida.

Alfredo era la clase de persona que necesita constantemente un estímulo para hacer las cosas y yo intentaba dárselo tanto como podía, aunque a veces tuviera que sacar de mi propia energía hasta quedarme casi vacía. Cuando lo conocí acababa de salir de una relación bastante traumática en la cual aparentemente su autoestima había quedado destruida. Digo, aparentemente, ya que en realidad con el tiempo comprendí que no era exactamente de aquella manera. Tal vez haya sido el deseo que a veces se tiene de que las cosas sean de una forma determinada, o el espíritu de samaritana que se oculta agazapado esperando salir para trastornarnos la vida luchando por causas casi perdidas, lo que me hizo ver en él a alguien que no era.

En el fondo me daba mucha pena lo que le sucedía, su anterior pareja que no lo valoraba, sus amistades comunes que lo habían hecho a un lado y hasta su propia familia que lo condenaba por haber terminado con aquella relación de su novia de la infancia. De algún modo sentía que la relación conmigo era lo único claro y

seguro que él tenía en la vida, por supuesto que aquello no era cierto, porque nunca somos tan importantes para el otro como pretendemos o imaginamos ser.

Alfredo cenó para luego acomodarse en el sillón una vez más y ver más plácidamente el programa de su interés mientras yo recogía la mesa. Ana se había quedado a dormir en casa de una amiga y eso a mí me dejaba por un lado más libre pero por otro me producía cierto vacío. Me había acostumbrado tanto a hacer las cosas para ella y con ella que cuando no estaba conmigo la echaba muchísimo de menos. Concretamente, también me fastidiaba el hecho de que aquella noche la tuviéramos para nosotros dos y sin embargo fuera una noche como cualquier otra y tal vez un poco peor. Una noche de lunes saturada de deporte televisivo y rutina. Muchas veces, cuando estábamos los tres en casa, él se ponía cariñoso conmigo y yo le ponía cierto freno hasta esperar a que la casa quedara más tranquila, así que aquellas situaciones en las cuales en realidad podíamos hacer lo que nos viniera en gana y él se incrustaba en el sillón frente a la tele me desmoralizaban.

Habían cambiado tanto las cosas, hacía cinco años no hubiéramos perdido el tiempo con esas tonterías, hubiéramos conversado hasta altas horas de la noche, café de por medio y luego nos habríamos sumergido en la pasión que nos desbordaba, o al revés, o eso mismo sucesivamente, charla y pasión, pasión y charla hasta que ya no nos quedaran ni fuerzas ni palabras. Pero ya no. Noche de lunes y nosotros allí, él cautivado por el deporte y yo sentada a su lado bostezando y mirando la hora para ir a dormir. Algunas veces sentía que simplemente me encontraba velando los restos de nuestra pasión extinguida. Éramos patéticos.

– Bueno, me voy a dormir. Ya es tarde. – dije sin saber si se quedaría o se marcharía.

– Ahora voy – respondió mirándome rápidamente y esbozándome una inocente sonrisa mientras yo pensaba que por mí, a aquella altura de la noche, ya podía quedarse entretenido todo el tiempo que le pareciera.

No me resultó sencillo conciliar el sueño. Por un lado me molestaba el volumen del televisor y por otro me sentía frustrada por la situación que vivíamos. Deseaba volver a la situación anterior aunque sabía perfectamente que aquello no era posible. No es

posible volver al principio de una relación en nada, todo cambia, nosotros mismos cambiamos y el desgaste lo invade todo. Sin embargo, en el fondo, yo seguía siendo la misma, en los buenos momentos lo deseaba como el primer día, pero luego, todo lo cotidiano que me molestaba me hacía sentir agotada y frustrada. Finalmente, luego de dar vueltas en la cama durante aproximadamente una hora me quedé dormida, lo cual era bueno ya que a las seis de la mañana debía estar en pié.

Lamentablemente, no pude descansar tanto ni tan bien como esperaba ya que al rato de dormirme Alfredo se metió en la cama y me despertó. Era un hábito que había adquirido, cuando se quedaba levantado y yo me iba a dormir, muchas veces me despertaba para hacer el amor. Sin embargo, aquellas sesiones no resultaban realmente placenteras ya que parecía un acto automático más destinado a eyacular que a disfrutar de todo el momento.

Hacía tiempo que me preguntaba por qué motivo seguía aquella tediosa rutina, qué estúpida fascinación ejercía sobre mí para no poder deshacerme de ella como de una ropa vieja que ya no me servía, como cuando algo nos queda una talla o dos más pequeña y ya no podemos seguir utilizándolo. ¿Es que me había vuelto masoquista? ¿Es que no quería romper con el estereotipo de la mujer insatisfecha luego de varios años de relación? Obviamente el afecto me unía a Alfredo, así como varios proyectos que habíamos abrazado juntos y que estaban allí en el cajón de los temas pendientes para cuando las condiciones estuvieran dadas. Todo parecía relegarse a cuando las condiciones estuvieran dadas. Hacer el amor con tiempo, mucho tiempo y mucho gusto, mudarnos, comenzar una empresa juntos, en fin, tener una vida en común llevada a cabo con ilusión entre otras cosas, para todo aquello parecían no estar dadas las condiciones...

Si miraba a mi alrededor, salvo excepciones, la mayoría de las mujeres vivían en situaciones parecidas a la mía aunque no lo confesaran siempre abiertamente, pero algunas veces sí lo confesaban en momentos de angustia. Familiares y amistades, todas ellas, llevaban años de relación casadas o no y coincidían en este tipo de experiencias. Me resultaba patético pensar que estaba convirtiéndome en una de ellas, e intenté recordarme a mi misma hacía pocos años, intenté aferrarme a esa imagen y a los

sentimientos que albergaba en aquel entonces. No podía convertirme en eso, no podía resignar mi vida a lo que sucediera, a la rutina y la monotonía, renunciando hasta al profundo placer de mi cuerpo.

El despertador me despojó de las abrigadas mantas y el profundo sueño de tres horas que había conseguido. Me levanté como todos los días, aunque no tuve que prepararle el desayuno a Ana y llevárselo con un beso, una de las cosas más dulces que me sucedía a lo largo del día. Preparé el desayuno para Alfredo y para mí, me vestí mientras lo tomaba y salí corriendo. Lo dejé a él en la ducha preparándose para hacer algo de su vida durante el día aunque vaya a saber qué.

Salí a la calle, apenas estaba amaneciendo, las pocas personas que pasaban por allí apuraban el paso para no llegar tarde a sus tareas cotidianas, la llovizna caía impertinente y tenaz ignorando la protección de mi gabardina. Los negocios aún no habían levantado sus persianas. Busqué un cigarrillo en los bolsillos y me encontré con la caja vacía, me di cuenta que el kiosko tampoco había abierto mientras la hacía un bollo en mi mano y corría para coger el autobús ya que de otra manera hubiera tenido que esperar por media hora.

IV

SOBRE LA AUTOESTIMA QUE CUANTO MÁS BAJA MÁS ALTA

Algunas veces parecemos confundir los términos y los conceptos. La sociedad de consumo nos invade con términos y definiciones que se nos meten en la cabeza y que interiorizamos de manera tal que parece hubiéramos nacido con ellos, pero que de ninguna manera son reales. Cuando alguien que está a nuestro alrededor nos machaca la psiquis haciéndonos sentir culpables por su miserable existencia y forma de vida decimos que esa persona tiene una baja autoestima, pero a decir verdad y de acuerdo a mi propio criterio y mínima experiencia, quienes tenemos la baja autoestima somos nosotros que permitimos que este tipo de personas se aferren a nosotros y beban de nuestra sangre como garrapatas.

Hay personas que parecieran tener un arte tan sofisticadamente desarrollado que resulta difícil a primera vista identificar si se trata realmente de alguien con una autoestima muy baja o de un ser simplemente egoísta que pretende utilizar el artilugio del desprotegido para someternos a su infantil voluntad. Como en el caso de Alfredo, simplemente por mencionar un ejemplo, parecía que el mundo entero se encontraba en su contra y pretendía su infelicidad, mostraba una aparente baja autoestima para iniciar cualquier tipo de nueva actividad, cuando realizaba algo y fallaba en ello se empeñaba en encontrar culpables en cualquier sitio menos en sí mismo, aunque nunca le faltaba la frase “todo lo hago mal” o “todo me sale mal” o “no sirvo para nada”, pero luego no se hacía cargo de los errores cometidos y lo dicho anteriormente

parecía más que nada una manera de conseguir la lástima del otro. De igual manera, en una discusión cualquiera no era capaz de realizar ningún análisis introspectivo, sino que simplemente dejaba abierto el grifo de “¿y ahora qué hice?” o “soy el peor”, bloqueando de aquella manera cualquier tipo de conversación constructiva y diálogo. Al principio me sentía profundamente culpable, sentía que lo agobiaba más de la cuenta, que tal vez debía ser más condescendiente con él y no tan exigente pretendiendo que se auto analizara en lugar de colocarse rótulos despectivos constantemente, pero luego me di cuenta de que las cosas no era así, de que aquellos rótulos los utilizaba para hacerme sentir miserable, para colocarse en una posición de desfavorecimiento universal y de alguna manera obligarme a consentir su actitud inmadura y sus arranques destemplados.

Quien realmente tenía una autoestima tan baja que sentía no tenía derecho alguno siquiera instantes era yo, trabajando preocupándome y retorciéndome humana mientras él simplemente miraba la televisión para, según él decía, abstraerse de la realidad. Y no me sentía siquiera capaz de presionarle demasiado, ante su fragilidad aparente y su situación de víctima, me sentía culpable por dejarle solo cuando debía quedarme trabajando más de la cuenta para mantenernos y él no dejaba de reprochármelo cuando llegaba: “te extrañé, me dejaste solo”, etc., etc., y entonces intentaba compensarlo por mi abandono, entristeciéndome por su soledad y su incapacidad por procurarse una vida social por sí mismo o al menos cualquier tipo de actividad o afición a la felicidad ni por mientras él dormía, en mi propia miseria

Hasta que finalmente llegué a esta conclusión y es que muchas veces algunos de quienes están a nuestro alrededor nos manipulan como marionetas con sus pseudodepresiones y su vida sin sentido, mientras otros no hacemos más que intentar salir adelante y llevar una vida normal, o simplemente intentar sobrevivir. Dejamos gustos y aficiones para complacer a aquellos seres que se acercan a nosotros con una necesidad del otro enfermiza, que como parásitos se pegan a nosotros para tener una vida, seres que parecieran no haber superado la etapa infantil ni haber siquiera sobrellevado los cinco años de vida, con pulsiones y necesidades caprichosas, incapaces de realizar un razonamiento sobre sí mismos ni de ver al

otro objetivamente más que como una gigantesca madre que los abastece de todo lo emocional que necesitan. Nos desgastan, nos dejan vacíos y mantienen viva en nosotros la llama de la culpa por hacerles más daño aún del que el mundo mismo les causa si no respondemos con una sonrisa a sus caprichos.

Lo peor de todo esto es que cuando nos damos cuenta de la ciénaga enfermiza y ávida en la cual estamos atrapados y que nos devora al ritmo de nuestra propia respiración, cuando decidimos decir “no” o simplemente seguir nuestro camino, nos convertimos a los ojos de los demás en seres despóticos y egoístas, incapaces de considerar las necesidades de los demás. Se da vuelta la baraja y pasamos a ser los desalmados de la historia mientras el otro se incrusta más y más en su papel de víctima ya que existen muchas otras personas, observadores externos, que son incapaces de comprender esta trampa de las psiquis y las emociones, una trampa que nos destruye y nos mina como una enfermedad, enfermedad que a mi modo de ver sería lo más sano arrancar desde sus propios inicios, aunque con ello debamos arrancar una parte de nosotros mismos.

V

SOBRE LA BÚSQUEDA DE NUEVOS HORIZONTES

Me preguntaba cuánto puede soportar el ser humano, más bien, cuánto podía soportar yo misma una situación sumamente incómoda sumada a la frustración y la impotencia colgada del cuello constantemente.

Siempre me había sentido diferente, ya que lo que para la mayoría de las personas parecía ser normal para mí no lo era y así también al contrario. Permanentemente me cuestionaba mis apreciaciones intentando realmente dilucidar si era realmente mi persona la que se encontraba tan equivocada en el criterio de vida o si el resto del mundo se había convertido por obra y gracia de la civilización en una masa inerte casi sin voluntad propia, que sigue los designios estipulados por los grupos mayoritarios, una masa incapaz de albergar, cuidar y concretar un sueño propio, un sueño que fuera más allá de lo que la televisión o las revistas de moda y actualidad designaban. Me cuestionaba dónde había quedado la pasión del ser humano, la verdadera pasión y los ideales, "ideales" término tan mal interpretado en los últimos tiempos, menoscabado y hasta mal visto, un término que no podía ser mencionado en demasía ya que aquello implicaba que aquel que lo pronunciaba guardaba alguna oscura intención de subvertir el sistema, producir algún cambio y en definitiva una fuente de inspiración superior a no llevar la ropa de moda o conseguir el coche último modelo.

Habíamos trabajado muy duro con Ana para salir adelante, para sobrevivir y aún así mantener encendidos nuestros sueños. Ana

tenía sus propias ideas y expectativas de la vida, sin embargo algunas veces me sentía ligeramente culpable por cargarle con algunas de las mías y más aún, por colaborar en alimentar aquellos sueños que tal vez nunca se convertirían en realidad y que por el contrario nos embargarían de dolor y frustración. Cada día dedicábamos un rato al menos a divagar sobre lo que deseábamos y cómo conseguirlo, pero así también cada día sucedían cosas que nos traían cruelmente la realidad a la cara abofeteándonos con ella sin piedad alguna.

Resultaba imposible evadirse constantemente, sobre todo cuando aquello que produce placer es infinitamente menor a lo que nos agobia o nos fastidia.

Cada día me deslizaba delante de los grises edificios, muchos de ellos iguales los unos a los otros, con sus oscuras y desgastadas fachadas que me recordaban día a día que el hombre no sólo puede construir cosas hermosas u obras de arte, sino también colmenas producidas sin imaginación alguna simplemente destinadas al almacenamiento abarrotadas de de individuos humanos. Las estrechas calles personas corriendo estresadas hacia sus ocupaciones sin hacer gala de consideración alguna por aquellos a quienes encuentran a su paso, dispuestos sí en todo caso a pasar por encima de cualquiera aunque aquel cualquiera fuera un niño, golpeándole con su duro maletín de ejecutivo como si aquello fuera necesario para abrirse paso. O personas vagando en busca de alguna forma de supervivencia, buscando y revolviendo entre la basura los restos aún útiles de una sociedad harto consumista que produce mucho más de lo que puede utilizar. Los autobuses repletos como si transportaran ganado pero sin las medidas de seguridad y cupo máximo que se pueden prever al llevar un grupo de reses al matadero. El tráfico intenso y los atascos constantes que obligaban a realizar 3 kilómetros en 30 minutos, la contaminación, la escasés de trabajo, los bajos sueldos que hacían imposible subsistir, las largas horas en ocupaciones vacías y obligatorias, los políticos corruptos, los ciudadanos indiferentes que pasan de todo como si nada les tocara de cerca escudándose con el “éste no es mi problema”, o el viejo y aburrido discurso quejoso sin pensar en ninguna forma de resolver las situaciones, sin importarnos lo que le sucede al otro, sin darnos cuenta de que todos vivimos, en

definitiva, en medio de una masa gelatinosa gris, agobiante y asfixiante que sólo se rompe a principio de mes cuando cobramos nuestro sueldo y tenemos la inmensa dicha de reponer la compra. En otros casos algunos nos refugiábamos en los libros, en una supuesta intelectualidad, en la filosofía y esas cosas que por muy interesantes que sean y por mucho que cultiven nuestro intelecto al final no hacen más que dejarnos un sabor amargo, algunos nos refugiamos en ello como otros pueden refugiarse en una borrachera, sin existir demasiada diferencia entre uno y otro ya que las consecuencias de ninguno son positivas, el borracho se levanta con resaca y el intelectual con frustración e impotencia.

Dicen que el jardín del vecino siempre se ve mucho más verde que el nuestro, aunque esto no sea realmente así, lo que tiene el otro siempre nos parece mejor, y a mí sinceramente me agobiaba ya el entorno, la situación y mi propia persona, tanto que aquel agobio ya casi me impedía respirar. Allí nomás pisando las próximas elecciones de gobierno, de verdad que daba igual el resultado ya que en el fondo sabía que sería exactamente lo mismo. Aunque me equivoqué ya que no fue lo mismo sino bastante peor, y cada vez los políticos de turno le cargaban la culpa a los anteriores, de una manera tan descarada que jamás pude comprender cómo podían repetir una y mil veces el mismo discurso sin que nadie les partiera la cara, aunque con semejante cara de piedra nada les hubiera hecho daño.

Tampoco podía caminar por la estación Retiro y ver a los niños de la 31 que se acercaban para pedir algo que comer, mientras los ejecutivos sólo pensaban en llegar a tiempo a donde fuera y en que nadie les ensuciara con mano de pobre su traje nuevo de confección. Nada parecía importarle a nadie, tanto que ya no sabía si sufría más por aquellos niños o por mí misma, al sentir que vivía en una sociedad absurda y consumista, individualista y sin conciencia. Claro que conocía a tres o cuatro con los mismos trastornos mentales que yo, pero sin embargo aquello no me ayudaba a sentirme mejor. Pensaba en mi hermana, que hacía planes sobre tener una profesión, ir a la universidad, tener una buena vida, y a la vez cogíamos aquellos taxis conducidos por arquitectos y otros profesionales que no habían encontrado un sitio para desarrollar su capacitación profesional. Y la miraba a ella, y

los miraba a ellos, y me veía a mí misma y la angustia y la impotencia se apoderaban de mí por completo convirtiéndome en un manojo de nervios incontenible.

Había intentado hacer un par de cosas, había intentado modificar algunas situaciones, formado parte de asociaciones y ong ´s, con resultado catastrófico ya que en el fondo nada se modificaba y aquello de llevar el medio kilo de arroz una vez a la semana jamás había sido lo mío.

Por lo del jardín del vecino que mencionaba antes, una idea de pronto se instaló en mi cerebro y en mi pecho como una lanza invisible y fue totalmente imposible desterrarla: huir. Sentía que si salía de Buenos Aires las cosas serían mejor, o al menos diferentes. Debía existir algún sitio en el mundo en el cual las personas se preocuparan por las otras, donde después de los 30 no se fuera una anciana para conseguir un trabajo y en el cual se pagaran salarios que alcanzaran para poder vivir. Debía existir algún sitio en el cual una persona pudiera estudiar y desarrollar su potencial, vivir en paz y tranquila, pagando impuestos que al menos en su mayor parte fueran destinados a la sociedad y no a la nueva casa de algún funcionario.

Así fue como comencé a gestar aquella idea, sintiendo que necesitaba alejarme de allí, con la intensa necesidad de huir de lo que me rodeaba, de destrozar la rutina que me anquilosaba y la cual hasta me había quitado el deseo de seguir adelante. Ni siquiera lo racionalizaba demasiado, era como cuando en la sabana las cebras van hacia otro territorio en época de sequía, simplemente se trataba de buscarse la vida.

Sinceramente, no había nada que me retuviera en Buenos Aires, ya que a mi hermana podía llevarla conmigo a donde fuera. Mi madre había muerto ya y mi padre había desaparecido de mi vida hacía mucho tiempo. No teníamos familiares prácticamente y los que teníamos apenas amigos siempre eran del necesidad, por lo que no había grandes afectos para echar de menos en caso de partir recordaban nuestra existencia y los momento, por la circunstancia o la

VI

AMOR DE MADRE

Nuestra madre no formaba, habitualmente, parte de nuestras conversaciones, no porque evitáramos hablar de ella, sino simplemente porque no tenía sentido hacerlo, no formaba parte de nuestras vidas y ni siquiera habíamos tenido jamás demasiado en claro lo que significó para nosotras. Así, que como no nos sentíamos capaces de extraer experiencias muy positivas al respecto su imagen permanecía en un olvido relativo a la espera, tal vez, de encontrarle algún sentido a todo lo sucedido.

Nuestra madre se casó con mi padre siendo muy joven, demasiado joven según sus propias palabras, y al poco tiempo nací yo. No tengo grandes recuerdos de mi infancia con ella y creo que más que nada es debido a que de alguna manera he intentado borrarlos de mi mente. Dicen que siempre se sintió demasiado joven y frágil como para hacerse responsable de una hija, así que cuando tuve edad suficiente me envió a un colegio internado del cual supuestamente podía salir los fines de semana; pero eran muy pocos los fines de semana que salía, ya que ella no venía a recogerme a menudo. Así podían pasar meses sin que saliera del colegio, sin que pudiera ver o conocer otra cosa más que aquellas viejas instalaciones, mi cuarto compartido con otras seis niñas, las monjas, siempre las mismas monjas, el temor a Dios y al infierno, la obediencia y el deseo de mi mente, mi espíritu y mi cuerpo desmenuzado en miradas que durante horas se perdían a través de un cristal por conocer más del mundo exterior, un mundo al cual permanecía totalmente ajena, como quien permanece años enteros

sentado frente a la pantalla de un televisor, todo sucedía allí fuera pero yo nunca formaba parte de ello. Hasta las vidas de las personas que me rodeaban, de aquellas tangibles que se encontraban de mi lado del cristal, resultaba extraña y hasta extravagante para mí. Las niñas perdían el interés por mi persona fácil y rápidamente, mientras yo las escuchaba conversar entre ellas e intentaba imaginar aquello de lo que hablaban, una familia, hermanos, tíos, primos, un regalo de Navidad, casi cualquier cosa que ellas mencionaban me parecía lejana y sólo podía alcanzarla con la imaginación. No sentía dolor por ello, sino tan sólo asombro. Como si de una extraterrestre se tratara no comprendía algunas veces lo que sucedía a mi alrededor y en la práctica los únicos códigos conocidos me resultaban los del silencio y la obediencia. No culpo a mis compañeras de internado por perder el interés hacia mí fácilmente, ya que tampoco me encontraba yo dotada por del don de la elocuencia y la capacidad de relacionarme rápidamente, sino que más bien permanecía en mi pequeño inframundo interior, generalmente leyendo y recreando las historias de los demás en mi mente o plasmando en el papel con líneas y colores el mundo que me rodeaba y aún aquel que simplemente imaginaba.

Muchas veces sentía que si pintaba una montaña estaría más cerca de ella; o una casa con un pequeño jardín al frente y una chimenea, al lado de la cual seguramente había niños jugando entre ellos quién sabe a qué cosas, o tendrían un perro que paciente esperaba a que se le prestara atención, y entonces yo podía introducirme en aquella casa y sentarme a su mesa todos los fines de semana que permanecía encerrada y en solitario en el internado, a la espera de que algún ser humano recordara mi existencia. Nunca había visto el mar, pero sí fotos de él, así que también pintaba el mar y un barco perdido en la distancia, un barco que tal vez, con un poco de suerte, podía albergarme en su interior y llevarme a cualquier otro sitio que no fuera aquel en el cual me encontraba...

Sé que, de alguna manera, es una fantasía o un mito aquello de la “familia feliz” sentada a la mesa conversando alegremente sobre los hechos ocurridos durante el día, o despidiéndose con un beso amoroso antes de irse a dormir, y eso de los niños junto a la vera de la chimenea, sobre todo porque hoy en día prácticamente todo el mundo prefiere el aire acondicionado a una chimenea a leña ...,

pero sí sé que a pesar de todo existen familias del tipo que sea, o grupos de personas que conviven e intercambian palabras y aunque más no sea discusiones esporádicas, que crean lazos los unos con los otros, que llegan a conocerse, a sentirse unidos, a sentir la relación de grupo entre sí, y aquello mismo era lo que resultaba completamente desconocido para mí.

Me acostumbré a tener muy pocas posesiones personales, ya que no había sitio en el cuarto para demasiadas pertenencias superficiales, compañeras seguramente guardarlas y alguien que cuidara de ellas, pero en la casa de mi madre no había sitio para mis efectos personales y si alguna que otra vez dejaba algo aquello ya no estaba cuando regresara. Me acostumbré, también, a guardar un par de tesoros en algún sitio supuestamente secreto, una poesía mal escrita, una flor hurtada del jardín a fines de la primavera, un dibujo que decidía no destruir como a la mayoría.

sino simplemente para lo imprescindible. Mis llevaban y traían cosas todas las semanas, porque en sus casas tenían un sitio en el cual

También me acostumbré rápidamente a ver como mis compañeras iban y venían, traían novedades de sus casas, nuevas sonrisas y nuevas lágrimas, cambiaban de rostro y de nombre, mientras yo permanecía allí como un mueble, que nunca cambia, que nunca espera nada, pero que tampoco tiene una utilidad en si misma, permanecía en aquel sitio como una de las decenas de estatuas que habitaban los oscuros corredores y los rellanos de las escaleras de aquel internado, estatuas que parecían acechar vigilando nuestro paso y nuestras conciencias y a las cuales de niña temía desesperadamente. Resultaba imposible alejarse de ellas, se encontraban a cada paso, por lo que me apresuraba a pasar lo más rápido posible delante de ellas antes de que me cogieran e hicieran su prisionera, como decía mi madre que harían si no era una niña buena.

Los primeros días fueron muy difíciles porque no sabía dónde se encontraban, pero luego, con el hábito de andar por allí, sabía perfectamente cuándo debía darme prisa para evitar su acecho. Para peor el viejo suelo de madera desgastada delataba mis pasos constantemente haciendo prácticamente imposible transitar por allí sin que nadie supiera de ello, mientras los antiguos y pequeños

vitreaux en lo alto de los muros brindaban una luz fantasmagórica que alentaba las fantasías y temores infantiles.

No albergo muy buenos recuerdos de aquella época, de entre los pocos que tengo, ni siquiera son positivos. Sin embargo, aún sí, me veo a mi misma algunas noches, cuando no puedo dormir, con los ojos de esta memoria desquiciada que preferiría arrancar de mí, y renuevo la sensación de desprotección que tenía y sobre todo los primeros días cuando era "la nueva", no conocía el lugar, ni los pasillos ni dónde se encontraban las aulas. Es imposible describir lo que pasaba por mi cuerpo el primer día luego de que mi madre me dejara en el internado, no tenía idea de qué hacer ni a dónde ir, tampoco nadie se había tomado la molestia de explicármelo, como si cada una de las niñas que se encontraba allí dentro hubiera tenido un microchip incorporado que le dijera qué y cómo hacerlo, pero en mi caso parece que había venido defectuoso o el chip no se encontraba en su sitio, por lo que simplemente intentaba imitar lo que veía para no caer en errores, errores muchas veces difíciles de pagar.

Cuando llegué al internado, sin siquiera tener una mínima idea de lo que era aquello ni cuánto tiempo estaría allí dentro, esperé con mi pequeña maleta durante horas en una sala casi vacía a que viniera alguien y me dijera qué hacer. El silencio era tan profundo que podía escuchar mi propia respiración. Hasta temía bajarme de la silla en la cual me encontraba sentada sin que mis pies pudieran alcanzar el suelo, ya que de hacerlo el ruido de la madera hubiera delatado que me estaba moviendo más de la cuenta y tal vez aquello estuviera prohibido. Finalmente, una monja llegó y me llevó a la habitación que ocuparía con las otras niñas. A la mañana siguiente vi que mis compañeras se vestían con sus uniformes e hice lo mismo, pero no estaba muy acostumbrada a utilizar aquel tipo de ropa por lo que me demoré más de lo debido. Un timbre sonó tan fuerte que me sobresaltó y las niñas salieron una tras otra agolpándose en la puerta y perdiéndose de vista mientras yo intentaba colocarme la corbata adecuadamente o al menos de manera similar a como lo habían hecho ellas. Cuando salí al pasillo poco iluminado ya no había nadie y las puertas me parecían todas iguales sin tener la más mínima idea de dónde quedaba mi clase la cual, obviamente, ni siquiera quedaba en el mismo piso. Comencé a

buscar sin saber siquiera por donde iba hasta que una monja me interceptó en el camino y supuso que me encontraba vagabundeando por allí. Así fue como llegué a mi primer castigo, sin saber siquiera por qué en aquel entonces, pasé desde las 8 hasta las 13:30 sentada en una pequeña silla, en una pequeña sala, hasta que terminó el horario de clase. Tal vez no se tratara de un castigo caprichoso, sino de educación, pero en aquel momento no sabía siquiera lo que intentaban enseñarme con aquello. Afortunadamente me encontraba ya bastante acostumbrada a pasar largas horas en soledad y sin hablar con nadie, pero aquello no disminuía el sentimiento de injusticia que crecía en mi interior y que me cuestionara el motivo de aquello. Al día siguiente me preocupé por estar lista antes que nadie y seguir los pasos de las demás como si formara parte de un rebaño de ovejas, me ocupé y preocupé por no salirme del redil para no ser castigada, pero existían tantas normas que no conocía, y que ni siquiera ahora comprendo, que resultó imposible evitar todos los castigos. Tal vez aquellos castigos injustos a mi parecer infantil formaran mi carácter, tal vez no hubiera sido lo que soy ahora si no hubiera pasado tantas horas, días y años sin poder desplazarme a gusto, en soledad y silencio casi absoluto, sin besos ni abrazos. Algunos dirán que gracias a aquello me he convertido en una mujer que sabe bastarse por si misma, yo creo que me han convertido en una mujer incapaz de mostrar abiertamente sus sentimientos, pero ese es un cuestionamiento que tal vez no venga al caso en este momento.

Dicen también que mi padre se separó de mi madre cuando yo tenía cuatro años y que nunca más se supo de él ya que parece ser que se había agobiado más de la cuenta con la relación. No lo sé, porque como he dicho antes no conservo grandes recuerdos de mi infancia. De él sólo recuerdo su figura y su sonrisa, las pocas veces que lo he visto siempre tenía una sonrisa para mí, pero claro, que después de los cinco o seis años no volví a ver ni su sonrisa ni su rostro. Supongo que no tenía demasiado tiempo para mí, para ir hasta el internado y simplemente pasar un rato conmigo. Lo que nunca olvidaré es el último día que lo vi.

Y así pasaron los días y las semanas y los meses y hasta los años, recibiendo una buena educación, cambiándome de centro cada dos o tres años no sé por qué motivo, nuevos centros en los cuales

siempre era la nueva y me veía obligada a comenzar una vez más mi integración con el resto de las personas, con las normas y con las estatuas que por otro motivo desconocido siempre habitaban en aquellos internados. Pasé aquel tiempo de reclusión viendo a mi madre muy pocas veces. Cuando me recogía para llevarme a casa, generalmente por sorpresa, no sé si se fastidiaba con mi presencia o con la vida misma, pero parecía estar siempre de muy mal humor, nerviosa o angustiada. Intentaba por todos los medios que mi estancia no perturbara su rutina y pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto encerrada o fuera de la casa. Al pasar los años, fui notando su gran dependencia con el alcohol y sentí que de alguna manera me hacía un favor alejándome de ella.

Uno de los pocos recuerdos claros que conservo es el de aquel día, cuando estaba en el último año de instituto y una de las hermanas vino a buscarme a la clase de física para decirme que mi madre había venido para llevarme con ella. La hermana Margarita entró nerviosamente a la sala y me hizo salir para comunicármelo, se veía disgustada y nerviosa, como si acabara de sostener algún tipo de discusión. Al principio creí que se encontraba enfadada conmigo pero luego comprendí que seguramente había intercambiado opiniones con mi madre.

– Tu madre te está esperando. – dijo la madre Margarita

mientras caminábamos con paso rápido por los pasillos del internado – Lo siento, quiero que sepas que no estoy de acuerdo con ella. – concluyó con un gesto de desaprobación y dándome la espalda para marcharse al dejarme frente a la puerta que debía abrir para encontrarme con mi progenitora.

Aquella visita me sorprendió enormemente ya que se trataba de un día de semana y hacía meses que no daba señales de vida. Tenía ya treinta y cinco años, aunque parecía que el tiempo no pasaba para ella. Cuál no fue mi sorpresa cuando la vi al fondo del pasillo esperándome, mirando por la ventana, como siempre abstraída en sus pensamientos, y con barriga. No podía creer que mi madre estuviera esperando otro hijo. No era que la idea me disgustara, sino que simplemente me producía incredulidad.

Nos saludamos fríamente, como de costumbre, y en poquísimas palabras me informó que debía recoger mis cosas inmediatamente ya que dejaría el internado para siempre. Durante el viaje no

hablamos sobre el tema de su embarazo ni sobre casi nada. Al llegar a casa, su casa en realidad, se limitó a informarme sobre una serie de tareas que me había asignado ya que ella en su estado no podía hacerse cargo.

Continué estudiando en otro instituto, en el cual fui otra vez la nueva, y el resto del tiempo lo pasé cuidándola ya que casi nunca se levantaba de la cama. Ana nació en vacaciones, lo cual me causó gran alegría ya que me encontraba libre como para poder compartir más tiempo con ella. Lo que yo no sabía era que compartiría tantos momentos con la hermosa pequeña, tantos que no había llegado a imaginarme.

Mi madre no quiso darle de mamar por que decía que hacerlo le deformaría los pechos, así que con eso había cortado ya el vínculo que la obligaba de alguna manera a estar con su hija. Cuidé de Ana prácticamente desde el primer día, se instaló en mi cuarto y me ocupé de atenderla todo el tiempo. Mi madre permanecía cada vez más tiempo encerrada en su propio cuarto y sólo sabía gritar desde la otra habitación que hiciera callar a Ana cuando ésta lloraba. Le molestaba sobre manera cuando no preparaba la comida a tiempo por llevarla en brazos.

– ¿Es que no sabés hacer otra cosa más que cargar con esa maldita nena? – me increpaba disgustada.

Por épocas desaparecía de nuestra vida sin previo aviso, y enviaba dinero a través de uno de nuestros tíos, nunca supe realmente de dónde provenía el dinero, si lo ganaba ella, si nos lo daba él, o si era alguno de nuestros padres que se ocupaba de nosotras. Sin embargo el dinero no era suficiente como para salir adelante, así que decidí trabajar para conseguir algo más y que así no tuviéramos problemas. Para mí éramos Ana y yo, aún en las épocas en que mi madre estaba en casa jamás contaba con ella para nada, la pequeña iba a la guardería y yo trabajaba, la gente pensaba que era mi hija y yo muchas veces les dejaba que lo pensaran.

Hasta que un día en que mi madre estaba en la casa, Ana, quien ya tenía cuatro años, despertó con mucha fiebre y anginas, por lo que no pude enviarla al jardín. Tenía que trabajar igualmente ya que había faltado muchísimo en los últimos tiempos a causa de cuidar a mi madre y decidí que lo único que podía hacer era dejarla con nuestra madre. A pesar de haber tomado aquella decisión por

ser la única posible si deseaba conservar nuestro medio de subsistencia, me inquietaba la idea. No deseaba dejarla intranquila, sintiendo que estaba fallándole a Ana, pero no me quedaban muchas alternativas y a fin de cuentas ella era nuestra madre.

Aquella mañana entré al dormitorio de mi madre, el cual se encontraba prácticamente a oscuras y en el cual apenas se filtraba un débil rayo de luz por las endijas de la persiana. Avancé unos pasos hacia ella, sin saber a ciencia cierta si se encontraba dormida o despierta ya que como habitualmente lo hacía mantenía su rostro hacia el lado contrario a la puerta. Necesitaba su ayuda y realmente esperaba que por una vez nos apoyara.

– Mamá. Tengo que dejar a Ana hoy acá con vos, está enferma y no quiero sacarla a la guardería, no sería conveniente.

– Entonces quedate vos en casa para cuidarla. – respondió mi madre sin mirarme.

– Eso seria lo mejor, pero no puedo, ya falté muchísimo por quedarme y cuidarte a vos. – insistí intentando convencerla.

– Para que me lo eches en cara... – ella siempre me hacía sentir culpable por todo lo que dijera o hiciese, tenía esa especial condición natural.

– No te lo echo en cara, mamá, sólo te digo que no puedo quedarme por Ana hoy porque ya me dijeron que si vuelvo a faltar por estas cosas me quedo sin trabajo y no podemos permitirnos eso.

Y era cierto, ya me habían llamado la atención muchas veces por faltar al trabajo sin justificación, y lo hacía por cuidarla a ella que frecuentemente ni siquiera se levantaba de la cama durante todo el día y había que atenderla como si se encontrara gravemente enferma. No sé muy bien por qué lo hacía, por qué lo hacía yo, me refiero, cuidarla de aquella manera, siendo ella aún una mujer joven y sana que podía valerse por sí misma perfectamente.

– Hacé lo que quieras. – dijo ella finalmente.

– ¿Podés cuidar de ella un día?

– No. ¿Y a mí quién me cuida?

Avancé unos pasos hacia mi madre sintiendo la injusticia de la situación estallar dentro de mí, pero luego me di cuenta que una vez más sería inútil cualquier tipo de discusión y que lo único que lograría sería perder más el tiempo y llegar nuevamente tarde al trabajo por ella.

No tenía muchas opciones y confié que de alguna manera, alquedarse sola con Ana, aflorara su instinto maternal o lo que fuera que tuviera y la cuidara. Me despedí de mi hermana con un enorme abrazo, llenando su rostro de besos, con la carga de la injusticia que producía un extraño ardor en mi pecho.

Aquel día se convirtió en un infierno e hice todo lo posible para salir más temprano del trabajo, pero las cosas no siempre salen como una las planifica. El trabajo acumulado, días especiales de informes, datos que no llegan, gente que no colabora, mi jefe entrando a mi minúscula oficina una y otra vez, con un humor de perros, sudando más que de costumbre, exigiéndome imposibles. Llamé varias veces por teléfono a mi casa pero nadie lo cogía, por lo que la intranquilidad me llevó a dejarlo todo y salir corriendo para corroborar que estuviera todo en orden.

Una parte de mí me decía que estaba actuando como una obsesa perdida, que todo estaría bien, que era mi extremo cuidado y mi vocación por controlarlo todo lo que me hacía pensar que las cosas no estaban bien. Al llegar a casa abrí la puerta y Ana corrió hacia mí colgándose de mi cuello, se cogió a mi cintura con sus piernas y con sus pequeños brazos me apretaba el cuello como si con ello lograra que jamás volviéramos a alejarnos la una de la otra.

– ¿Dónde está mamá? – le pregunté suponiendo que se había marchado otra vez dejándola sola.

Ana no contestó, sólo se aferró a mi con más fuerza. Intenté buscar su rostro en la maraña de cabellos dorados, pero no me permitió que la mirara, se ocultó en mi pecho y siguió abrazada, por lo que tuve que andar con ella aferrada sin lograr que bajara y caminara. Sentía su cuerpo tenso, su respiración agitada y me dirigí al cuarto de mi madre llamándola por el camino.

La puerta del cuarto se encontraba abierta y la persiana de la ventana apenas levantada. Mi madre se veía como un bulto en la cama, me acerqué aún más llamándola y preguntándole qué le sucedía. De pronto vi la mancha de sangre que se esparcía por las sábanas, su brazo extendido hacia el borde de la cama y su mirada vacía. Irónicamente, era la primera vez que parecía mirarme directamente en mucho tiempo aunque en aquel momento no pudiera verme.

Ni siquiera me pregunté por qué, al menos en aquel entonces no

lo hice, en realidad ella nunca había estado y aquel acto había sido simplemente el corolario de todo su historial como madre. Lo había conseguido, finalmente lo había conseguido, había logrado abandonarnos definitivamente. Supongo que no podía consigo misma, que su egoísta existencia le había llevado a negarse la posibilidad de enriquecer su vida con nuestro afecto. No me dolió por mí, ya que el duelo por ella lo había estado haciendo ya desde hacía muchos años, pero sí por Ana.

Con los años, sí, me cuestioné una y un millón de veces el motivo de su abandono, o de los reiterados abandonos, me cuestioné vanamente qué había hecho yo para que ella deseara alejarse de mí constantemente. De una u otra manera aquello marcó mi vida definitivamente, ya que no dejaba de cuestionarme el hecho de que si mi propia madre no había tenido ningún tipo de reparo en abandonarme a mi suerte, ninguna otra persona podría tenerlo. Si mi madre no había podido quererme, entonces ¿quién podría?.

En aquel entonces, me dolió profundamente por Ana, porque aquello era la clara manifestación de su falta de amor hacia ella. A mi me había abandonado en un internado a la misma edad que a ella la había abandonado en la vida definitivamente.

VII

AMOR DE PADRE

Cuando tenía cinco o seis años me encontraba intentando amoldarme a las normas y la convivencia del internado, como venía haciendo desde el primer día en que pisé aquella institución. Algunas de éstas normas se me hacían difíciles de sobrellevar como no fuera guardando el mayor silencio posible para no llamar la atención y no ser amonestada por una supuesta mala conducta. No dejaba de preguntarme cómo hacían las demás niñas para no incurrir en faltas como las mías, ya que al menos por lo que a mí me parecía todas hablaban y se movían más o menos libremente, mientras yo siempre estaba pendiente de mis palabras y acciones y aún así casi no lograba evitar los castigos. Así fue como un día, mientras me encontraba en la clase intentando prestar atención y sin sobresalir demasiado, preguntándome en silencio si mi madre vendría a recogerme el próximo fin de semana, que la hermana Clara irrumpió en la clase, intercambió un par de palabras con la maestra y luego dijo:

– Perpignan, salga un momento, por favor.

No comprendí el motivo por el cual me sacaba de la clase, ya que a mi entender no había hecho nada reprochable, pero me puse

de pié y seguí a la hermana por el largo y penumbroso pasillo mientras mis compañeras seguían con sus tareas habituales. Por un instante pensé que tal vez había venido mi madre a verme y aquello de alguna manera me alegró, pero luego pensé que tal vez había cometido otro fallo y me llevaban para castigarme, por lo que volví a preocuparme.

La monja caminaba delante de mí y no se giraba para ver si la seguía, cuando llegamos a la puerta que daba al jardín la abrió y me hizo un movimiento con la cabeza para indicarme que saliera.

Era un precioso día de otoño, la luminosidad del sol me hizo entrecerrar los ojos y cuando quise darme cuenta la monja había desaparecido en el interior del internado. No supe qué hacer, ya que no tenía idea de por qué me encontraba allí, descendí lentamente los escalones hasta el jardín y me detuve a observar buscando el motivo por el que me habían llevado hasta allí. De pronto vi a aquel joven tan guapo, casi hermoso y de aspecto inocente y aniñado que era mi padre, de pie a pocos metros de mí. Una hermosa sonrisa iluminaba su rostro, al encontrarme con sus ojos mi corazón dio un vuelco y por primera vez en mucho tiempo sentí la felicidad crecer en mi interior y desplegarse como un ave majestuosa que se abría paso desde mi pecho para surcar los cielos y alimentarse del sol, el aire y la magnificencia de la tierra misma. Corrí hacia él, quien me abrazó tiernamente haciéndome volar por los aires mientras llenaba mi rostro de besos. Luego me cogió de la mano. Su mano era suave, tibia y no muy grande, me llevó hacia un banco en un rincón del jardín, un rincón donde crecían y se derramaban los jazmines más bonitos que he visto nunca, los cuales solía yo recoger a escondidas para esconder debajo de mi almohada junto con otros tesoros.

Mi padre me sentó en sus rodillas y nos abrazamos fuertemente durante un instante, instante que me pareció especialmente largo.

– Mi pequeña, mi pequeña Paula, he esperado tanto este momento, tanto … – su extraño acento era algo que también lo distinguía, aunque había aprendido a hablar perfectamente el español no dejaba de tener aquella particularidad que a mi me encantaba.

Me llenó el rostro de besos, suave y lentamente, mientras me acariciaba el cabello y lo acomodaba hacia atrás para despejarme el rostro. Sus ojos color del cielo se llenaron de lágrimas sin que él pudiera hacer nada para evitarlo y me di cuenta que le costaba hablar. Aquello me acongojó ya que no significaría nada bueno en absoluto. Parecía no cansarse de mirarme mientras cogía mi rostro entre sus manos, hasta que finalmente sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta una cadena de oro con un colgante con la forma del infinito. Le sonreí ampliamente cuando lo colocó en mi cuello, y me

pregunté el motivo de aquel regalo si ni siquiera era mi cumpleaños.

– Quiero que esto te recuerde siempre cuanto te quiero. Cuando no pueda estar contigo quiero que lo mires y sepas que estoy contigo siempre y para siempre.

– ¿Volviste para quedarte? ¿Cuánto te vas a quedar esta vez?

– pregunté temiendo una vez más la respuesta pero incapaz de no preguntar.

– Poco, pequeña, muy poco. Es más, tengo que alcanzar un vuelo dentro de un rato, pero esta vez no quería irme sin verte.

– No te vayas, no me dejes otra vez. – supliqué con un hilo de voz, sintiendo que él era lo único que realmente tenía en el mundo, el único anclaje con el mundo exterior y por qué no decirlo, con el mundo mismo.

– Nada me gustaría más que quedarme, te lo juro, pero tengo que irme, no hay nada acá que yo pueda hacer. Pero ... intentaré volver ...

Intentaré volver no era una frase que me dejara tranquila. Cada vez que lo veía, y eso era tan poco a menudo que podía contar las veces que había visto a mi padre a lo largo de toda mi vida, pasaban luego larguísimas temporadas sin saber nada de él. Pero hasta aquel encuentro nunca se había "despedido" realmente, ni mucho menos me obsequiaba con nada, sino que simplemente desaparecía, por ello es que aquella conversación me producía escalofríos y algo en mi interior gritaba que no debía permitir que se marchara ya que no volvería verlo.

– No me dejes, papá. – imploré.

– Paula, chiquita, no me hagas esto más difícil de lo que ya es. Vas a estar bien, tu mamá te va a cuidar y las hermanas te van a dar la mejor educación.

Lo miré en silencio mientras las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas sin mi consentimiento y el pecho parecía estallarme en una gigantesca hoguera, jamás había sentido algo así anteriormente. Los ojos de mi padre también se llenaron de lágrimas y aquello terminó de convencerme.

Te quiero, pequeña – dijo él acercándose más a mí y cogiéndome dulcemente de la barbilla como para hacerme comprender lo incomprensible. – Te quiero tanto que no podrías comprenderlo.

Cuando seas mayor seguramente lo comprenderás, ya verás.

Pero yo no quería comprenderlo, ni quería ser mayor si aquello significaba abandonar constantemente a aquellos que decíamos amar, dejarlos solos y abandonados a sus propias fuerzas y suerte. No quería comprender las necesidades de aquellos adultos que decían quererme, ni me interesaba realmente saber cuáles eran. Mi padre me bajó de sus piernas y nos pusimos de pié, me cogió nuevamente la mano, pero esta vez no la sentí como hacía unos momentos, no era la mano segura y gentil que me había llevado a su regazo, era una mano temblorosa que me arrojaba nuevamente al vacío. Caminamos lentamente hasta la puerta del internado donde esperaba la hermana Clara, quien parecía llevar muy en claro lo que sucedía, pero que sin embargo no manifestaba emoción alguna en su rostro. Cuando llegamos a un par de metros de ella mi padre se inclinó hacia a mí y volvió a despejar mi cabello del rostro.

Adiós, pequeña – dijo con la voz quebrada – Te quiero.

Me dio un beso en cada mejilla, miró a la hermana Clara y se irguió. La monja avanzó hacia nosotros y ya no tuve duda alguna de que mis temores eran fundados, mi padre me dejaría en sus manos y se marcharía, una vez más, como lo hacían todos, pero él ..., él no podía hacerlo, él era lo mejor que me había sucedido en la vida. Me abracé a sus piernas fuertemente cogiéndome las manos por detrás para que no pudiera liberarse de mí y sin poder evitarlo, una vez más el llanto se apoderó de mí, pero esta vez un llanto incontenible e incontrolable, no un llanto silencioso como aquel al que ya estaba acostumbrada, sino uno que rompía el sagrado silencio, un silencio que jamás me había atrevido a romper anteriormente. Mi padre me acarició la cabeza suavemente y luego intentó liberarse de la prisión de mis brazos.

– No te vayas, papá – supliqué una vez más tanto como el llanto me lo permitía, sintiendo que el pecho se me deshacía en millones de pedazos. – No me dejes. Llevame con vos. No me dejes.

Y cuanto más intentaba él liberarse de mis brazos más lo sujetaba. Finalmente la monja se acercó y ayudó a mi padre, me cogió de ambos brazos y me sujetó con firmeza para permitir que él se alejara. Él se llevó un par de dedos a los labios y me envió un beso intentando dibujar una sonrisa en su rostro, finalmente se volvió y me dio la espalda mientras se marchaba.

– ¡Papá! ¡Papá! Por favor, por favor ... – le imploré mientras la monja me sujetaba con fuerza. Intenté liberarme de ella, me retorcí tanto como pude, grité y lloré, puse toda la fuerza posible en mi pequeño cuerpo y lo llevé hasta el suelo donde la monja y yo mantuvimos una pequeña batalla, hasta que ella volvió a sujetarme con firmeza por los brazos, como una camisa de fuerza humana, mientras yo ya no tenía más voz para gritar pero sí lágrimas para llorar mientras mi pecho no dejaba de convulsionarse, y mucho más cuando mi padre subió al coche, se detuvo unos instantes antes de arrancar y luego se marchó, él también, sin siquiera mirar atrás. Hubiera jurado que en aquel instante la hermana Clara ya no me sujetaba con fuerzas para detenerme sino que me abrazaba y apretaba mis brazos más para darme valor y consolarme que para evitar que saliera corriendo detrás de mi padre.

VIII

SIMPLEMENTE UN SUEÑO

Las pocas veces que mi madre me llevaba a su casa me encontraba con Alicia, su asistenta, una mujer que había cuidado de mí durante mis primeros años hasta mi ingreso al internado. Alicia era una mujer de mediana edad, poco dispuesta a la conversación pero de sonrisa fácil y trato amable, recuerdo que siempre estaba pendiente de mí, aunque a mi madre no le gustaba que perdiera el tiempo conmigo, ya que según ella descuidaba sus quehaceres si dedicaba más tiempo de la cuenta a mi cuidado. Por eso Alicia intentaba no fastidiar a "la señora", como solía llamarla con respeto, un respeto a mi modo de ver exagerado, pero aún así siempre encontraba la oportunidad para regalarme una sonrisa o un gesto cordial.

Alicia trabajaba en la casa de mi madre durante toda la semana, pero tenía una pequeña finca en la provincia, donde vivía con su esposo y sus hijos. Aún recuerdo la primera vez que visité su casa y conocí a su familia. Tendría yo unos siete años aproximadamente y estaba en casa porque mi madre me había recogido del internado por las vacaciones de invierno.

Era una mañana fría y el viento castigaba el cristal de las ventanas agudizando mi desolación. Me encontraba sentada en el sofá dibujando en una libreta, casi como de costumbre, mientras mi madre discutía por teléfono con alguien y se ponía cada vez de peor humor. Mi madre discutía al teléfono y bebía whisky, bebía hasta que terminaba lo que tuviera en el vaso para servirse más, mientras yo la miraba discretamente porque si de haberse dado cuenta de

que la observaba se hubiera enfadado aún más y yo no quería eso. Finalmente mi madre descubrió que no quedaba más bebida en la botella y aquello le hizo perder la poca cordura que le quedaba en aquel momento. Gritando y ordenando se dirigió hacia Alicia, quien se encontraba limpiando el polvo de los muebles a la vez que simulaba no enterarse de nada, salvo por las miradas que de tanto en tanto me echaba.

– ¡Alicia! ¡Llevate a esta nena de acá de una vez! Llévatela todo el fin de semana y así las pierdo de vista a las dos de una puta vez. – ordenó mi madre a la vez que rebuscaba otra botella en el armario.

– ¿Adónde, señora? – respondió Alicia sorprendida, ya que no esperaba recibir tales órdenes.

– A dónde, señora. – dijo mi madre burlona—¡A donde te dé la gana!

Y así fue como Alicia obedeció inmediatamente sin siquiera replicar una sola palabra, recogió un par de prendas para mí, las colocó en un pequeño bolso, recogió sus pocas pertenencias también y nos marchamos las dos prácticamente en silencio, dejando a mi madre sentada en el brazo del sofá, mirando hacia el exterior por el ventanal y creo yo que llorando. El llanto de mi madre se me hacía incomprensible, pero a la vez me dolía en el alma, como si de alguna manera sintiera que sus lágrimas eran debido a mi, por algo que había hecho o simplemente por existir, por haber llevado dolor a su vida. Creo que mi madre se encontraba, en realidad, como me había encontrado yo misma durante gran parte de mi vida, observando la nada a través de un cristal, inmóvil, confundida y paralizada. Tal vez no haya habido tantas diferencias entre nosotras, tal vez teníamos algún punto en común que nos hubiera servido para encontrarnos. Mi madre se encontraba tan sola y vacía como yo.

Aquel día, Alicia abrió la puerta de calle mientras me llevaba cogida de la mano y dijo a pesar de saber que no recibiría respuesta alguna: “Hasta luego, señora”. Por supuesto mi madre no respondió y cerramos la puerta detrás de nosotras, dejándola sola como ella deseaba, pero tal vez no como necesitaba. Esperamos el ascensor en silencio también, mientras la mujer no se desprendía de mi mano y de vez en cuando me echaba una mirada tranquilizadora y me

esbozaba una sonrisa cargada de preocupación. Supongo que la mujer se preguntaba qué hacer conmigo.

Nos conocíamos desde hacía ya bastante tiempo, desde mi nacimiento supongo, pero no era ella muy dada a las palabras, como ya he dicho, por lo que hasta entonces conocía muy poco de aquella mujer robusta y amable. Resulta increíble cómo podemos pasar horas, días y hasta años con otras personas, compartiendo determinadas situaciones pero sin conocer en realidad nada sobre ellas, su vida, sus sentimientos, sus deseos o sus necesidades, como si fueran simples piezas dispuestas en un momento determinado en nuestras vidas para que nosotros realicemos una u otra actividad. En el fondo agradezco a mi madre que nos haya dado a Alicia y a mí la oportunidad de conocer más la una sobre la otra, ya que si no nos hubiera prácticamente expulsado de su casa aquel día tal vez no hubiéramos llegado a ello.

Nos embarcamos aquel día en un viaje de varias horas en autobús, en tren y en un par de autobuses más. No sabía a dónde me llevaba y sin embargo no me encontraba asustada en absoluto pero sí curiosa, porque a medida que cambiábamos de medio de transporte todo alrededor se transformaba, hasta que al descender del último autobús caminamos durante un rato largo por carriles rodeados de puro campo sin siquiera encontrarnos con una sola casa hasta llegar a la suya. La familia de Alicia se sorprendió enormemente al verla, ya que se suponía estaba trabajando y en realidad era lo que estaba haciendo, su tarea era en aquel momento ocuparse de mí, y más se sorprendieron al verme. Sus dos hijos varones de 20 y 22 años eran completamente diferentes el uno del otro, el más joven se parecía mucho más a su madre tanto físicamente como en su trato amable, aunque de más conversación, mientras el mayor aunque agradable a su manera me resultaba más indiferente y huraño.

Los días en la casa de Alicia no fueron uno, ni dos, ya que mi madre se tomó la costumbre de enviarme con ella prácticamente todas las veces que me sacaba del internado. Para mí, estar con Alicia en su casa y con su familia era lo más placentero que me ocurría, ella trabajaba su pequeño huerto y me dejaba ayudarle, aunque yo sabía que era para ella más una carga y un estorbo que otra cosa siempre compartió conmigo aquella tarea que tanto le

agradaba, me enseñó a colocar las semillas en la tierra, a llenar la regadera con la bomba manual de agua del pozo que tenían lejos de la casa y así poder alimentar a las pequeñas plántulas. Su hijo menor, Víctor, me enseñó a echarle de comer a las pocas vacas que tenían y a los caballos, a limpiarlos y cuidarlos, y luego de insistirle a muerte me enseñó a montarme en ellos, con infinita paciencia, llevándome primero con una cuerda, confiando en mí, riendo conmigo cuando me equivocaba, motivándome para que aprendiera más y mejor hasta que me vio salir galopando sola en la vieja y noble yegua que usaba para enseñarme, sola y riendo, riendo como pocas veces hacía, compartiendo el tiempo conmigo y el orgullo de ser un buen maestro.

Los días con Alicia y los suyos fueron especiales en si mismos, aprendí a querer el olor del campo por la mañana, cuando me levantaba, aquel olor a hierba mojada, a rocío y a escarcha. Aprendí a gustar de las tareas simples y cotidianas, tanto que cuando no estaba allí echaba de menos el olor del pelo de los caballos, supongo que porque siempre que estaba allí los cepillaba y me abrazaba a sus cuellos cariñosamente mientras ellos simplemente se dejaban con infinita paciencia, como si supieran que sólo era una niña. También aprendí a echar de menos sus relinchos por la mañana temprano, cuando escuchaban que nos levantábamos, esperando que fuéramos a prestarles atención y echarles de comer. Aprendí a querer y añorar el olor de los granos de maíz, del trigo, de la avena y la cebaba, y a embelesarme con sus colores y formas al jugar el viento en los cultivos. Cada vez que me alejaba de aquel lugar, deseaba volver a poner mis manos en aquella tierra noble, la cual sabía yo que como una madre amorosa desplegaría todo su esplendor con cualquier semilla que cultivara.

A partir del aquel primer día, todos los fines de semana o festivos esperaba que viniera mi madre a recogerme para que Alicia me llevara a su casa, aunque lamentablemente aquello no sucedía tan a menudo. Cuando podía pasar el tiempo con Alicia y su familia era como un sueño para mí. Aprendí a querer a aquella gente, pero sobre todas las cosas le cogí entrañable cariño a las tareas del campo, a la sencillez de sus vidas, a los animales y por encima de todo a los caballos. Cuando me encontraba en soledad el dibujar aquel sitio me hacía estar más cerca de él, y si cerraba los ojos a la

hora de dormir cuando no podía conciliar el sueño y elevaba mi pensamiento hacia los momentos que pasaba en el campo podía sentir un poco más cerca aquello que en aquel entonces podía ser lo más parecido a la felicidad.

Víctor no sabía leer muy bien ya que había tenido que abandonar el colegio a los ocho años para trabajar y ayudar a su familia, sus manos aún jóvenes se encontraban totalmente encallecidas, tanto que al principio me resultaban tan fuertes que me asustaban. Por mi parte, una de mis actividades más habituales en el internado, junto a dibujar, era leer, por lo que establecimos una especie de intercambio, él me enseñaba las tareas del campo que tanto me gustaban y que tan poca oportunidad tenía de desarrollar en mi vida diaria, luego yo le leía alguno que otro cuento que tanto le entusiasmaban, como los Cuentos de la Selva de Quiroga. Sentados debajo de la inmensa magnolia que nos protegía del sol frente a la precaria casa, él escuchaba con atención y disfrutaba de aquellos relatos hasta que caía la noche, como si fuera un niño, entusiasmándose con el relato, comentando, mostrando la verdadera alegría en sus ojos, aquellos ojos oscuros y expresivos que en aquellos tiempos, junto a los de su madre, eran los únicos en los cuales podía reflejarme.

Con Alicia y su gente aprendí a tomar mate desde el primer día, algo también desconocido para mí, y supe también entonces que muchas veces el mate era una excusa para apaciguar el hambre, junto a una pocas tortas fritas que servían de cena en alguna que otra ocasión. Aquello me hacía sentir muy mal, de alguna manera y más a medida que fui creciendo podía distinguir claramente la opulencia en la que se encontraba mi madre y hasta yo misma y la miseria en la que se encontraba aquella gente y toda otra que nos rodeaba. Yo era la niña de la ciudad que vivía en el internado de las hermanas, cuya madre disfrutaba de los placeres mundanos, mientras ellos apenas podían subsistir con su trabajo y sin embargo compartían conmigo todo aquello que tenían.

Mi cama en la casa de Alicia era un catre, un catre muy viejo, de metal, con una colchoneta hecha pedazos por encima y una manta que seguramente alguna señora con recursos les había regalado hacía ya demasiados años. Pero aquella cama era para mí mucho mejor que la de la casa de mi madre y de la del internado mismo.

Aún cuando la casa de Alicia no tenía intimidad ninguna y las habitaciones no eran realmente tales sino casi separaciones de un ambiente común, y no existía cuarto de baño en si mismo sino que debíamos salir fuera a una especie de baño de campaña, su casa era para mí el paraíso absoluto.

Compartí aquellos ratos perdidos con esta gente entrañable y con su tierra por más de diez años, hasta que luego de varios meses sin ver a mi madre, cuando vino a recogerme al internado para que le ayudara con Ana, me enteré que Alicia había muerto, y con ella también habían muerto las pocas expectativas de ver el mundo desde el otro lado del cristal.

Para mi madre la muerte de Alicia no había significado absolutamente nada más que una molestia, el haber perdido a alguien que trabajaba para ella por un sueldo ridículo, alguien de quien no conocía absolutamente nada ni le interesaba conocer. Recuerdo perfectamente sus palabras cuando al preguntarle por ella me respondió:

¿Alicia? Alicia tuvo la mala idea de enfermarse y morirse, sino te iba a venir a buscar yo a vos.

Sus palabras me dolieron profundamente, parecía que la muerte de Alicia había sido provocada para que mi madre tuviera el inconveniente de buscar a otra persona para que la ayudara, como un electrodoméstico que deja de funcionar y nos produce la incomodidad de procurarnos otro. No pude evitar mostrar mi dolor y decepción hacia ella por sus palabras por lo que agregó:

– Vamos, nena, la gente es así, va y viene, vive y muere, sobre todo las sirvientas.

Entonces supe perfectamente que aunque mi madre y yo comenzáramos a pasar más tiempo juntas al encontrarme viviendo con ella, jamás sería posible que llegáramos a tener una verdadera relación. Para mi madre, Alicia era como otro peluche más que yo dejaba en su casa y ella arrojaba a la basura, como hizo aquella vez en que se deshizo de los pocos juguetes que guardaba porque decidió que le fastidiaban.

IX

SOBRE LLOVIDO

La intimación del banco que sostenía en mi mano no ayudaba en nada para que tomara decisiones con la cabeza fría. En la empresa que trabajaba habían realizado un brusco recorte de personal, prescindiendo de gran parte de la plantilla ya que supuestamente no podían afrontar los costos. La lista de despidos me había incluido y desde entonces sólo había conseguido trabajos temporales y muy mal pagos.

No había tenido otra opción más que retrasarme en el pago de la hipoteca y ahora recibía la notificación que tanto había temido. Sentada en aquel café de la calle Corrientes, revolviendo la escasa azúcar que me había dispensado el camarero para el café, decidí que no había ya motivos para seguir dándole vueltas a la idea y que lo mejor que podía hacer era intentar ver si existía aquel sitio en el mundo en el cual una persona normal puede vivir como una persona normal. Bebí el café casi amargo en pocos sorbos, sin ser capaz de llegar a terminarlo, y salí del bar para entrar sin casi cuestionármelo en una agencia de viajes, saqué dos pasajes con lo que me quedaba en la tarjeta de crédito y volví a casa para prepararlo todo.

No tenía en claro los motivos que me habían llevado a la elección de nuestro sitio de destino, tal vez fuera para que Ana no tuviera problemas con el idioma, también suponía sin siquiera saberlo cabalmente, que España tendría una similitud cultural que nos haría las cosas más fáciles, simplemente no lo sé. Sólo sé que necesitaba alejarme de Buenos Aires, alejarme de todo, tomar

distancia hasta de mi presente y de mi pasado, darle una oportunidad a Ana para que hiciera algo positivo de su vida.

X

CAMBIOS

El atardecer se extendía ante mi vista, siempre me había fastidiado conducir a esa hora del día en que el sol me cegaba pegando contra el parabrisas e instalándose en mi retina, y es que parecía tener una habilidad innata para encontrarme siempre yendo en dirección a la puesta de sol por la tarde y a su salida por la mañana. Me preguntaba por qué motivo desconocido mi vida se orientaba hacia el este por las mañanas y hacia el oeste por las tardes. ¿Sería mi constante de encontrar contratiempos? Hubiera sido aconsejable detenerse, una vez más, me sentía cansada, la espalda tensa y las piernas flojas, el sudor me corría sutilmente por la frente y los ojos me ardían por el cansancio. Sin embargo deseaba más que nada llegar de una buena vez a mi destino, al menos al de aquella jornada y definitivamente poder relajarme y descansar. No me encontraba totalmente segura de lo que estaba haciendo, había aprendido a lo largo de los años a ponerme en movimiento y ese era fundamentalmente mi principio básico en la vida, el movimiento, el no quedarme estancada, el buscarme la vida, sin embargo un agotamiento interno y profundo amenazaba con paralizarme, una vez más. Pensé, que tal vez tanto movimiento se debía a mi terror a quedarme inmovilizada, paralizada ante el porvenir, me sentía mucho más segura cuando cogía al toro por las astas y tomaba control de las situaciones. Será que durante los primeros años de mi vida, no tuve otra opción que la de aceptar la decisión de los demás, la disciplina férrea impuesta, la obediencia y el silencio, que cada vez más necesitaba convertirme en dueña de mi propia vida.

Ana viajaba dormida en el asiento de atrás, la observé un instante por el espejo retrovisor y sonreí ligeramente, me enternecía al verla, al escucharla, al pensar en ella. El cabello rubio y despeinado le caía sobre la frente en medio del sudor, la pobrecita había soportado varias horas de viaje sin siquiera quejarse, como era habitual en ella, con el mismo entusiasmo y la misma paciencia y ánimo de siempre. Tal vez sí debía detenerme en aquella gasolinera perdida en medio de lo que para mi era la misma nada, ojalá tuvieran croissants o caracolas, se me hacía agua la boca pensando en ello y en un buen café. El viaje de Madrid a Málaga no es que fuera tan largo después de todo, pero ¿cuántos viajes había ya realizado en los últimos tiempos? ¿A cuántas cosas diferentes había tenido que adaptarme una y otra vez? Tan sólo faltaban 70 kilómetros, como si fueran mil, la autovía se alargaba y estiraba debajo de mi coche. Sí, mejor sería detenerse, una vez más, detenerse un momento para poder avanzar.

– ¿Cuánto falta para llegar?—preguntó Ana al otro lado de la mesa mientras disfrutaba de su catalana y aún medio dormida.

– No sé, mucho menos, poco más de media hora. – respondí frustrada al ver que la caracola no tenía pasas ni almíbar de azúcar

– Ya vamos a llegar.

– ¿Tiene playa?

– Tiene playa

– ¿Y montañas?

– Sí, creo que sí, yo que sé. De todas maneras vamos y vemos qué pasa, para nosotras seguro que será mejor y más tranquilo que Buenos Aires.

– Nada puede ser peor para nosotras que Buenos Aires. – agregó Ana con expresión de alivio.

Habíamos llegado de Buenos Aires tres meses atrás, huyendo de la mediocridad, la predestinación y la resignación reinante. Ana y yo, de manera diferente pero llegando ambas a la misma conclusión, ya no soportabamos salir de nuestro piso céntrico y encontrarnos sumergidas en la marea incesante de personas que tan sólo se preocupaban por llegar a alguna parte, a alguna parte que en realidad era “ninguna”. En las grandes ciudades las personas no se preocupan demasiado unas por otras, se encuentran constantemente trasladándose de un sitio a otro, con ritmo

frenético, produciendo quien sabe qué cosa y consumiéndolo todo a su paso, panchitos, bocatas, gaseosas, cafés, medios de transporte, ropa de todo tipo, calzado, entretenimiento, consumiendo el poco aire que quedaba, contaminándolo todo, invadiendo y depredando. Ambas necesitábamos un cambio, una vida un poco más tranquila, más básica, con un sentido más personal y auténtico. Así fue como, por nuestra necesidad sumada a los contratiempos económicos y laborales, nos embarcamos en la aventura de abandonarlo todo y salir de la gran ciudad.

Al principio no me encontraba muy segura, si hubiera sido por mí me hubiera ido a vivir al fin del mundo, apartada de todo otro ser humano, sin embargo Ana era demasiado pequeña para destinarla al aislamiento. Por ello habíamos comenzado por Madrid, pero no seguía siendo una gran ciudad. Allí la vida era diferente a lo que estábamos acostumbradas, el país era diferente, sin embargo no dejábamos de tropezarnos con la gente por la calle y muchos eran más educados que en nuestra ciudad natal, pero otros no. Por un lado, Madrid me había dado la oportunidad del trabajo que no tenía en mi propia ciudad y me había acogido con cierta calidez y ternura, pero por otro, al encontrarme yo ya demasiado agotada interiormente, aquello no me resultaba en verdad suficiente. Habíamos cambiado el cincuenta por ciento de nuestra vida ya que obviamente todo el entorno era distinto, pero necesitábamos un cambio más dramático para sentirnos realmente aliviadas. Así, tomando decisiones radicales, ambas decidimos seguir nuestro viaje e intentarlo en alguna ciudad más pequeña, en la provincia. Teníamos un sueño, un sueño inconfesable para cualquiera fuera de nuestra pequeña tribu de dos personas, un sueño al que no estábamos dispuestas a renunciar por nada del mundo por mucho que costara, aunque aún no teníamos en claro muchos de los detalles, coincidíamos en la forma de vida que deseábamos llevar. Ana había comenzado por pedir vivir al menos en una ciudad con mar y con las montañas muy cerca.

– Vamos. – pedí poniéndome de pié.

– ¿Ya? Estoy cansada – dijo Ana.

– Por favor. – insistí sabiendo que si me quedaba por más tiempo en aquella parada y me relajaba ya no podría encontrar las fuerzas para continuar el camino.

Una vez más un nuevo paisaje, nos entusiasmó ver el mar, tan azul, y aunque no teníamos mucha idea de por dónde debíamos ir para llegar al appart hotel que habíamos reservado nos sentíamos aliviadas al saber que ya estábamos allí. Habíamos pasado por hostales de mala muerte y sitios tan poco apropiados, manteníamos la ilusión de que aquel sitio fuera mejor, además tampoco es que fuera tanta la diferencia que había que pagar, pero había que darse prisa y encontrar otro sitio pronto, antes de que llegara la temporada de verano, porque entonces el alquiler nos subiría tres o cuatro veces y no podríamos pagarlo de ninguna manera.

Aparcar siempre es una pesadilla en las ciudades, por lo que dejé a Ana y las tres maletas que llevábamos como todo equipaje en la vida frente a la puerta del appart hotel y salí a buscar aparcamiento. Al alejarme la vi allí, tan pequeña, con los tres bultos negros, sentada sobre uno de ellos, los codos en las rodillas y la cara apoyada en las manos. Me pregunté si estaba haciendo lo correcto, una vez más, si no estaba arrastrando a Ana a mi locura, a mi cruzada personal contra el mundo civilizado, a mi propia batalla interna y descabellada.

Ni televisión ni nada, eso nos daba la oportunidad de pensar más y de planificar mejor. En Buenos Aires no había hecho casi otra cosa más que trabajar de la mañana a la noche para mantenernos las dos y tener las cosas que todo el mundo necesitaba y en algunas ocasiones cuando se podía hasta las que no necesitábamos. La interminable lucha diaria, el batallar por cosas que no tenían sentido alguno. Necesitábamos un cambio, por eso no quería repetir la misma historia, no quería tener que abandonar a Ana todos los días para conseguir la subsistencia, ya no soportaba sentirme culpable constantemente por no ser como debía, por no poder satisfacer todas las necesidades de la pequeña. Pero Ana no era una niña como todas, yo lo intuía pero aún no lo veía claramente.

Ana era pequeña, rubia, de hermosos ojos azules que se iluminaban con su eterna e infatigable sonrisa, todas las mañanas se despertaba sonriendo y echándome los brazos al cuello y todas las noches volvía a sonreir inevitablemente al despedirse. Tan rubia y delgada, parecía más frágil aún, sin embargo no lo era, casi nunca lloraba, desde que había nacido eran contadas las veces que había llorado y cuando lo hacía era por algo realmente importante. Desde

muy pequeña había acumulado pequeñas mascotas a las que cuidaba como si fueran sus hijos, ahora se encontraba ansiosa por establecerse de una buena vez y reanudar su gusto por tenerlas. Yo temía por su felicidad, pero Ana parecía tener mucho más claras las cosas que yo misma, tal vez por no tener la contaminación típica de los adultos, esa contaminación que se va enquistando en nuestro espíritu y no nos permite ser realmente lo que queremos ser, que no nos permite sentir libremente aunque creamos que lo hacemos.

Ahora estábamos en aquel pequeño piso, sala y cocina todo junto y un dormitorio con dos camas. No estaba mal para nosotras, al menos teníamos un cuarto de baño, cosa poco habitual en muchos de los hostales en los que habíamos parado. Había intentado en los últimos días alquilar otra cosa, pero nadie me alquilaba nada sin presentar nómina. Había conseguido trabajo pero aún no me habían hecho contrato ni nada. Intenté no dejarme llevar por la frustración, me preparé para darme una ducha mientras Ana se vestía ya que habíamos programado salir a dar una vuelta por la ciudad. Me miré al espejo, ya no era una niña, no hacía mucho caso últimamente a la imagen que me devolvía el espejo, no soportaba más frustraciones. Ana y yo éramos tan diferentes, yo tenía el cabello y los ojos oscuros y la piel curtida por el sol, mientras ella era lo más parecido a un ángel. Deseé internamente que ella no se convirtiera jamás en lo mismo que yo, que conservara aquella pureza de espíritu y claridad de pensamiento, que su piel no se marchitara con el tiempo, el cansancio y el trabajo, que su corazón no se deshojara tras inútiles intentos fallidos por lograr la felicidad, deseé que se mantuviera intacta tal como se encontraba en aquel momento y que nada ni nadie la lastimara jamás.

XI

UN POCO MÁS CERCA

Se nos hacía pesado no tener ni una cosa ni la otra. El pequeño piso comenzaba a asfixiarnos. No estábamos en nuestro medio habitual, no teníamos la privacidad a la que estábamos acostumbradas, pero sin embargo tampoco estábamos consiguiendo otras cosas. Pronto habría que mudarse, más pronto que tarde diría yo.

Teníamos un proyecto diferente al de vivir en un piso como habíamos estado haciendo en Buenos Aires durante prácticamente toda nuestra vida. Con Ana teníamos la idea concreta de abandonar la ciudad definitivamente y conseguir un sitio en el interior, no en un pueblo sino en el mismo campo. Obviamente esto significaba un desafío, tal vez el más importante en nuestro cambio, pero imprescindible para éste. Estábamos dispuestas a hacer lo que fuera necesario para poder conseguirlo, aunque aquello implicara muchos inconvenientes en la vida cotidiana, principalmente estar lejos de todo. Pero es que en realidad eso era básicamente lo que pretendíamos, estar lejos de todo, tomar otro contacto con el entorno y con nosotras mismas, volver en cierta manera a las fuentes.

Deseábamos dedicarnos al campo, cambiar drásticamente nuestras vidas, pero aquello no resultaba posible de un día para otro, era necesario mucho empeño y aprendizaje para lograrlo. Y sobre todo nuestro sueño, criar caballos, nuestro adorado anhelo, aquel que cuidábamos, alimentábamos y abrigábamos a diario para hacerlo crecer y ponerlo por delante de todo para que nos diera

fuerzas a ambas para seguir luchando. Daba igual si aquella actividad nos reportaba o no dinero, simplemente deseábamos tener un estilo de vida y a ello apuntábamos.

Tal vez lo difícil fuera aquello, saber exactamente lo que no queríamos y lo que queríamos y que aquello fuera casi en contra de las normas culturales impuestas. No deseábamos una gran comodidad, ni hermosos vestidos, ni modernas distracciones, simplemente deseábamos estar en contacto con nosotras mismas y con el entorno, lo cual causaba el asombro de prácticamente todo aquel que nos conociera.

Finalmente tomamos una decisión, y con el poco dinero que habíamos podido reunir compramos una parcela con una pequeña casa, en medio de la nada ..., o al menos eso nos parecía en aquel momento, la misma nada, dos kilómetros de carril sin pavimentar, el pueblo más cercano a siete kilómetros, sin los servicios más básicos, pero un puñado de tierra en la cual podíamos comenzar a sentir que nos acercábamos un poco más a nuestros sueños.

XII

BUSCANDO ECHAR RAÍCES

Alfredo se había quedado en Buenos Aires, mi decisión estaba tomada y él la aceptaba aunque a regañadientes. Tácitamente parecía existir entre nosotros el acuerdo de que él se reuniría con nosotras en algún momento, pero no lo habíamos conversado siquiera, creo que por el temor de ambos de meternos en un terreno fangoso del cual nos costaría salir airosos. Por mi parte, interior y profundamente deseaba que tuviera suerte en Buenos Aires y así comenzar una nueva vida sin él, sin su depresión y su pasado, sólo con Ana que era en definitivamente tan optimista como yo con nuestros sueños. No necesitaba en absoluto que Alfredo se colgara de mi cuello y de mi vida y tener que arrastrarlo como un lastre junto a mí aportando él solamente sus malas ideas y su falta de iniciativa. Sin embargo me sentía sumamente culpable, sentía que había huido también de él, de mi responsabilidad hacia él, de nuestro pasado en común, de nuestros proyectos frustrados. Me sentí miserable por abandonarle de aquella manera, por dejarle solo simplemente porque me estorbaba, me estaba poniendo a la altura de mi madre y de mi padre, de aquellos adultos que debieron hacer algo por mí más que dejarme en manos de otros y librada casi a mis propias fuerzas cuando aún no estaba en condiciones para ello. No quise ser como ellos, me detesté por pensar así, por sentir así, por desear deshacerme de mi responsabilidad y hasta de mis afectos, por ello cuando Alfredo me llamó una tarde por teléfono y me contó lo mal que estaba, cómo la soledad invadía su vida, cómo le resultaba imposible bastarse por sí mismo en aquella situación tan

difícil, cómo sus supuestos amigos y familiares lo hacían a un lado y no estaban dispuestos a echarle una mano ... le dije que sí, que viniera conmigo, que lo lograríamos juntos trabajando codo a codo.

Recuerdo lo difícil que me resultó comentárselo a Ana, sabía perfectamente que ella era mucho más lúcida que yo en estas cuestiones, sabía que ella controlaba el tema de la culpa mucho más clara y eficientemente. Desde el primer momento supe que estaba siendo injusta con ella al introducir a Alfredo nuevamente en nuestras vidas, sobre todo en aquel preciso momento en que nos encontrábamos acomodándonos a nuestra nueva rutina, la cual mal o bien comenzaba a acercarse un poco más a nuestros preciados anhelos. Me tomé mi tiempo para decírselo, lo intenté en varias oportunidades pero siempre me faltaba valor, como si los roles se encontraran invertidos y ella fuera mi hermana mayor. Finalmente, cuando ya faltaban pocos días para la llegada de Alfredo, acumulé todo el valor que tenía, el cual no era mucho ..., y mientras nos dedicábamos a la tarea de acomodar los leños producto de la reciente poda para ser utilizados en la chimenea durante el invierno, le conté la noticia.

– Lo vas volver a mantener. Te va a arrastrar otra vez con su angustia y su depresión. – me dijo como respuesta a mi confidencia, mientras arrojaba, fastidiada, los leños sobre la pila que estábamos haciendo, como si cada uno de ellos fuera un trozo de Alfredo— ¿Vos quién sos? ¿La madre Teresa? ¿La hermana y la familia no lo bancan y vos sí? ¿Los amigos lo dejan a un lado y ahí estás vos para mantenerlo?

– No lo voy a mantener – le respondí intentando mostrar una seguridad que resultaba poco creíble y pretendiendo convencerla de algo en lo que sinceramente ni siquiera yo misma creía. – Él nos puede ayudar, entre los dos podemos hacer que esto funcione mucho mejor, nos puede dar una mano en tantas cosas, con la finca ...

– Ni vos misma creés lo que estás diciendo. Pero ... si ni siquiera lo querés. – afirmó tan firme y rotundamente que aquella verdad me dio en la cara como el golpe de una vara. Sus ojos se veían llenos de impotencia hacia mí, como una madre con una hija adolescente caprichosa y rebelde, a la cual no sabe cómo convencer sobre aquello que más le conviene en la vida.

– Siento... mucho afecto por él – respondí intentando convencerme a mí misma más que a ella, reconociendo profundamente mi propia confusión, debilidad y falta de carácter – No sé, tantos años... y está solo...

– Hacé lo que quieras – respondió Ana duramente – Pero te estás fastidiando la vida. – finalizó a la vez que acomodaba el último leño y con un gesto de impotencia cogía la pala para seguir con sus quehaceres.

La vi alejarse entre los naranjos, tan pequeña y tan grande a la vez, mucho más madura que yo en realidad. En aquel momento me pareció demasiado dura la opinión de mi hermana, aunque sabía perfectamente que a pesar de su corta edad estaba en lo cierto, totalmente en lo cierto, lamentablemente.

En realidad, no necesitábamos a Alfredo absolutamente para nada. Yo ya había conseguido trabajo, en una oficina, claro, pero era trabajo, aunque nuevamente Ana debía permanecer sola gran parte del día. Aquello no era lo que habíamos planeado, pero era lo que habíamos conseguido para sobrevivir. Por momentos, nuestros sueños parecían diluirse, mientras tanto Ana, con su insuperable capacidad para creer en el futuro, no dejaba de pegar recortes de revistas en las paredes con imágenes de verdes praderas y caballos corriendo por ellas. De niña yo misma había soñado con tener una pradera llena de caballos pero nunca había tenido la oportunidad de hacer realidad mi sueño, luego ella, aún desconociendo mis deseos de la infancia anhelaba tener una vida similar a la que yo deseaba. De manera casi extraordinaria, ella había recogido aquel sueño sin siquiera habérselo yo mencionado. Esto no dejaba de asombrarme, tal vez lo había captado de algunas de mis palabras, de alguna señal escondida en cada uno de mis actos, pero en realidad jamás le había hablado de ello hasta que fue un poco mayor y ella misma comenzó a hablarme de lo mismo.

La cuestión es que había alcanzado el primer objetivo que era tener un trabajo para subsistir, no obstante no era aquello lo que realmente deseaba y la calidad de vida dejaba bastante que desear ya que aquello me ocupaba demasiado tiempo y lo que ganaba ni siquiera justificaba mis prolongadas ausencias y el cansancio que comenzaba a arrastrar por las extensas jornadas.

XIII

EL PAN DE CADA DÍA

Objetivo básico de todo ser humano, y no humano: la subsistencia. Había dejado un estilo de vida y de trabajo procurando encontrar algo diferente y mejor, pero obviamente no podía cambiar el rumbo de manera rotunda desde el comienzo ya que mi experiencia, básicamente, trataba sobre temas de oficina.

No sé por qué motivo había llegado a pensar que en aquel nuevo país las cosas serían distintas, totalmente distintas en realidad. Creo que nos formamos una especie de mito alrededor de las cosas y lugares que apenas conocemos a través de los medios de comunicación, los comentarios de los demás y las películas. Nada es comparable con la propia experiencia en el lugar. Había un sinfín de actividades que jamás se me hubieran ocurrido desarrollar en mi propio país pero que sin embargo estaba dispuesta a realizar en el nuevo. Asimismo, muchas actividades que en mi lugar de origen se veían desprestigiadas eran en el otro fuente de mayores ingresos que las tareas tradicionales. En mi país ganaba más alguien que trabajaba en una oficina que un albañil o un camarero, pero las cosas no eran así donde había llegado. Me di cuenta que mi formación y mi experiencia no me servían de mucho y que el problema de la edad seguía siendo un factor limitante. Me sentí verdaderamente desilusionada a este respecto y en muchos momentos confundida y agobiada.

Me tomó un par de meses encontrar un trabajo más o menos respetable, luego de haber pasado por la actividad de comercial, la cual jamás había ejercido y para la cual carezco totalmente de

condiciones. En esta actividad de comercial jamás logré realizar ni una sola venta, pero sí gasté mucho dinero en viáticos y extras para desarrollarla los cuales jamás me fueron compensados de ninguna manera. Obviamente, tampoco logré ningún tipo de inclusión en la seguridad social. Pero en mi nuevo trabajo al menos cobraba mensualmente sin necesidad de convencer a nadie para que comprara nada, ni aceptara un cursillo, ni un nuevo móvil, ni nada de eso.

Debía trasladarme a más de 60 kilómetros de mi casa, en autobús, lo cual me tomaba aproximadamente 2 horas y media cada día de ida y otras tantas de regreso. Se trataba de una pequeña empresa con aires de grandeza, la cual no logré comprender hasta pasado un periodo bastante largo. Mi jefe era un hombre relativamente joven que había conseguido cierta suma de dinero considerable de manera poco conocida y que ostentaba unos aires de grandeza que poco tenían que ver con sus orígenes humildes. Este hombre pretendía ser guapo a ultranza, costara lo que costara y parecía ser ésta una de las cosas que más le importaban en la vida. Su vocación por la empresa era casi inexistente, por lo que aparecía muy de vez en cuando y simplemente para controlar sobre las cosas que él prácticamente desconocía.

Todos los días y todo el día la pasaba yo con mi único compañero de trabajo, un hombre más joven que yo, quien se dedicaba tan de lleno a su trabajo que resultaba difícil comprender. Noté de inmediato que le resultaba incómoda mi presencia en la empresa, supuse que tendría cierto temor a ser desplazado, temor infundado por cierto, ya que no era esa mi intención en absoluto. La empresa en sí, constaba de una oficina compartida con otras personas, por lo que disfrutábamos ambos de una sola habitación de cuatro por cuatro, tres escritorios, cantidad de archivadores y más ordenadores de los que pudieran utilizar dos personas. Éste joven era el encargado de enseñarme el trabajo y así lo hizo pero a su manera. Se limitó a explicarme específicamente las tareas esenciales dedicaban sin siquiera dejarme conocer realmente a qué se

Esto resultaba verdaderamente incómodo, ya que pasaba todo el día realizando tareas rutinarias y repetitivas frente al ordenador, como el ingreso de datos en cantidad abundante y la realización de estadísticas. Nuestro jefe pretendía que yo conociera todas y cada

una de las funciones, pero mi compañero parecía empeñado en no satisfacer aquel pedido, por lo cual me encontraba entre dos fuegos, ya que el dueño suponía que yo lo conocía todo pero por otra parte no era así y no tenía yo forma de coaccionar a mi compañero para que se abocara a la tarea de explicarme. Poco a poco fui comprendiendo, de tanto ver y oir las cosas que pasaban a mi alrededor hasta que tuve total conocimiento de cada detalle.

Pasar los días allí dentro resultaba incómodo. Mi compañero era un ser callado y taciturno, con quien podía pasar ocho horas seguidas sin intercambiar ni una sola palabra, y aún una semana entera sin que nos comunicáramos más que para un par de cuestiones específicas y el pertinente saludo de llegada y de salida. Otras veces se encontraba de un humor de perros y la pagaba conmigo, en esos momentos sólo se me ocurría ir al servicio, al cual iba un par de veces al día solamente, y poner la cara bajo el grifo para hacer descender la ira que me provocaba su actitud despótica y arbitraria. No podía hacer otra cosa, necesitaba el trabajo y el dinero y no estaba en condiciones de realizar ningún tipo de reivindicación. Se volvía una pesadilla estar allí dentro. Me recordaba vivamente aquellos eternos días en el internado, en el cual el silencio se convertía en mi más íntimo compañero, en el cual sólo me acompañaban mis pensamientos, con los cuales debatía mis emociones constantemente; también me recordaba al internado el hecho de tener que obedecer a ultranza, por más arbitrarias que fueran las normas y sin poder expresar opinión alguna. Me preguntaba si es que existía alguna condición innata en mí que me llevaba una y otra vez a las mismas situaciones, situaciones de aislamiento y obediencia, situaciones en las cuales la relación con otro ser humano se me hacía prácticamente imposible. Tal vez había nacido para comunicarme realmente sólo conmigo misma.

Al mediodía tenía media hora para almorzar, pero estábamos muy lejos de todo y no había sitio donde comer salvo que fueran lujosos y caros restaurantes, por lo que o me llevaba un bocadillo o tomaba simplemente un café. Salir a despejarme no me ayudaba mucho que digamos, ya que aunque debía contar las monedas para llegar a fin de mes me encontraba rodeada de la alta sociedad de la costa, que tan sólo se desplazaban con coches último modelo de los más costosos mientras yo debía aguardar a veces una hora y media

la llegada del autobús en medio de la carretera.

Detestaba aquel sitio y aquel ambiente. Se trataba, además, de una (al menos) bipolaridad muy singular, a pocos kilómetros de distancia unos de otros, vivían grupos totalmente diferentes. Donde trabajaba, podía apreciar a la distancia la magnificencia azul del mediterráneo sin siquiera poder tocarla, rodeada de un lujo que ni siquiera me rozaba sino que simplemente me hacía sentir más pequeña y frustrada de lo que ya me sentía por mi misma. Luego, en el sitio en el cual vivía lo básico parecía ser lo esencial y aunque en el fondo fuera todo lo mismo, como un universo heterogéneo en el cual todas y cada una de las personas tienen en el fondo el mismo objetivo, la forma de buscarlo y de vivirlo eran completamente distintas.

XIV

FINALMENTE ACOMPAÑADA

No era el momento oportuno para que Alfredo llegara, apenas comenzábamos a instalarnos con Ana y a habituarnos a nuestra nueva rutina, la cual, a decir verdad, tampoco era una maravilla y si no hubiera sido por el ánimo que nos infundíamos la una a la otra en más de una oportunidad hubiéramos llegado a la depresión. Pero era la sonrisa de Ana lo que siempre me llevaba a seguir adelante y el brillo de sus ojos toda la energía que necesitaba para sentir que la vida podía depararnos increíbles sorpresas.

A pesar de todo Ana y yo estábamos consiguiendo cierta armonía en nuestra vida y a pesar de los mil y un problemas que teníamos también habíamos aprendido a disfrutar de muchísimas cosas entre nosotras. Mi estado de relajación casi perpetuo en mi relación con ella llevaba a que los roces por situaciones personales se volvieran casi inexistentes. Así, ella me esperaba todos los días hasta entrada la noche a que regresara del trabajo y cuando yo llegaba siempre me regalaba una enorme sonrisa, y daba exactamente igual qué había para cenar, o si la casa se encontraba en condiciones o no, ella había pasado todo el día sola, esperándome y tenía la increíble virtud de transmitir esperanza y alegría al verme. Por las noches, cenábamos frugalmente ya que no teníamos una cocina de verdad, sino simplemente una hornilla eléctrica con la cual nos volvíamos creativas y hasta llegamos a cocinar deliciosas pizzas. Como durante el día no podía compartir nada con ella, nos quedábamos hasta altas horas de la noche viendo la televisión, conversando, jugando y riendo, siempre riendo y

siendo felices por el simple hecho de estar juntas. Ana no tenía necesidad de levantarse temprano, por lo que yo me quedaba despierta con ella hasta las dos o tres de la madrugada, claro que a las cinco y media o seis menos cuarto como mucho yo ya debía estar en pié nuevamente para ir a trabajar.

Nunca comprendí qué mecanismo lograba que me despertara todas las mañanas de mi sueño en el autobús, ya que me quedaba dormida al poco rato de subir y durante casi las dos horas de viaje, pero siempre me despertaba un par de minutos antes de mi parada. El día se volvía largo, demasiado largo y mucho más largo porque apenas comía un bocadillo y un café en todo el día y al no conocer a nadie me encontraba siempre sola.

Los fines de semana, antes de trasladarnos al campo, solíamos ir a la playa, caminábamos cerca de tres kilómetros para llegar y durante el trayecto nos entreteníamos con todo lo que estuviera a nuestro paso. Los parques y paseos nos fascinaban con sus fuentes y plazoletas, nos entusiasmaba cuando a poco de llegar ya lográbamos ver el brillo azul del Mediterráneo y apurábamos el paso entonces llenas de alegría. Luego, una vez instaladas en nuestra nueva casa, cambiamos aquel paseo por andar el sendero que nos separaba medio kilómetro del río, y allí nos internábamos en medio de los bosques de eucaliptos que crecían a su vera, conversando y riendo. Otras veces simplemente nos quedábamos en la finca intentando mejorarla de una u otra manera, trabajando duro y a la vez disfrutando con nuestro esfuerzo. Todo era para nosotras motivo de celebración cuando estábamos juntas, sobre todo en la casa, el descubrir los primeros tréboles del otoño, la luna llena gigantesca y naranja asomando por detrás de las montañas, las lluvias de estrellas, algún que otro perro vagabundo que llegaba a nuestra finca y que casi sin darnos cuenta se unía a nuestra manada humana y comenzaba a formar parte de nuestra vida diaria, todo servía para enriquecernos.

Así fue como Alfredo se incorporó a nuestras vidas, con un desconocimiento total de cómo llevábamos nuestros días y nuestras noches, con cierta mala predisposición hacia la relación entre Ana y yo, con bastantes celos de todos mis afectos y una carga emocional tan negativa que se nos hizo difícil sobrellevar.

Uno de los motivos fundamentales que nos llevaron a emigrar

fue que necesitábamos llevar la vida de otra manera, disfrutar de cosas diferentes de las que disfrutábamos antes, volver a lo básico. Habíamos decidido cambiar el cemento y la contaminación por el mar y la pradera, ver la televisión por respirar y estar más en contacto con nosotras mismas entre otras cosas. Pero Alfredo no tenía en claro estas motivaciones y en realidad nunca comprendí muy bien cuál había sido la suya para seguirme en mi aventura, si realmente le completaba la idea o simplemente lo había hecho para estar conmigo y no sentirse tan solo.

Alfredo nunca fue una persona con demasiada iniciativa propia, se sumaba a los proyectos muchas veces con entusiasmo, pero difícilmente fueran proyectos propios, sino que más bien él los cogía y los hacía suyos. Aún así, le costaba terminarlos. En Argentina, él había estado sin trabajos irregulares durante mucho tiempo, nosotras albergábamos la esperanza de que en España las cosas serían diferentes, que él tendría oportunidades que allí se le negaban, que podría realizarse de una u otra manera y así podría ganarse bien la vida y ayudar a la subsistencia de todos.

Nos reencontramos con alegría, sin embargo, la alegría no duró mucho. Alfredo comenzó a mostrar abiertamente sus celos hacia mi relación con Ana y el tiempo que pasaba con ella, mucho más abiertamente que en Buenos Aires. Sus celos se hacían evidentes aún cuando estábamos los tres juntos si mi hermana y yo teníamos miradas de complicidad o si nos reíamos por algo que nos hacía gracia a nosotras solas. Alfredo siempre pensó que teníamos alguna especie de plan siniestro en su contra, que si nos reíamos de cualquier cosa era de él, que si necesitábamos hablar a solas de nuestras cosas era simplemente para no compartir tiempo con él, y así, una y mil veces, todos los días, hasta que convertía nuestros días de fraternidad y sonrisas en verdaderas pesadillas de paranoia.

Apenas llegó a España, lo primero que comenzó a esgrimir Alfredo fue su falta de papeles, motivo por el cual tampoco podía trabajar aún cuando otros miles lo hacían de igual manera o al menos lo intentaban. Al menos en Buenos Aires parecía buscar trabajo, pero aquí ... ni siquiera se tomaba la molestia. Me resultaba desagradable pensar que Ana tenía razón, que una niña adolescente tenía mejor criterio que yo, que la culpa embargaba de tal manera mi vida que había cometido nuevamente un error..., pero una vez

más decidí darle una oportunidad.

XV

UN PUEBLO

El pueblo más cercano era como tantos otros de la región, más o menos pequeño, más o menos amigable, pero sin duda diametralmente opuesto al sitio del cual Ana y yo proveníamos. Constaba el pueblo de pocos miles de habitantes, sin embargo me preguntaba yo porqué motivo siempre veía a los mismos que no serían más de cien. Como muchos otros se había originado en unas pocas casas a la vera de estrechas calles que subían y bajaban por la ladera de una montaña. Una sola vez recorrí aquellas callejuelas con el coche y juré nunca más hacerlo, sin embargo los lugareños se movían por ellas como peces en el agua, pero una inclinación de más de 45 grados no era algo a lo que yo estuviera acostumbrada, mujer de tierras llanas aquello me producía bastante repeluz.

A medida que fue aquel pueblo creciendo poco a poco, como tantos otros, las nuevas construcciones se hicieron con otro criterio, dando más paso a los vehículos y con aceras mucho mejor transitables. La zona comercial constaba de dos calles, en la cual podían encontrarse dos bancos, tres tiendas, un estanco y varios bares. No existían muchas posibilidades de perderse. Aquello, al principio, me fascinaba por su simplicidad y belleza. Las casas blancas, generalmente de dos plantas, con rejas en sus ventanas, los vestíbulos revestidos de cerámicas, coloridos y muchas veces embellecidos con diferentes flores. Las mujeres conversando durante ratos infinitos en las puertas de las casas y en las calles, los niños jugando por todas partes como si no existiese peligro conocido ni para ellos ni para sus padres.

Mayormente los días domingo, aunque también podían verse otros días de la semana pero en menor cantidad, los hombres más tradicionales del pueblo y sus alrededores circulaban por sus calles a caballo, ataviados ya no con los trajes tradicionales sino con su típica ropa de trabajo con estos animales. Daban vueltas por el pueblo, mostrándose ellos mismos y a su montura, para luego dejar a su caballo a la puerta de algún bar y entrando ellos a beber durante horas. Algunos hasta iban a las discotecas a caballo. Aunque los incidentes eran raros, una vez, comentaba la gente, que uno de estos hombres a caballo y el propietario de un coche iniciaron una discusión que culminó con uno de ellos acuchillado. Decían que el hombre del coche no quería que el otro dejara su caballo tan cerca de su vehículo y éste último se sintió agraviado, entonces comenzaron una discusión que terminó en sangre. Supongo, y eso es simplemente una deducción propia, que ambos hombres habrían bebido demasiado y lo deduzco porque parecía ser costumbre aquello de salir y emborracharse. Todo aquello me seducía de una manera bastante difícil de explicar, aquella cultura diferente por completo a la mía, no me arrepentía en absoluto de haber cambiado las calles repletas de gente, de coches y de autobuses dirigiéndose hacia ninguna parte, por las calles estrechas y ricas en tradición e intensidad.

A partir de las seis de la tarde, todos los días los pensionistas se reunían en una u otra esquina y esperaban pacientes a que pasara el tiempo, mientras observaban a todos los que andaban por allí y en general les saludaban y conversaban con ellos. Una de las cosas que más he visto en el pueblo ha sido gente conversando, en la calle, en los bares, en los negocios, en todas partes, difícilmente he visto gente callada, como tampoco veía mucha gente sola.

Sin embargo, el pueblo no era exactamente como se ofrecía a la mirada inocente del espectador externo. Las familias se habían conocido durante generaciones y en muchas de ellas se guardaba una secreta historia de la cual nadie hablaba pero que era conocida por todos. Muchos hijos llamaban padre a la persona equivocada, y aquellos padres sabían o suponían al menos, que en lo que atañe a lo biológico no eran sus verdaderos padres. Padres biológicos y de trato se veían, sin embargo, muchas veces en el bar, o trabajaban juntos, y mantenían una relación social aceptable ante los ojos de

todos. Me pregunté también sobre esto muchas veces, cómo lograban mantener las apariencias de aquella manera, porque todo lo que me transmitía su cultura y su tradición se encontraba cargado de una intensidad y una pasión capaz de arrastrar a cualquiera, pero luego hacían gala de un comportamiento flemático que hubiera envidiado cualquier otra cultura típicamente caracterizada por esto mismo. No comprendía, cómo porque un tío decidía dejar su caballo al lado de un coche y al dueño de éste no le gustaba terminaban a navajazos, pero su esposa tenía el hijo de otro y la vida continuaba.

De donde yo venía, las cosas eran totalmente diferentes, las apariencias siempre se guardaban o al menos eso se intentaba, sin embargo no se callaban las cosas durante mucho tiempo y aunque existían casos aislados en los que las personas podían llegar a tolerar aquel tipo de infidelidades tarde o temprano terminaban mal, me atrevería a decir más temprano que tarde. Éramos bastante escandalosos, nos alterábamos fácilmente, nuestra agresividad era mucho más alta, aunque no éramos tan intensos en las pasiones. Apariencias y pasión, cuestiones que jamás he comprendido totalmente ya que siempre me ha parecido que debían ir más de la mano. Así que tanto en mi país como en aquel pueblo las cosas se daban de manera inversa pero absurda a mi modo de ver en ambos sitios. Porque o somos flemáticos en todo y nos da igual que nuestra mujer tenga un hijo con nuestro vecino de toda la vida, o somos apasionados y llevamos todo al extremo.

En sí mismo y más allá de sus habitantes, el pueblo era una delicia de ver desde las colinas, rodeado de huertos cultivados, brazos de agua alimentándolos, montañas al fondo y el espíritu de lo simple y rural a cada paso. Un mundo nuevo y extraño, un mundo plácido y hasta estético. Luego comprendí lo que me comentó una vecina del lugar a poco de mi llegada: “pueblo chico infierno grande”, me dijo, y yo no llegué a comprender en aquel momento el alcance de sus palabras.

XVI

EL CARRUSEL

La primera vez que vi los azahares en flor en mi parcela, fue como introducirme en un universo diferente y por completo desconocido. Su maravilloso aroma lo invadía todo y hacía presentir la dulzura del futuro y tierno fruto. Estar en aquel sitio era, al principio, un sueño hecho realidad, las verdes colinas del invierno, aquellos inviernos que nos regalaban durante el día una temperatura de primavera y las montañas a lo lejos con sus cumbres nevadas que nos recordaban nuestra propia pequeñez. El río a 500 metros, cuesta abajo, serpenteaba torrentoso y abundante, rodeado de vegetación y densa arboleda.

Desde nuestro pequeño paraíso terrenal lo veíamos todo, las viejas casas medio derruidas, abandonadas por sus antiguos habitantes quienes habían preferido la vida en el pueblo a seguir trabajando en su huerto, y que entonces sólo servían de refugio para algunas cabras y ovejas. Aquellas casas tenían un encanto particular, representaban un corte y un límite entre la ajetreada civilización de la cual intentaba más y más huir y el mundo que yo misma pretendía fabricarme.

Una porción de tierra, muy pequeña, dura e imposible de trabajar pero sin embargo expectante a que se sacara lo mejor de ella, digna y noble, dando en tanto recibiera. Todo me maravillaba de ella, hasta el esplendor de tréboles con sus llamativas flores amarillas que lo tapizaban todo, abriéndose paso aún en medio de las piedras, las rojas amapolas silvestres de cuatro pétalos que duraban lo que un suspiro una vez arrancadas de su madre, las

antiguas encinas empeñadas en sobrevivir a pesar de las máquinas que abrían caminos sin cesar para dejar paso a la nueva civilización implacable en su avance constante.

Hubiera deseado preservar aquello tal como estaba, no tocar nada que pudiera realmente cambiar aquel entorno, como un santuario de lo que fue y podía seguir siendo. No imaginaba en aquel momento como cambiarían las cosas, lo difícil que sería seguir manteniendo la ilusión y el entusiasmo por un sueño. Lo indefensos que nos encontramos ante algo tan gigante como el deseo del ser humano por acumular más y más dinero, comodidad y pertenencias.

En aquel pequeño sitio, pero más grande que todo aquello que jamás había tenido, planeaba llevar una vida tranquila y relajada, cargada de trabajo pero ajena a las preocupaciones mundanas y banales. Un jardín fue lo primero que planificamos, con los pocos medios que teníamos nos instruimos sobre el tema y nos pusimos manos a la obra. Una tierra maltratada no respondía como esperábamos, así que nos costó tiempo y mucho esfuerzo lograr algo de ella, pero cuando le dimos lo que necesitaba de inmediato reaccionó y nos llenó de vegetación, flores y vida. Plantamos varios árboles más, tal vez para compensar aquellos que habían sido desterrados con motivo de la construcción de nuestra casa, como una manera de expiar nuestros pecados y compensar a la naturaleza por la imprudente acción de la mano del hombre. Los cultivaba sabiendo que seguramente no los vería en su esplendor, pero sí Ana o sus propios hijos y nietos. Porque no deseaba marcharme de allí, necesitaba echar raíces yo también de una vez por todas y sentir algún sitio como propio.

Creo que la tierra en realidad no es de nadie, no podemos adjudicarnos la propiedad de algo tan maravilloso, y no es que no crea en la propiedad privada sino simplemente que creo que es de quienes estamos en un determinado momento trabajándola, haciendo uso de ella o preservándola, pero no puede ser nuestra como un mueble, un coche o una prenda cualquiera. Creo que la tierra merece mucho más respeto por nuestra parte, y no sentía aquella tierra como mía, sino que me sentía parte de ella lo cual es sumamente diferente en realidad. Había tantas cosas para hacer y tan poco tiempo y mucho menos dinero para aplicarle. Pero poco a

poco se harían las cosas, no importaba cuánto tomara mientras encontrara gozo en el trabajo.

Uno de los nuevos integrantes de nuestra familia fue un miembro de la raza canina, un gigantón ya adulto que solía vagar por los campos y que decidió quedarse en nuestra casa. Todos los días se tumbaba tranquilamente a pocos metros y decidía seguirnos cuando realizábamos algún tipo de excursión hasta el río. Así, comenzamos a darle de comer y él se acopló a nuestra manada con nuestra aceptación. Grande no tenía dueño, porque nosotras no éramos sus dueñas, simplemente convivíamos plácidamente los unos con los otros y a pesar de su increíble cuerpazo recubierto de un maravilloso pelaje blanco y largo jamás mostró ningún tipo de hostilidad hacia nosotras, sino todo lo contrario. Resultaba agradable encontrarse con él cada mañana al levantarnos y ver sus muestras de alegría y de afecto, como si nos conociera de toda la vida. En realidad, él era mucho más antiguo que nosotras en aquellas tierras y tenía la gentileza de compartirlas, a la vez que su conocimiento de la zona y su confianza.

Un proyecto que teníamos con Ana y que deseábamos concretar lo antes posible era comprar un caballo. Lo veíamos distante en el tiempo y difícil de conseguir de momento ya que no ganaba lo suficiente como para ello, sin embargo conservábamos la ilusión y nos animábamos constantemente en nuestro sueño. Necesitábamos al menos uno para seguir nuestro camino, para impulsarnos en nuestro derrotero de fantasía y realidad, luego vendrían más, muchos más, pero al menos debíamos comenzar con algo. Así, recorríamos nuestra parcela e imaginábamos dónde dormiría, comería, dónde trabajaríamos con él y por donde pasearíamos.

Lo importante era mantener vivo el sueño y la confianza en nosotras mismas, no dejarnos envenenar por el realismo derrotista de las personas que nos rodeaban. Habíamos iniciado un cambio y aquel cambio no podía, de ninguna manera, limitarse a un cambio de ubicación geográfica. Nuestra vida entera debía cambiar en todas sus formas, y nos convertimos en dos dementes intentando alcanzar lo que para la mayoría de las personas que nos rodeaban era el arco iris.

Había decidido evadirme de lo pautado, no formar ya más parte del engranaje aunque de momento debía seguir siéndolo para

conseguir las cosas que deseábamos. Siempre he imaginado la vida como un gigantesco carrusel por la noche, mientras estamos subidos a él las luces nos encandilan, sólo podemos ver aquello que nos rodea, lo más cercano, lo que es artificial y nos han puesto. No podemos ver lo que hay abajo, aunque exista todo un mundo más allá, ni siquiera podemos ver lo que existe del otro lado del carrusel. Por ello un día decidí bajarme, alejarme de las luces y la música repetitiva, de los caballos de madera, de la magia del entretenimiento. Algunas veces resulta duro estar debajo del carrusel, ya que pareciera que quienes están arriba se divierten mientras nosotros sólo podemos buscarnos la vida como podemos y tener nuestra propia visión de las cosas, visión que tal vez las demás personas no compartan. Sin embargo prefiero eso, siempre lo he preferido, andar por mi propio pié a ser llevada en círculo una y otra vez sin alcanzar lo que realmente deseo, aunque mi pié no me lleve a veces a ninguna parte ...

XVII

SER EXTRANJERA

Ser diferente es una sensación que me ha acompañado durante toda mi vida. Lo peor o lo mejor de todo esto, es que no se trata simplemente de una sensación subjetiva, sino que es algo concreto e inmodificable, es algo que por más que se ponga empeño cuanto más se intenta ser "no diferente" más diferencias se crean, por lo que ha resultado un camino difícil y estéril intentar ser como el resto de las personas que me rodeaban, ya que las condiciones mismas estaban dadas desde un principio para que no cumpliera mi objetivo, más allá de mis propios deseos.

Ser extranjera es, diría yo, un modo de vida. Tan sencillo como eso. Se comienza a ser extranjero en la propia tierra, cuando comenzamos a repugnar ciertas cosas que nos rodean y tomamos la decisión de apartarnos de ellas, cuando no tenemos familia que nos ancle al suelo ni en realidad a las tradiciones, cuando podemos ver objetivamente los fallos y deseamos cambiar las cosas, porque al desear cambiar las cosas de alguna manera estamos deseando estar en otro sitio, o al menos que el sitio donde estamos no sea tal cual es.

Pero una vez que hemos cruzado la frontera, una vez que hemos pisado una tierra que no es aquella en la que crecimos o la de nuestros orígenes, entonces nunca más dejamos de ser extranjeros con todo lo que esto entraña. Somos diferentes al resto, tal vez relacionados en la mentalidad de los otros con algún colectivo que proviene del mismo sitio que nosotros, pero nunca jamás seremos los mismos. A todas las inquietudes de nuestro espíritu se le sumará

como una sombra que jamás nos quitaremos de encima el hecho de provenir de otro sitio. Por más buena voluntad que exista en el resto de la gente, los demás nunca nos verán como ven a su vecino de toda la vida, siempre habrá que hacer todo y un poco más para ganarse la confianza del otro, siempre habrá que poner buena voluntad para comprender los códigos, siempre estaremos en la mira de los prejuicios y el resto del mundo supondrá que existe un lado oscuro o secreto que no mostramos o que ellos no conocen. Tal vez sea cierto, tal vez exista algo que no se muestra, personalmente, cuando camino por el pueblo rodeada de personas que han vivido en el mismo sitio durante generaciones, que se saludan a cada paso y cada uno conoce exactamente la vida del otro, me siento diferente, tan diferente que a veces duele, es un dolor quieto y callado que se arrastra por la piel, que se desliza rastrero e cerrándome a veces la boca del estómago. Ellos arraigados con profundas raíces, obtienen de la tierra, de su tierra, todo aquello que necesitan, y yo sólo soy un ave migratoria sin destino fijo, un lobo que recorre diferentes territorios migrando de un sitio a otro para procurarme alimento, cobijo y tal vez la realización de mis sueños. Ni siquiera he tenido jamás una gran manada, lo cual vuelve las cosas más difíciles a la hora de la caza y la subsistencia. Y creo que a veces la gente me ha visto así y hasta puedo comprenderlo, me han visto como una especie de depredador, alguien en quien no se debe confiar demasiado, que no sigue demasiadas reglas más que las de su propia supervivencia, que no conoce de tradiciones ni símbolos sagrados, que comerá de su mano durante un tiempo, que estrechará uno que otro lazo, se dejará acariciar el lomo una que otra vez, pero que en cualquier momento, una mañana determinada, ya no estará en el sitio de costumbre, se habrá marchado en la misma forma que llegó, sin ningún tipo de celebración ni despedida, sino simplemente con una mirada amable la noche anterior destinada a aquellos que puedan distinguirla de entre todas las miradas intercambiadas como la última. Sin agradecimientos, sin reproches, sin amores profundos arraigados en el alma ni odios que perpetúen la presencia. irrespetuoso son árboles

En mi caso particular, ni siquiera he tenido el buen tino de agruparme con aquellos que supuestamente eran como yo, porque

en el fondo tampoco me sentía identificada con ellos, tan sólo me he sentido identificada con un puñado de personas con pensamientos, ideales y sentimientos similares a los míos sin tener en cuenta su lugar de procedencia. Pero muchas veces hubiera deseado cambiar mi lugar por cualquier otra persona del pueblo, abrir la puerta de mi casa y sentir que el sitio me resultaba familiar, tener el beneficio de la acumulación del tiempo, ya que desplazándose continuamente resulta sumamente difícil obtener buenos resultados a largo plazo, porque el largo plazo no existe, porque no existe todo lo que tiene que ver con pasar años en un mismo lugar y crear un entorno propio.

Mi condición de extranjera era una condición del alma digo yo, porque en el fondo siempre se piensa en partir nuevamente hacia otra parte, porque una vez que se ha borrado el camino cualquiera es posible, ya no es necesario proseguir por los sitios acostumbrados, el único sitio realmente conocido es el interno, el de nuestros deseos, necesidades y ambiciones. Por ello, muchas veces me descubría pensando en otros sitios, otra vida, otras posibilidades, todas dirigidas hacia mi propia meta personal pero jamás limitadas por el espacio físico.

Al principio hasta puede parecer divertido para los observadores externos, conocer nuevos sitios y personas, nuevas culturas y tradiciones, sin embargo requiere de un esfuerzo superior ya que constantemente se carga con un equipaje adicional, que es el poder estar a solas con uno mismo más tiempo de lo que las personas con raíces están acostumbradas. A su vez, aunque nos traslademos a un sitio en el cual en apariencia se utiliza el mismo idioma en realidad jamás es así, todo es diferente.

Debo reconocer que al principio intenté integrarme completamente a la nueva sociedad que me recibía, adquirir los códigos, tomar parte de las costumbres, y hasta hoy en día muchas de esas costumbres han quedado en mi, pero de otra manera, no exactamente como las originales. También debo reconocer que así como me esforcé en comprender las diferentes maneras de hablar y hacerme entender de la mejor manera posible, no hice lo mismo con el resto de las cuestiones de mi vida, siempre he sido demasiado personal en mi manera de vivir y no he estado dispuesta a cambiar por nada. Aunque esto de la manera de vivir no creo yo que

dependa de un sitio u otro, ya que en mi propio país también era extraña en esto. Siempre he llevado la ropa que me daba en gana sin respetar la moda en absoluto, ni los condicionamientos de la edad, ni lo que los demás esperaban de mi. Siempre he pensado como he querido y he actuado en consecuencia, siguiendo únicamente lo que me ha parecido bien o mal, sin ángeles ni demonios susurrando a mi oído lo que debía hacer o no. He llevado la relación con los demás con mi tenaz torpeza innata, con mi suprema incapacidad por adaptarme a los códigos sociales. Siempre he permanecido callada cuando todo el mundo hablaba y he hablado cuando era la hora de callar diciendo exactamente las cosas que nadie deseaba escuchar. Me han sublevado los hechos que a todo el mundo parecía no importarles y me he sometido a voluntad a muchos otros por los que cualquiera hubiera reclamado. Claro está que todo esto tiene un precio, a veces demasiado alto, como el depender de una misma y no poder esperar jamás que nadie eche una mano colaboradora.

Por más que pasen los años siempre se es extranjero. Lo único que lamento es haber arrastrado a Ana conmigo en esto, haberle quitado la posibilidad de pertenecer aún cuando en el futuro ella pudiera llegar a rechazarla por voluntad propia. Lamento haberle creado la ansiedad de ser nueva, de acostumbrarse a nuevas casas, de exponerla a los prejuicios tanto buenos como malos de los demás.

XVIII

IMPOTENCIA

En algunas ocasiones todo parece salir mejor de lo planeado durante un breve periodo de tiempo, no sé si porque hacemos mejor las cosas o simplemente porque la suerte está de nuestro lado por momentos. Con Ana nos esforzábamos día a día para que nuestro pequeño mundo de fantasía se convirtiera en algo tangible y los resultados comenzaron a aparecer como por arte de magia. Las flores que cultivamos comenzaron a nacer, los árboles a crecer, el huerto a dar sus frutos. Nos introdujimos tanto como comprendíamos nosotras y allí en un medio totalmente desconocido para conseguimos comprar nuestros primeros dos caballos, los cuales no nos habían costado fortuna ni mucho menos, cruzados, preciosos, libres, nuestros ...

La vida se convertía así en una sucesión de cosas que deseábamos y ocurrían, no mágicamente, claro, ya que para obtenerlas nos consumíamos en trabajo, dedicación e intento por comprender un mundo para nosotras totalmente ajeno. Claro que por una cosa que conseguíamos a veces perdíamos dos, porque la vida es así, fluye como el agua, constantemente, y en ella se encuentran pepitas de oro o pedruscos que nos lastiman el alma. Pero el tiempo pasaba, Ana crecía y ambas nos acercábamos poco a poco a nuestros más profundos anhelos.

Entre los pedruscos que atrapamos con los dedos mientras intentábamos abrevar de la vida sucedió que, un día de primavera, Alfredo apareció en casa con una sorpresa. Traía una pequeña caja y dentro un gato más pequeño aún que a mis burdos cálculos no

debería tener más de cinco días como mucho. Contó que lo había encontrado abandonado en la calle y que, sabiendo que yo siempre estaba dispuesta a hacer algo en aquellos caso, pensó que tal vez podríamos sacarlo adelante.

Confieso que cuando lo vi, tan pequeño, sin siquiera moverse, cubierto de pelusa blanca, los ojos cerrados, sentí que resultaría muy difícil lograr que creciera fuerte y sano.

– No sabía si traerlo o no,—dijo Alfredo entregándome la caja

– porque si no va bien después ...

– Después ¿Qué? – pregunté cogiéndola.

– Vas a sufrir.

– No tiene otra alternativa. – le respondí – Al menos habrá valido la pena intentarlo.

Y así, inmediatamente después de aquello nos ocupamos con Ana de intentar hacerle beber leche, y lo logramos con una pequeña jeringa. Aquello le animó realmente, no pensaba que fuera a aceptarla siquiera, y luego de alimentarle, me tumbé en el sofá, lo coloqué sobre mi pecho y lo cubrí con mi mano para darle calor y confianza, y luego de retorcerse durante unos instantes se quedó dormido y yo también. Sentí entonces que había posibilidades para él.

Al día siguiente se encontraba más despierto y activo, comió varias veces al día, Alfredo compró leche especial para él, y el pequeño se mostraba inquieto cada vez que volvía a la caja, solamente se encontraba tranquilo cuando lo cogíamos y mucho más si lo colocábamos sobre nuestro cuerpo, o cerca de nuestro rostro y escuchaba nuestra respiración. Así, durante cinco días, el pequeño se alimentó, creció ligeramente y estuvo activo y con grandes posibilidades de seguir haciéndolo. Hasta que por la mañana del sexto día, cuando me levanté, encontré a Ana intentando hacerle comer. Se veía tan pequeño en sus manos, tan frágil. Ella alzó la cabeza hacia mí y al ver sus ojos comprendí que las cosas no funcionaban bien, me acerqué y cuando lo vi me resultó claro que no saldría adelante, aunque interiormente mis deseos de equivocarme me gritaban que sí lo haría. Le hice un gesto de negación a Ana con la cabeza y entonces ella se acercó a mí y lo colocó sobre mi pecho. El pequeño tenía los ojos cerrados y respiraba con gran dificultad, los frágiles huesillos de sus costillas se

expandían con dificultad, y la delgada piel que los recubría estaba más fría que de costumbre.

Lo cogí entre mis manos y lo acerqué a mi cuello para darle calor, él no hizo lo que acostumbraba durante los últimos días, que era aferrarse a mí o intentar escalar, simplemente se quedó allí mientras yo intentaba no perder pista de su respiración. La mañana era maravillosa, el sol se derramaba plácidamente entibiando el aire, aunque no era capaz de hacer lo mismo con nuestros corazones. El pequeño había estado siempre dentro de casa, por lo que decidí sacarlo sintiendo que tal vez fuera la única oportunidad que tenía de respirar aquel aire tan puro y maravilloso, de sentir el aroma de los azahares, de formar parte de la naturaleza para lo cual había sido creado. Salimos mientras lo mantenía sobre mi cuello cubierto por una pequeñísima y delgada sábana, caminamos lentamente hacia el fondo de la finca, seguidos por los perros que siempre me acompañaban y quienes no parecían percibir que algo más sucedía en aquel paseo. Fuimos a visitar a los caballos y me quedé con él a la sombra de un naranjo, el más grande de todos, el más cargado de flores, debajo del cual reinaba una suave y casi imperceptible brisa que hacía del ambiente un paraíso. Nos quedamos un rato largo allí, hasta que lo alejé de mí para observarlo ya que su respiración se hacía más lenta. Lo dejé descansando sobre mi mano izquierda mientras le acariciaba suavemente con la derecha, hasta que dejó de respirar.

En los últimos tiempos había visto morir a muchos animales, demasiados diría yo, y la angustia se apoderó de mí sin siquiera haberlo sospechado previamente. No creí que aquello me sucedería. Sin poder evitarlo un nudo cruzó mi garganta y un par de rebeldes lágrimas rodaron por mi rostro. Sentí una increíble impotencia. No había podido salvarle. Una vez más un animal moría en mis brazos. Lo habíamos intentado pero no fue posible, una vez más, no fue posible, aunque en otras hubiéramos tenido éxito, los fracasos parecían pesar más en el corazón. Aunque había intentado evitarlo con todas mis fuerzas lo había imaginado ya grande, blanco y hermoso, haciendo las mismas travesuras de sus colegas que habitaban en casa, durmiendo conmigo en el sofá, me lo había imaginado creciendo cada vez más y sin embargo siguiendo con la costumbre de dormir sobre mi pecho, como me había sucedido años

atrás con una de nuestras gatas. Descubrí que aquellas lágrimas en realidad no eran por él, ya que él seguramente estaría perfectamente donde fuera que estuviera, sino que lloraba por mí, por mi increíble omnipotencia de no querer comprender que no se puede modificar lo inevitable, porque le echaría de menos a pesar de haberle conocido durante tan poco tiempo, porque me haría falta.

XIX

MÁS IMPOTENCIA

Algunas veces encontramos más pedruscos que pepitas de oro, supongo que la suerte, el destino, o quién sabe qué o quién los pone en nuestro camino para que no lleguemos a creer que todo es tan sencillo.

Al principio de estar en la finca, intentaba hacer las cosas como humilde y pobremente las había aprendido a hacer con Alicia y su familia, pero era muy joven en aquel entonces y no había aprendido lo suficiente para sacar una finca adelante, por lo que decidí que si mi ilusión era vivir en el campo y del campo debía hacer algo positivo para conseguirlo, por lo que comencé a instruirme a este respecto estudiando en un centro destinado a este propósito.

En aquel sitio, me encontré muy a gusto en todo sentido, y puedo decir que me hacía feliz dedicar las largas horas de estudio y práctica en un ámbito que realmente sentía que debía ser el mío, en el cual aprendía casi todo lo que necesitaba para alcanzar la cumbre de nuestra fantasía y echaba el rato con personas afines a mí, tal vez por primera vez en toda mi vida.

Fue en aquel entorno y en aquel tiempo, en que sobrevino otra pérdida, una más entre tantas otras que habíamos tenido en los últimos tiempos y que sería imposible contarlas todas. Pero en aquella pérdida no derramé lágrimas, casi ni se me enrojecieron los ojos, y creo yo que me había quedado ya sin lágrimas para derramar, y que mis ojos se habían vuelto opacos cristales endurecidos por el tiempo y las pérdidas constantes.

El dolor, se instaló de manera diferente, de una manera más

perversa y agobiante, se instaló como una opresión en el pecho y la sensación absurda de la inutilidad misma de la vida. El dolor se transformó en incredulidad, en desánimo, en confusión. Se transformó en golpe bajo a traición, en enemigo agazapado en mi alma esperando el momento menos oportuno para salir y gritar.

Hasta sonrío hoy día al pensar en ello, porque en el fondo sé que todos atravesaremos por ello, y al pesar profundo de la pérdida se une una intangible envidia por el que ya se ha ido, por el que no deberá esperar, por el que piadosamente recibió la muerte sin darse siquiera cuenta y sin siquiera verla aproximarse.

Era un sábado como casi todos los sábados de los últimos tiempos, en aquellos tiempos, un sábado por la mañana en que me encontraba increíblemente ocupada en mis quehaceres mundanos, haciendo la compra, recogiendo y llevando cosas con el coche. La primavera ya nos había regalado las flores de los almendros y mi jardín desbordaba pletórico de vida. Nunca como en aquel año, las rosas habían estallado en flores de forma tan magnífica. Y yo, en mi pequeña y absurda vida, preocupada por tantas cosas, recibí el llamado de una de mis compañeras, su voz parecía tranquila, como siempre, pero llevaba un mensaje amargo. Nuestro compañero, nuestro amigo, se había acostado a dormir la noche anterior y jamás había vuelto a despertar. Aquel chaval de veinte años apenas, que había dejado de fumar hacía más de un año, que era en sí mismo la representación de la salud y la fuerza nos había abandonado. Al escuchar la noticia creí que se trataba de una broma de mal gusto, una broma que sus amigos siempre cachondos y divertidos habían inventado durante aquel fin de semana. Me resistí a creerlo y le pedí a mi compañera que confirmara la noticia, y pasó casi el día, y ella la confirmó una y otra vez, y le pedí que llamara a uno y a otro y así lo hizo, y así volvió a llamarme para reiterarme que nuestro pequeño y fuerte amigo Andrés había muerto. En mi absoluta incapacidad por creer algo semejante tuve que esperar hasta las diez de la noche en que la muchacha volvió a llamarme para informarme sobre la hora del sepelio al día siguiente. Y no fui la única, ya que aquella misma noche recibí la sorpresiva llamada de una de nuestras maestras, una persona que jamás pensé pudiera llegar siquiera a conseguir mi número de teléfono, me llamó porque me consideraba la más seria y adulta de

la clase y necesitaba que le confirmara yo misma aquella noticia.

Andrés era el joven más saludable que jamás había conocido, un muchacho de campo y pueblo, acostumbrado al rudo trabajo, que disfrutaba de la vida como nadie y siempre reía y hacía bromas en todo momento. No necesito cerrar los ojos para verlo nuevamente, su imagen alegre, llevando el tractor mientras bromeaba a gritos y todos reíamos y sacudíamos la cabeza como diciendo: “este Andrés, es que no cambia nunca”. Como cuando decidió escribir su nombre en letras gigantes sobre la parcela con el arado, como cuando cogía la azada con sus manos fuertes para sacar la mala hierba que había comenzado a invadir nuestro pequeño cultivo de ajos, o me enseñaba pacientemente los secretos de la mecánica que a mi me traían de cabeza y que él parecía conocer a la perfección y hasta disfrutar explicándolos. Era él, indudablemente, el payaso del grupo, el que se disfrazaba, el que hacía siempre una broma en los momentos más difíciles.

Se me hacía tan difícil pensar en su desaparición, una desaparición absurda, un irse a dormir y ya no despertar ... Pensar que poco tiempo antes habíamos estado conversando él y yo sobre estas cosas de la vida y la muerte, yo le agobiaba con mi incesante desesperación por fascinante. Nos desearíamos morir, y él me decía que deseaba morir en su cama, durmiendo, y vaya si había conseguido convertir aquello en realidad ... También le había hecho yo partícipe de mis más profundos sueños y anhelos y él me había apoyado en mi locura, siendo el único de todos aquellos que me rodeaban además de Ana que conocía exactamente cuáles eran mis descabellados planes para lograr mis objetivos. Decía él, seguramente por su escasa experiencia en la vida, que me admiraba, y a mi me causaba mucha gracia, ya que no tenía nada que admirar de mí, pero sin embargo devorar la vida y a habíamos confesado él le parecía aquello mutuamente cómo así lo manifestaba. Era yo quien admiraba su predisposición y forma de ver la vida, su generosidad y capacidad para ser el mejor amigo.

Andrés me cogía suave y delicadamente cuando a mí se me iba la cabeza en una discusión, por alguna causa que yo consideraba justa, y aquello me devolvía a la realidad y a la reflexión. “No hagas caso, Paula”, me decía mientras me rodeaba los hombros con su brazo y me apartaba del conflicto, porque me conocía y sabía como

hacer para quitarme del medio del problema, y porque yo le apreciaba y aquel apoyo me resultaba sincero y afectuoso al punto de lograr quebrar mi ira.

La muerte de Andrés me dejó vacía, si se había recogido en su cama para dormir y no había despertado, él que era joven y fuerte, a cualquiera podía sucederle lo mismo. No me importaba en absoluto que me sucediera a mí, pero sí a mis seres queridos. Una vida llena de esfuerzos y sacrificios para quedar así, truncada, un ser con quien se comparten tantas cosas, que ocupa nuestros días, nuestros pensamientos y emociones y de pronto ... ya no está ni estará jamás. Me sentí tan absurda, con mi petulancia constante, con mi aparente conocimiento de la vida, mi soberbia respecto a mi experiencia.

No sabía nada, no conocía nada, eran todos palos de ciego que daba una y otra vez intentando encontrar una salida, intentando seguir respirando sin sucumbir a la angustia de la existencia, de esta existencia que provoca más penas que alegrías, que nos angustia tanto y tanto por lo que tenemos y no tenemos, por lo que deseamos conseguir, por lo que no podemos conseguir. Esta existencia que nos obliga a pasar la mayor parte del tiempo buscándonos el sustento o capacitándonos para una u otra cosa. Esta existencia que nos lleva a no mostrar lo que sentimos hasta que es demasiado tarde y ya no podemos hacerlo, existencia que nos altera los sentidos, que nos busca obligaciones inútiles para mantenernos ocupados y así adormecer nuestros más profundos pensamientos y emociones.

Nuevamente, un amigo se había soltado de mi mano durante el trayecto, nuevamente me volvía a buscarlo y ya no estaba, nuevamente la carne se había vuelto corrupta y mis sentidos se engañaban porque lo que estaba hasta hacía unos instantes ya no estaría más, nunca más.

XX

EL PRIMER DÍA DE VARIOS DÍAS

Ana y yo habíamos decidido que aquella tarde de otoño, en la que en aquel rincón del mundo el sol brillaba como en primavera, que iríamos al picadero del cual nos habían hablado para preguntar sobre la posibilidad de recibir algunas clases. Necesitábamos tomar clases de equitación pero no teníamos ni el tiempo suficiente para desplazarnos a donde se encontraban las hípicas más renombradas, ni el dinero como para hacerlo y mucho menos la confianza de que allí realmente aprendiéramos lo que necesitábamos, ya que no deseábamos ser campeonas de nada, sino simplemente poder llevar un caballo como si formara parte de nuestro propio cuerpo y a su vez, enseñarle.

Nos encontrábamos entusiasmadas, como siempre que realizábamos algo juntas la vida misma se convertía en una maravillosa aventura, pero en aquella ocasión era casi decisivo ya que se trataba de algo que tenía mucha importancia para nosotras y aunque como siempre nuestra interminable aventura de la vida la tomábamos de una manera tan particular que hasta los fracasos nos resultaban positivos, todo aquello que tuviera que ver con caballos nos producía un especial cosquilleo. Ella había aprendido muchas cosas por sí misma, pero nos estaba haciendo falta cierta capacitación profesional si deseábamos seguir adelante con nuestros proyectos. Por ello, es que habíamos decidido que yo tomaría algunas clases, no sólo para montar sino para saber cómo cuidar a un caballo y allí nos dirigíamos, a nuestra primera excursión hacia nuestro incierto destino.

Fue difícil encontrar el lugar aunque el pueblo era sumamente pequeño, las personas a las que preguntábamos, aunque muy gentiles, parecían no conocer el sitio del cual hablábamos. Como ya pasaba del mediodía y sabíamos que la hora del almuerzo era sagrada ya estábamos a punto de desistir por aquel día cuando de pronto vimos un sitio que parecía tener caballos. Los relinchos y un carro en la puerta eran señal de que allí algo de eso se trabajaba. El sitio, aunque sencillo, reflejaba claramente el espíritu de la zona.

Nos detuvimos casi en la puerta y respiramos hondo antes de bajar del coche mientras nuestros corazones palpitaban a un ritmo más acelerado de lo normal. No teníamos valor suficiente para entrar a preguntar, en realidad yo no tenía valor ya que era quien debía hacerlo, porque aquello era demasiado importante para nosotras y además siempre me sentía fuera de lugar en aquellas ocasiones. No había logrado compenetrarme del espíritu del lugar y me sentía bastante ridícula tomando ciertas actitudes, sobre todo cuando intentaba introducirme en aquel mundillo, el cual para poner las cosas más difíciles parecía estar especialmente dedicado a los hombres más que a las mujeres.

Finalmente bajamos del coche y con paso sumamente lento, como intentando absorber gramos de valor con cada paso, nos acercamos al portón de aquel lugar. Ana me cogió la mano y me la apretó haciéndome doler los dedos. Casi sin siquiera entrar miramos hacia dentro para ver si había alguien.

Un hombre de algo más de cuarenta años se encontraba allí, pacientemente acomodaba los arneses como si hubiera terminado de trabajar. Al vernos en la puerta, se nos quedó mirando con curiosidad, su rostro debajo del ala del sombrero mostraba la convivencia con aquel intenso sol y el trabajo rudo. Apenas pude decir:

– Buen día.

– Buen día. – respondió él con una sonrisa apenas dibujada en su rostro, sonrisa que yo no esperaba y rostro que parecía transformarse extrañamente al pasar de una expresión a otra.

Me acerqué a él lentamente buscando las palabras adecuadas, aunque intentando mostrarme lo más suelta y segura posible.

– ¿Es este el picadero de Ruiz?

– Es el picadero de Manuel Fernández Gonzalez, pa servirle –

respondió el hombre haciendo un gesto con la cabeza mientras se ponía de pié y se acercaba a nosotras.

A mí, en realidad, casi me daba igual que fuera el picadero de quien fuera si eso significaba que recibiría clases y como ya había metido la pata equivocándome de sitio, decidí realizar nuestra gestión allí mismo y probar nuestra suerte.

– Hombre – dijo él pensándolo cuando se lo pregunté – yo no doy clases pero depende.

En aquel momento me sentí demasiado mayor y ridícula para ser la destinataria de la instrucción que requería, y por otro lado Ana era quien por su sangre joven y su talento innato tenía más oportunidades de salir adelante con el proyecto.

– Es para ella – dije señalándola, mientras Ana abría los ojos sorprendida y sin atreverse a contradecirme delante de él.

– Bueno, puede que sí. – respondió él.—¿Qué desea aprender?

– Todo—respondí.—El trato con el caballo, montar, todo.

– Puede venir si quiere – dijo él mientras seguía acomodando los arneses – Pero si veo que no tiene condiciones mire que no tendré problema en decirle que no vuelva.

– Vale – dije.—¿Cómo hacemos?

– ¿Irá al instituto la niña? Pues que venga por las tardes.

– Perfecto – respondí entusiasmada sin poder creerlo – y ¿cuánto me cobra?

El hombre sacudió la cabeza y sonrió mientras encendía un cigarro.

– No puedo cobrarle nada. – respondió mirándome a los ojos. Su mirada era intensa y profunda, como si su alma entera pudiera verse a través de sus ojos.

– Hombre, nada no puede ser.

– Ese es mi hijo – dijo Manuel señalando a un joven de aproximadamente la edad de Ana y quien se encontraba regando la arena – Javier, ven aquí.

Nos presentó a su hijo, el joven parecía serio e indiferente, de poquísimas palabras.

– La niña va a comenzar a tomar clases. – le dijo Manuel a su hijo – ¿A ti qué te parece?

El joven se encogió de hombros a la vez que desviaba su mirada de nosotras y de su padre, como si no le interesara en absoluto. El

padre le hizo un gesto y el muchacho regresó a sus tareas tan callado como había venido. Supe entonces que si dependía del muchacho las cosas no saldrían bien.

– Dele algo a mi hijo, lo que sea, que va a ser él quien esté más ocupado con ella.

– Vale. – respondí satisfecha y cuestionándome para qué le habría preguntado el hombre aquello a su hijo si finalmente él mismo decidía lo que le daba en gana.

– Pues que venga mañana, si le apetece.

– Mañana – confirmé aún incrédula – Gracias – continué y le extendí la mano, él cogió la mía para estrecharla en un trato, la suya aunque no era grande denotaba trabajo.

– Hasta mañana – finalizó él como si hubiera pasado ya página del tema y debiera ocuparse de otra cosa.

– Hasta mañana – respondí.

XXI

DÍAS DE RUTINA Y FRUSTRACIÓN

A pesar del cambio de entorno, los días volvieron a convertirse en un agobio de rutina y frustración casi constante. Los típicos y acostumbrados problemas del ser humano sumados a una serie de cuestionamientos internos que hubiera ayudado enormemente no tenerlos para que todo resultara más sencillo y llevadero. Tantas veces he deseado ser una persona diferente, poder luchar contra aquella disconformidad constante, aquellos cuestionamientos absurdos y aún contra los anhelos que me fustigaban impiadosos esperando infatigables una concreción.

El trabajo se volvía insoportable, no pagaban demasiado y los viajes eran muy largos, las responsabilidades seguían siendo las mismas y hasta mayores, y a pesar de haber intentado convencerme de que en otro lugar del mundo las condiciones serían diferentes, para una mujer de mi edad resultaba igualmente difícil conseguir un buen trabajo tanto allí como en mi propio país, más allá de la capacitación o experiencia que pudiera llegar a tener. Trabajaba más que nadie y sin embargo ganaba menos, tenía muchas responsabilidades sin el poder suficiente, en fin, la típica historia de frustración laboral. Afortunadamente, o no, no lo sé, al poco tiempo el dueño de la empresa decidió que ya no deseaba pagar mi seguridad social y demás por lo que me envió a trabajar desde casa, con lo que al menos podía disfrutar un poco más el estar con mi niña y a su vez de llevarla y traerla todos los días del picadero, como habíamos pactado con aquel hombre, para que ella aprendiera lo que necesitaba, o al menos parte de ello y así también

seguir impulsando nuestro sueño.

Con Alfredo, las cosas también se ponían difíciles, ya que no parecía entusiasmarle demasiado trabajar realizando arreglos o mejoras fundamentales en la finca, viéndome obligada yo misma a realizarlas en el poco tiempo libre de que disponía. Su relación con Ana se volvía cada vez más problemática y sus depresiones se agudizaban por temporadas por diferentes motivos: desarraigo, trabajo, dinero y demás que resultaría largo y tedioso comentar, conflictos consigo mismo que llevaban a que nuestra relación aunque llena de afecto se tornara cada vez más deficiente en el trato cotidiano.

Sentía que necesitaba un apoyo, alguien en quien poder confiar, alguien con quien poder compartir mi vida compartiendo asimismo responsabilidades, sabiendo que si algo me sucedía podría hacerse cargo de Ana y hasta de mi misma durante un tiempo si las cosas se ponían difíciles. Pero no era así, sino más bien todo lo contrario, me sentía sosteniendo el mundo con una sola mano y haciendo equilibrio con un solo pie. Comencé a dudar de todo, hasta de mi misma. Echaba muchísimo de menos aquello que habíamos tenido al principio de nuestra relación, aquel sentimiento intenso y profundo de desear estar el uno con el otro, el que se me erizara el alma escuchando su voz al teléfono y por encima de todas las cosas, la confianza casi ciega en él como compañero de vida.

Una parte de mí había muerto, pero ya había muerto en Buenos Aires. Una parte de mi alma se encontraba dormida, aletargada o tal vez simplemente entristecida al punto de haberse cobijado y encerrado en algún sitio recóndito y desconocido de mi ser para no volver a ser encontrada. ¿Dónde estaba aquella parte que me daba la alegría de vivir, de sentir, de levantarme por las mañanas para realizar las tareas cotidianas? Lo único que hacía asomar ligeramente la cabeza de aquella parte era la existencia y la sonrisa de Ana. Muchas veces, por las noches, luego de hacer el amor con Alfredo, me quedaba despierta, con los ojos abiertos en la oscuridad, preguntándome éstas cosas y sintiendo que ya jamás volvería a sentir como antes por más que me esforzara. Mi parte racional me decía que estaba todo muy bien así, que no existían motivos para quejarme, creo que aquella parte racional ha sido en cierta manera responsable de que aquella otra se callara durante

tanto tiempo, de tanto y tanto repetirle que al menos tenía muchas cosas que a otras personas le faltaban, que no fuera ingrata con la vida, que madurara de una vez y me convirtiera en una mujer adulta, llevando a su vez una relación adulta con el otro. Que dejara de desear tonterías ya y me dedicara a lo que debía, esto era trabajar e intentar llevar una existencia lo más racional y pacífica posible con aquellos que me rodeaban.

Sin embargo, aunque aquella parte irracional de mí parecía muerta gritaba y arañaba dentro del cofre en que se encontraba encarcelada, rebelde y confundida. Por otra parte me llenaba de temor dejarla salir, si llegaba a encontrarla, ya que parecía tan cargada de necesidades y deseos que no me sentía segura de lo que haría si la dejaba salir a sus anchas. Un vacío inmenso me embargaba, y cuando aquella parte muerta despuntaba un poco quién sabe por qué y por dónde siempre lo hacía como agresividad, como si no encontrara otra vía de escape.

De lo que me encontraba segura era que no podía seguir así, que debía reunificarme, rearmarme una vez más, ya que de otra manera no sería capaz de salir adelante.

XXII

EL DIVAGUE Y LA MUERTE

El camino habitual de 50 kilómetros en coche me resultaba hasta corto algunas veces, especialmente en aquella época de primavera en la cual las inmensas praderas y colinas aún conservaban el verde esplendor de la hierba, algunas flores comenzaban a asomar tímidamente y la mayoría de los árboles se encontraban cargados ya de hojas e inclusive, como en el caso de los almendros, desbordados de flores color rosa.

El camino, aunque largo, se matizaba en la última mitad del tramo por un sendero de montaña en el cual la naturaleza aún se mostraba espléndida a pesar del implacable paso de la civilización sobre ella y donde los pueblos comenzaban a extenderse más y más tapizando los valles o las cimas de las colinas con aldeas blancas, que en otros tiempos, seguramente iban más a juego con ella.

Aquel día había participado en una conversación con algunos conocidos sobre la vida y la muerte, tema profundo por llamarle de alguna manera, el cual en general era tratado en el mismo tono, temor irracional a la muerte, necesidad y ansia por prolongar la vida, aún en aquellos casos en que la vida se convierte en una carga más que en una bendición. Y todo surgió por la enfermedad del padre de uno de nuestros conocidos en común, el cual se encontraba gravemente enfermo, se había sometido a tratamientos quirúrgicos en muchas ocasiones y al parecer el resto de vida que le quedaba era de una calidad exigua y exigía muchísimos cuidados.

Por ello, aquel día al regresar a casa desde mi lugar de estudio, el viaje se me hizo significativamente corto al cuestionarme una vez

más aquello que en infinitas ocasiones había rondado por mi cabeza una y otra vez. ¿Por qué el ser humano teme tanto a la muerte? ¿Por qué nos empeñamos en prolongar nuestra existencia a cualquier costo?

Pareciera que somos los únicos seres de la creación, para quienes la simple idea de desaparecer físicamente de este mundo le produce tanto temor. Ya que el resto de los seres luchan por su supervivencia, pero así como entregan toda su energía en ello, pareciera ser que asumen el final de su vida con la misma naturalidad que el resto de las situaciones.

En el mismo momento de nuestro nacimiento, no existe, en absoluto, nada seguro para nosotros, realmente nada, todo puede ser en nuestra vida modificable. Sin embargo, existe una única y completa seguridad para nuestra incipiente vida y ésta es nuestra próxima muerte. Y digo próxima, porque ya sea que se produzca dentro de un minuto o de noventa años, ese tiempo es por completo irrelevante comparado con el resto, es tan limitado y exiguo, casi inexistente al lado del tiempo que ha pasado y pasará a nuestro alrededor, cuando aún no éramos nada y cuando volvamos a convertirnos en nada. ¿Qué son cien años en comparación con millones? Nada.

La certeza de nuestra muerte nos acompaña desde el principio mismo, a todos sin excepción, y entonces no comprendía el motivo de tanta desesperación. Si no podemos hacer nada al respecto, y si cada vez que inspiramos o exhalamos el aire que respiramos estamos un instante más cerca de ella, qué motivo desconocido nos hace aferrarnos tanto. Y aquella certeza, en la mayoría de los casos, en lugar de promover llevar adelante una vida plena, voluptuosa, cargada de pasiones, emociones y digna, nos lleva a ser tan cuidadosos, a protegernos tanto, que en muchos casos lo que nos queda ni siquiera puede llamarse vida. ¿Acaso es vida simplemente respirar? Me resultaba imposible aceptar esto, a mi modo de ver, la vida no podía ser una sucesión de pastillas y medicamentos para prolongarla un día más, un instante más, a pesar del padecimiento y la incapacidad del ser humano por ser feliz.

Se me ocurrió pensar, que así como al nacer llevábamos el final del camino marcado de forma irremediable, de la misma manera tal vez nuestros progenitores nos heredaban aquel temor ancestral a la

muerte, como si fuera un gen más, generaciones y generaciones de temor que llegan a convertirlo en una característica más del nuevo ser. Una característica de la cual tampoco podemos escapar. Pero entonces, se me ocurrió pensar también, que no era tan importante el hecho de nacer para morir, sino de nacer para temer a la muerte por sobre todas las cosas, porque aquel temor llegaba en muchas situaciones a paralizarnos y convertirnos en simples seres patéticos que arrastran su existencia por esta tierra, cargados de temor, incapaces de respirar tan profundamente como se pueda, de hacer todas las cosas que deseamos y necesitamos para ser felices, inclusive de amar por miedo a una u otra cosa.

Pensé que tal vez la vida me castigaría más adelante, si tenía la mala suerte de vivir muchos años y tener que enfrentarme al final postrada en una cama, que tal vez entonces me vería en la necesidad de reconsiderar mi opinión o ni siquiera eso, que el terror se apoderaría de mí y echaría mano a todo lo que estuviera a mi alcance para seguir aunque más no sea un minuto más. Pero en aquel preciso momento, mi idea de la muerte era totalmente diferente y aún lo es. Nos parecen tan largos los días que pasamos, y cuando esperamos algo pareciera que no pasa el tiempo, y sin embargo estamos allí mismo, a la vuelta de la esquina, cuando menos lo esperamos estamos allí de frente a nuestro destino inevitable. Y si está todo allí esperándonos, qué más da todo lo demás, que más da cualquier otra consecuencia. Entonces, un temor mayor aún se apoderó de mí y no era precisamente a la muerte sino a la vida. Temor a llevar una vida mediocre y mezquina, una vida sin ideales, sin fuerza, sin pasión, una vida gris y miserable, ocultándome de todo y de mi misma. Temí llevar una vida con temor. Sentí que aquello sería lo peor que podía llegar a sucederme. Una vida cargada de temor, temor a perder, a no ser correspondida, a sufrir una herida, a caerme, a arriesgarme, a ser diferente. Temor a no intentar hacer las cosas, a contraer cualquier enfermedad, a no creer en nada, a no tener un fin más importante que mi propia persona.

Intenté imaginarme cómo se sentirían aquellos guerreros que en la antigüedad se enfrentaban prácticamente cuerpo a cuerpo con el enemigo. ¿Cómo se sentirían antes de una batalla? La muerte estaba allí cara a cara con ellos, más cerca que nunca, y aunque muchos,

supongo, se encontrarían embargados por el terror, muchos otros se sumergían en la lucha sin pensar en nada más que en su objetivo y era aquello lo que les hacía estar más vivos aunque la muerte les sorprendiera durante los minutos siguientes. Sentí, que de alguna manera debía ser como ellos, que la única manera en que me sentiría plena sería tomando a la vida como una gran, inmensa y larga batalla, yendo hacia delante todo el tiempo, sin detenerme a quejarme por mis pesares, hacia delante y luchando, haciendo caso omiso de las heridas que aquel trayecto pudiera causarme, con inteligencia pero con fuerza y decisión, que solamente así llevaría una vida digna y una muerte igual, sin lloriqueos inútiles, sin pesares absurdos, sin quejas por lo que no podía hacer o por lo que los demás no sabían darme, que si deseaba algo debía luchar por ello con todas mis fuerzas hasta agotarlas por completo, que si creía en algo debía defenderlo hasta el final, sin importar lo que los demás creyeran o pensaran. Muchas veces, las personas que me rodeaban creían que estaba un poco loca por mi manera de actuar, ciertamente irreflexiva en algunos casos o extremadamente activa en otros, no comprendían qué era aquello que me movilizaba. Pero ¿qué podía importarme lo que aquellos seres pequeños y temerosos hasta de su propia sombra opinaran? ¿Cómo podía afectarme que seres que lo único que sabían hacer era seguir una y otra vez una costumbre sin siquiera conocer en muchos casos el motivo de sus actos no estuvieran de acuerdo con mi manera de vivir? Y aquello me dio más fuerzas y energía para seguir sintiendo como lo hacía, y seguir actuando como sentía.

XXIII

UN HOMBRE DIFERENTE

Dentro de la monotonía, el tedio, la lucha diaria por la subsistencia y mis interminables y autodestructivos cuestionamientos, despuntaba cada día como por las mañanas el sol, un hombre. Aquel hombre sencillo, de costumbres y códigos totalmente desconocidos para mí, iluminaba ligeramente al menos un instante de mis días con una especie de magia que me resultó imposible de comprender durante muchísimo tiempo.

Veía a Manuel casi a diario por tan sólo un momento, momento que en mi interior resultaba demasiado breve, pero que lograba el cometido de alegrarme para el resto de la jornada aunque yo no fuera consciente del motivo. Lo veía como se puede ver a un personaje de película, que puede existir en nuestra imaginación pero jamás puede ser tocado. Tenía él un arte particular para acercarse a la gente, hablar y provocar sensaciones. Era él, a su vez, el maestro de mi hermana y un maravilloso profesional en su tarea a caballo, lo cual provocaba mi más profunda admiración y respeto. Sin embargo, a pesar de mi admiración hacia él no me sentía inclinada siquiera a dirigirle la palabra, como si aquello significara incomodarlo, molestarlo o distraerlo de sus tareas, no me sentía, en definitiva, lo suficientemente segura de mi misma como para acercarme a él como si de otro cualquier ser humano se tratara, lo cual me resultaba verdaderamente incómodo.

Manuel, era la clase de persona que sabe guardar las distancias volviéndose por instantes casi impenetrable, como si guardara un secreto, como si levantara barreras a su alrededor las cuales subía y

bajaba a su antojo y arbitrio más allá de la decisión de los otros.

Cuando llegaba a su casa para recoger a Ana y lo encontraba trabajando, montando, no podía sustraerme a observarle intentando retener en mi memoria todos y cada uno de sus movimientos, sus gestos, sus actitudes y sus miradas. El sol resplandecía realmente cuando en medio de su trabajo levantaba ligeramente la mirada hacia mí y sonreía para saludarme, regresando de inmediato a lo suyo, sin distraerse por nada. Mucho más me alegraba cuando me acercaba a la pista y me apoyaba en las vallas para observarlo mientras esperaba a mi hermana, y entonces él se acercaba montando y descansaba unos instantes a mi lado conversando sobre cuestiones banales, y me hacía alguna broma y reíamos juntos, y yo me sentía realmente infantil y torpe sin poder sostenerle verdaderamente la mirada, aquella mirada profunda y expresiva que podía transmitir cualquier sentimiento que cruzara por su cuerpo en aquel momento.

Parecía ser Manuel un hombre respetuoso y sereno, propenso al trabajo tranquilo, paciente y seguro, cuando al llegar se acercaba a mí y me contaba sobre las cosas del caballo, mientras le escuchaba con atención intentando aprender de todas y cada una de sus palabras, envidiando tal vez su condición de hombre nacido en aquel entorno y hecho a la medida de las circunstancias, mimetizado con lo suyo al extremo de no poder desprender mi idea de él de la tarea misma que desempeñaba.

Y así me sorprendí a mi misma arreglándome especialmente para aquellos breves encuentros, en los cuales muchas veces ni siquiera tenía lugar el intercambio de palabras sino simplemente las miradas de saludo y alguna que otra sonrisa. Jamás había conocido a alguien como él, y no tenía intención consciente ninguna de conocerle más íntimamente, porque tampoco pensé jamás que él tuviera siquiera un mínimo interés en ello. Aunque resultaba servicial en todo momento y dispuesto a echarnos una mano en lo que pudiera, jamás había cruzado la línea y mucho menos parecía permitir que yo lo hiciera de cualquier manera.

Cuando algún día no llegaba a verlo, me sentía íntimamente desilusionada y vacía, sin lograr comprender el motivo, simplemente me alegraba verlo, saber de él y compartir por unos segundos su espacio, aquel espacio tan particular y diferente a todo

lo conocido por mí hasta entonces.

Por otra parte me fascinaba su mundo, la sencillez en la que vivía, una sencillez que sentía yo jamás sería capaz de alcanzar. Aquel hombre vivía sus días y sus noches en función de los caballos, había hecho de su afición su trabajo, y aquello me producía una irrazonable atracción. Con el tiempo, tanto tratar con aquellos animales a mí también se me hacía hasta agradable su olor, y no me molestaba limpiar las cuadras, y prefería llenarme de paja y estiércol y crear callos en mis manos por el mango áspero de una pala que pasar el día encerrada en una oficina. Aquel hombre era libre, sentía yo o imaginaba con mi mente perturbada. Aquel hombre vivía bajo los nidos de golondrina que anidaban cada verano entre las vigas y el tejado de su picadero, mientras yo pasaba las interminables horas encerrada entre cuatro paredes. Él vivía como quería, sin haberse cuestionado jamás otra forma, no sé si porque nació gustándole o porque fue la única que tuvo a su alcance, mientras yo combatía y sobrellevaba la maldición de la conciencia y el perfeccionismo constante. Yo sí me preguntaba qué hacía con mi vida, dónde y cómo quería vivir, y lamentablemente las respuestas me llevaban a odiseas que tal vez nunca pudiera cumplir, nunca pudiera alcanzar, porque resultaba demasiado esfuerzo en todo sentido, se trataba casi de la pretensión misma de internarse en la entraña de la tierra para formar parte y abrevar de ella, ser una sola, alimentarse del sol y del agua, de sus frutos, de introducirse en el alma de los caballos para ser uno también al galopar por las verdes praderas, ya que no me conformaba simplemente con hacer alguna que otra pirueta, sino que pretendía alcanzar la compenetración absoluta, una misma mente, una misma conciencia, una misma alma.

A pesar de todas mis paranoias mentales, sabia que aquel hombre también tenía sus propios pesares y cuestionamientos, por lo que muchas veces me pregunté a mi misma una vez más hasta qué punto muchos de los problemas que tenemos los seres humanos no son provocados por nosotros mismos, por nuestra permanente insatisfacción, por nuestra necesidad de superar etapas, de tener siempre aquello que no tenemos, por buscar situaciones difíciles donde tal vez no las haya ... Manuel y yo, nos parecíamos más de lo que se podía ver a simple vista, o al menos de lo que yo podía creer

al principio. Él también se cuestionaba cosas, y muchas, pero las manifestaba de manera distinta.

Manuel nos ayudó en cuanto pudo al principio de nuestro camino, nos guió y aconsejó, siempre estuvo presente cada vez que lo llamábamos si teníamos algún problema de salud con nuestros caballos, él acudía rápida y pacientemente, comprendiendo nuestra ignorancia, y en verdad es que a mi modo de ver cualquiera era ignorante a su lado, quien parecía comprenderlo todo sobre el tema. Siempre se mostró completamente desinteresado con nosotras, jamás nos pidió nada a cambio. Poco a poco se fue introduciendo en nuestras vidas de una manera poco sencilla de comprender y muy clara a la vez, tenía él las aptitudes que había admirando siempre en un hombre, y porqué no en un ser humano, sencillez, desinterés, honor, profundo amor por su trabajo, sensibilidad y pasión descontrolada.

XXIV

EL PRIMER DÍA DE VARIOS DÍAS DE LOCURA

Se me hacía cada vez más pesado arrastrar el peso de mis decisiones. Cada vez más, la responsabilidad de llevar adelante la existencia de todos aquellos que me rodeaban me producía un agobio tal que deseaba por una vez en la vida no tener la necesidad de decidir en forma drástica, de que alguien que no fuera yo misma supiera exactamente lo que había que hacer en cada momento, y así dejarme llevar, simplemente, por las decisiones y razonamientos de otro más sabio que yo. Necesitaba que alguna persona en mi vida, alguien en quien yo pudiera confiar ciegamente, me cogiera de la mano con fuerza y me hiciera sentir a salvo de todo, inclusive y sobre todo de mi misma.

Obviamente, este profundo deseo no resultaba sencillo de ser cumplido, ya que todos aquellos que me rodeaban no tenían la capacidad suficiente para salir adelante solos, ya sea por su corta edad o por no encontrarse realmente enfocados en la realidad.

Por eso, agobiada por mis sentimientos y por mi propia vida, decidí aquella calurosa tarde de Junio en que el sol y el calor reinaban a sus anchas, en el que las frescas sombras eran tan escasas como mi propia paz interior, salir a buscar el refugio del bosque de eucaliptos junto al río, coger mi caballo y perderme durante un rato para no pensar. Necesitaba alimentar mis sueños una vez más para no desmoronarme, encender mi ilusión hasta hacerla lo suficientemente inmensa como para refugiarme en ella y abastecerme de su energía, para no mirar a mi alrededor y darme

cuenta que todo aquello que deseaba y por lo que luchaba se encontraba cada vez más distante y hasta imposible de alcanzar.

Con la culpa de abandonar mis quehaceres y responsabilidades como lastre adicional, ensillé a Temujin y salimos juntos a perdernos por allí. Cogimos el camino de siempre, yo esperaba pasar lo más rápidamente posible por las viejas casas abandonadas por la memoria de sus dueños pero en las cuales de vez en cuando algún que otro anciano pasaba las tardes cuidando los casi olvidados huertos. No deseaba encontrarme con nadie, ni hablar con nadie, ni ver a nadie ni nada que entrañara en si mismo un contacto con otro ser humano. Deseaba olvidarme de mi propia humanidad, refugiarme a la sombra de los árboles y recorrer junto a Temujin la senda del río que en aquella época apenas traía un hilo perdido de agua.

Necesitaba olvidarme de mi misma, de mis deseos, de mis ansias, de mis frustraciones, de las discusiones, de la parálisis interna que en aquel momento me poseía al punto de dejarme hecha una masa inerte y casi sin voluntad, el fracaso encarnado antes siquiera de desear, el desánimo aferrado a aquellos ídolos de piedra que finalmente caen sobre las mismas ilusiones que los sustentan haciéndolas pedazos. Finalmente llegamos al bosque sanos y salvos, sin encuentros humanos, y aspiré profundamente deseando retener en mis pulmones el aroma de los árboles. El calor se impregnaba en mi piel y en mi ropa, cogí un botellín de agua que llevaba en el bolsillo de mi pantalón y bebí con ansias, la cabeza estaba a punto de estallarme y derramé parte del agua sobre ésta sintiendo el placer de que se escurriera por mi frente y mis sienes. Me sentía enfurecida conmigo misma, por la inercia de la que me permitía ser víctima. Salimos al río entonces y comenzamos a galopar por su lecho apenas salpicando algunas gotas con la poca agua que quedaba gracias a la cruda sequía por la que atravesábamos, recorrimos un largo trecho, pasando por los cortijos casi abandonados ante la mirada indiferente del ganado, hasta que mi furia se convirtió en una tristeza más aguda aún que el propio enfado, una tristeza en la que me negaba a caer porque sabía perfectamente que si lo consentía luego resultaría prácticamente imposible salir de ella por mí misma, y seguimos al paso hasta casi llegar al próximo bosque buscando el refugio de la escasa sombra.

Desmonté entonces y me senté en lo que la civilización había dejado de un eucalipto mutilado, con una mano sujetaba las riendas de Temujin y con la otra busqué en el bolsillo de mi pantalón los cigarros y el mechero. Temujin relinchó suavemente y levantó ligeramente la cabeza hacia atrás, miré a mi alrededor y pude ver que a algunos metros se encontraba otro jinete acercándose a nosotros, al paso. Con el cigarro en la boca, le quité el bocado y le coloqué la cabezada que llevaba para amarrarlo al árbol vecino y así sentirme más libre. No disponía de tiempo ya para esconderme de quien se acercaba así que decidí proseguir con mis planes ignorando al otro jinete como si éste no existiera. Cuando volví a sentarme pude reconocer que era Manuel el jinete que había llamado la atención de mi caballo. Me quedé sentada fumando y él se detuvo al llegar donde estábamos, a pocos metros de nosotros, hizo un movimiento con la cabeza, se tocó ligeramente el ala del sombrero y sonrió, también con sus ojos.

– Señora, – dijo sorprendido, con su voz áspera y pausada que a la vez acariciaba el alma – que sorpresa más buena.

– Algo hay que hacer con este calor – dije sonriendo ampliamente.

– ¿Puedo acompañarla? – preguntó haciendo un gesto dirigido hacia donde yo estaba. Aquella compañía sorpresiva no era algo que hubiera tenido yo en mis planes al salir de paseo.

– Claro – respondí haciéndome un poco a un lado para dejarle sitio.

Manuel descendió de su caballo y lo amarró también a un árbol tal como lo había hecho yo. Sin prisa ninguna se acercó a mí y se sentó a mi lado. El silencio nos invadió incómodamente mientras ambos simplemente mirábamos hacia un punto perdido e inexistente a la distancia.

– Aquí,—dijo luego mirándome dulcemente y sonriendo

mientras levantaba levemente los hombros en señal de impotencia – ni siquiera puedo invitarte a una cerveza.

– No hace falta – respondí yo sintiéndome verdaderamente incómoda ante nuestra situación de intimidad y ofreciéndole lo que quedaba de mi botellín de agua. Él bebió un poco y me dejó el resto para que la terminara.

– Tú crees que estoy un poco loco, ¿verdad? – preguntó

desviando nuevamente la mirada y dirigiéndola hacia el río como si éste sí pudiera comprenderlo.

– No, que va – respondí sin decir realmente lo que pensaba sino más bien simplemente por cumplir con su pregunta.

– Y tienes razón si piensas eso. No sabes lo loco que estoy. – continuó dándole una profunda calada a su cigarro y aún sin mirarme – Llámalo casualidad, pero necesitaba hablar contigo. – dijo encontrándose con mis ojos.

– ¿Conmigo? – pregunté sintiéndome cada vez más incómoda, el estar cerca de él me provocaba sensaciones casi olvidadas

– Pues aquí estamos – sonreí – Hablemos.

Manuel inspiró profundamente para luego dejar salir el aire de sus pulmones como si necesitara aliviarse de una carga.

– Ya lo sabes. Me gustas – dijo con la voz quebrada mientras me quitaba el cabello del rostro casi con temor con sus manos rudas, pero delicadas a la vez, y buscando mi mirada. A mi se me hizo un nudo en la garganta aún cuando presentía o deseaba secretamente que aquel momento podría llegar alguna vez. Sabía que no debía proseguir con aquello, que debía decirle que no, que estaba mal, o mentirle y decirle que él no me interesaba, pero aquello me resultaba como si parte de mis sueños se hubieran convertido de pronto, simplemente con chasquear los dedos, en realidad. – Me gustas mucho – prosiguió él peinando mi cabello con sus dedos y dejando su mano en mi cabeza – Me gusta tu piel, tus ojos, tu boca, tus pechos, todo, toda tú me vuelve loco... ¿qué me dices? ¿Hmm? – preguntó cogiendo mi barbilla apenas un poco e inclinando su rostro hacia mí.

Yo no respondí, me sentía como una quinceañera con su primer novio, no sabía qué responder, no podía responder aunque me sentía torpe al no hacerlo, tan sólo deseaba íntima y profundamente dejarme llevar por mi interior, dejarme llevar por él también, dejarle hacer y entregarme sin pensar en nada, sin suponer nada, creyendo intensamente que él sabía lo que hacía. Comenzó a besar mis labios lentamente mientras mantenía su mano aferrada delicadamente en mis cabellos y me dejé llevar tal como deseaba. El contacto con su boca desató mis más profundos deseos, pude sentir su intensidad y pasión contenida, deseé que no se contuviera más, dar rienda suelta a lo que sucedía en nuestros cuerpos o donde

quiera que nos estuviese sucediendo. Cogí también yo sus cabellos y le respondí vivamente, si bien me sentía paralizada para hablar mi piel estaba decidida a actuar. Nos besamos infinitamente, como si no existiese la posibilidad de agotar aquellos besos, como si cada vez necesitáramos más hasta que él comenzó a descender con su boca por mi cuello y nos deslizamos juntos desde nuestro precario asiento hasta el suelo quitándonos la ropa el uno al otro.

– Paula – repetía él – te deseo tanto, tanto tiempo esperando, tantas veces viéndote sin poder tenerte, todos los días esperando para verte aunque sea unos minutos, sin poder tocarte, besarte ...

Nos amamos violenta y salvajemente, sin pensar dónde estábamos ni si algún pastor despreocupado podía llegar a vernos. Nos cortamos la piel y la carne con las ramas y las piedras sin importarnos, impregnados de sudor y de pasión sólo obedecíamos a nuestros sentidos. No nos juramos amor eterno, ni amor de ninguna clase, ni siquiera nos prometimos volver a vernos de aquella manera.

Al despedirnos lo hicimos con un tibio beso y un ligero movimiento de cabeza mientras cada uno fue para su lado. No me encontraba completamente segura de lo que había significado todo aquello, tan sólo sabía que por un momento me había sentido más viva que nunca en muchísimo tiempo, sin embargo una extraña sensación de incomodidad volvió a invadirme mientras regresaba a casa, tranquilamente al paso con Temujin, sentía que había agregado un problema a mi vida, cuando menos el problema de saber cómo actuar cuando volviera a verle.

XXV

CODIGOS

Había algo en Manuel que me atraía sin saber exactamente de qué se trataba, tal vez porque en el fondo era tan mala persona como yo, tan complejo e incoherente como yo misma, como si me viera en un espejo que distorsiona el reflejo, pero que al fin y al cabo, refleja a quien se mire en él. En realidad éramos tan diferentes a simple vista, proveníamos de sitios totalmente opuestos y nuestra cultura apenas se asimilaba la una a la otra.

No comprendía sus códigos en absoluto, como si hubiera cambiado de planeta y nadie me hubiera dado siquiera las mínimas pautas a seguir. Las mismas significaban cosas totalmente principio, creía que se trataba de una aventura de una hora, de un rato, que tal vez volviera a repetirse, pero nada más que como una aventura, ya que el discurso que había escuchado de su parte anteriormente había sido un poco ese, el responder a un impulso y a un deseo pero nada más y por sobre todo mantener la discreción. Lo de mantener la discreción me preocupaba, ya que sentía que cualquier movimiento en falso podría fastidiarlo todo.

Tal es así que luego de nuestro primer encuentro me pareció bastante claro que las cosas quedaban como estaban, que no me enviaría flores ni bombones ni me llamaría al día siguiente para saber cómo me encontraba y así fue, ni flores ni bombones, pero sí otras cosas a las cuales no estaba acostumbrada. Al día siguiente, cuando fui a recoger a Ana a su casa como todos los días, entrando casi al pueblo, en un amplio bosque de pinos, le vi desde lejos con su caballo, nunca antes le había visto por allí, a la entrada del

pueblo. Él me vio y se acercó lentamente mientras yo apenas desaceleré el coche y al pasar junto a él, como si fuera una adolescente no supe realmente si él se encontraba allí porque tenía la intención de verme y había estado esperándome para ello o porque casualmente deseaba trabajar en aquel lugar aquel día.

Las emociones y los pensamientos se mezclaron en mi interior, por un lado deseaba que fuera cierto que realmente deseaba verme y había procurado el encuentro, pero por otro el temor al ridículo me llevaba a pensar que aquello era simplemente fruto de la casualidad. También podría haberme detenido, aunque el encuentro no hubiera sido provocado, e intercambiar un par de palabras con él. Pero mi autoestima no era tan alta, así que le dejé allí, le saludé ligeramente con la mano como se suele hacer con cualquiera que se conoce de nada y seguí mi camino aún cuando gran parte de mí me gritaba que me estaba equivocando. Le observé por el espejo retrovisor y de inmediato me di cuenta que había fallado, me había equivocado. El se quedó allí, a la vera del camino, mirando como me marchaba para luego adentrarse con su caballo en el bosque. Había estado esperándome como un joven enamorado y yo no había comprendido absolutamente nada.

Me sentí fatal, como una estaca clavada en el pecho me causó un profundo dolor no haber acertado. Le había fallado y él pensaría que no deseaba verle cuando en realidad era todo lo contrario. Llegué a la puerta de su casa, casi me detuve ante ella, los parroquianos que siempre andaban por allí me miraban extrañados al ver que no detenía completamente el coche y luego aceleraba. Di la vuelta al pueblo y regresé al sitio donde le había dejado pero él ya no estaba, le vi un poco más lejos, andando al paso, muy despacio, con los hombros bajos y fumando un cigarro como de costumbre. Podría haberme quedado allí, esperando a que me viera, podría haber descendido del coche, podría haberle llamado, podría haber ido a su encuentro, podría haber hecho cualquier cosa para remediar mi fallo, para demostrarle que me interesaba verlo tanto como él a mi, pero entonces otra vez el temor al ridículo y a equivocarme me llevaron a huir, por segunda vez, y en forma imperdonable aceleré hasta perderle de vista, en realidad, para que él me perdiera de vista a mi ya que no soportaba la idea de que pensara que él me interesaba demasiado.

Puedo jurar que no me sentía así desde hacía años, y en realidad tal vez jamás me había sentido de aquella manera, porque el deseo de verle era comparable al de una joven muchacha que apenas comienza a descubrir aquellos sentimientos. Pero la confusión, esa confusión de no saber si estaba haciendo lo correcto o no, aquella no la había tenido nunca. Siempre había sabido lo que debía hacer en la relación con un hombre, al menos en casos similares a ese jamás había fallado ni me había dejado llevar por un impulso equivocado. El temor y la inseguridad se habían apoderado de mí, me habían paralizado y no me sentía capaz de hacer nada para resolverlo.

Luego comprendí que había cosas que se daban por dadas, por sabidas y conocidas por todos, por lo menos en determinadas personas como él. Me di cuenta a partir de aquel día y de tantos otros en que seguí equivocándome una y otra vez, porque continué equivocándome constantemente, que aquel primer encuentro no había sido lo que yo pensaba, que no había sido el desahogo de un hombre y de una mujer, sino un encuentro esperado y presentido (como había sido para mí también en el fondo aunque no deseara reconocerlo al principio), había sido tocar aquella piel que durante tanto tiempo sólo podíamos presentir a distancia, gozar aquella boca que tanto esperábamos y refugiarse en aquel cuerpo que prometía formar parte inseparable del alma.

Se trataba de pensar en el otro y de soñar con él, de esperar encontrarle, de pasar las noches o los días esperando con la única ilusión de verle nuevamente como si aquello diera un nuevo y renovado sentido a la vida. Se trataba de evadirse del mundo formando ambos una locura conjunta.

Había tantas cosas de él que detestaba, pero tantas otras que me atraían profundamente. A aquella altura de mi vida, no me sentía capaz de enamorarme de alguien, y seguramente no estuve enamorada de él, ya que en todo momento me esforcé al máximo por bloquear todo lo que tuviera que ver con mis sentimientos, le entregué mi cuerpo decenas de veces, pero nunca mi corazón. No confiaba en él, nunca lo hice, y posiblemente eso colaborara para que él se resintiera conmigo algunas veces, no porque percibiera mi desconfianza, sino porque seguramente podía percibir mi frialdad interior y mi falta de entrega. Me encontraba bloqueada por

completo, las experiencias anteriores en mi vida me habían obligado a cerrar la posibilidad de creer que otro ser humano me amaba profundamente y en aquel momento las circunstancias, a decir verdad, no eran las óptimas para iniciar una verdadera apertura, ya que las posibilidades de sufrir hubieran sido significativamente importantes.

Como si sufrir por no ser correspondido fuera lo peor que pudiera sucederle a una persona..., como si no fuera mucho peor aún asfixiar constantemente los sentimientos por temor. Ojalá hubiera tenido un manual de instrucciones para conocer qué tecla apretar en cada caso. Aquel temor a equivocarme en positivo me acompañó durante tanto tiempo que convirtió muchos de mis días en un calvario.

Aquel día, él regresó a la casa apenas unos minutos más tarde de que yo llegara, lo cual realmente confirmó que había estado esperándome y regresaba ante el fracaso de su gestión. Entró montando su caballo, con la cabeza alta pero la mirada escondida debajo del ala del sombrero. Aquel sitio estaba lleno de gente y yo no sabía siquiera dónde ubicarme, me parecía que mi cuerpo había crecido descomunalmente y llamaba la atención de todos, o como si manara una señal luminosa de él que indicaba que Manuel y yo habíamos estado juntos. Ni que hubiera nacido en aquel mismo momento, como si no tuviese experiencia alguna en aquellas cuestiones del corazón y de la relación con las personas, mi torpeza hizo alarde de su presencia.

Pensé que me estaría odiando por haberle ignorado a la entrada del pueblo, así que ni siquiera me atrevía a mirarle, pero tampoco encontraba un sitio adecuado sobre el que posar mi mirada. Él descendió del caballo y se lo dio a Ana, saludó rápidamente a los presentes y a la distancia me miró y saludó con la cabeza. Resultaba patético que no pudiera moverme, ni expresarme con la mirada, ni pensar claramente. ¿Qué demonios sucedía? ¿Me había vuelto tonta de pronto? ¿Había olvidado todo lo que había aprendido a lo largo de la vida?

Me marché de allí con una sensación amarga y desilusionada de mi misma.

XXVI

RESPONSABILIDADES DE HERMANA MAYOR

Como en otras oportunidades, me vi en la obligación a asistir a la reunión de padres convocada por el Instituto de Ana a principios de curso. Ya sabía yo de qué iba aquello, sin embargo me sentía en la obligación de asistir aunque no sacara nada en limpio de ello más que un aburrimiento fatal y el tener que reprimirme para no expresar lo que realmente sentía y así evitar nuevos y más importantes roces con maestros, padres y madres, quienes ya se encontraban acostumbrados, en cierta manera, a mis extrañas intervenciones.

Se realizaba ésta reunión en la improvisada sala de actos para todos los padres de los alumnos del segundo año de la E.S.O.. Siempre se trataba de lo mismo, ya sea que fuere una reunión a principios o a mitad de año. A pesar de haber llegado temprano, como era mi costumbre, me encontré allí ya con gran cantidad de gente, también como de costumbre todos se conocían entre ellos, más cantidad de madres que de padres, también como siempre, en animada conversación sobre no sabía yo qué cosas, cosas que compartían ellas cada día, sobre gente que conocían desde siempre.

Muchas veces me pregunté si el mantenerme alejada del resto de las personas, sobre todo en situaciones en que los demás se encontraban en grupo se debía a timidez, indiferencia o soberbia.

– Mi Pepe se come dos yogures después de comer. – comentaba orgullosa una madre sobre su hijo, la cual se encontraba sentada justamente en la silla delante de la mía.

– Los miércoles yo siempre preparo pescado – le contestaba su interlocutora, como si estuviese participando de otra conversación.

– Y siempre antes se come dos platos completos. – continuaba la primera intentando convencer a su compañera del buen comer de su niño.

– Y los jueves arroz, porque mi marido no puede pasar la semana sin el arroz. – respondía la segunda haciendo nuevamente caso omiso de lo que contaba su supuesta interlocutora.

La sala, aunque no era pequeña, comenzó a llenarse de gente, gente hablando a gritos por todas partes, en grupos de dos, tres o cuatro personas, personas de pié esperando a que comenzara la reunión. Me preguntaba cuánto duraría aquel tormento ya que yo tenía trabajo que sacar en casa.

Finalmente, el grupo de profesores encabezado por el director entró a la sala y saludando a todos dirigió su paso al frente de la sala en la cual se encontraban una serie de cuatro escritorios colocados estratégicamente frente al público para poder hablar ante él. Pasaron unos cuantos minutos hasta que la gente hizo silencio y pudo comenzar la reunión. El Director del centro, al cual todos conocían, fue el primero en hablar. Era un hombre alto y sumamente delgado, lucía siempre el mismo traje marrón y arrugado, como si no se lo quitara nunca, ni siquiera para dormir. Tampoco había aprendido a hacerse el nudo de la corbata ni a colocársela correctamente en el centro, por lo que siempre me cuestionaba por qué motivo la llevaba si en lugar de darle un toque de distinción le deslucía aún más. Siempre se le veía nervioso, aún cuando sonreía o deseara parecer amable, gesticulaba exageradamente con las manos y los brazos y tenía la costumbre de inclinarse una y otra vez al hablar. Si se acercaba el olor a tabaco que despedía tratara de un bastante desagradable, aunque intentara derrochar simpatía, había una tensión oculta en su interior que me molestaba, la cual había visto salir en alguna que otra ocasión ya que a pesar del esfuerzo que realizaba perdía los estribos muy rápida y fácilmente. Comenzó resultaba sumamente

gigantesco cenicero desagradable, como si se andante. Era una persona este hombre a hablar sobre la educación, sobre el curso que se iniciaba, de las reformas de la ley, entre otras cosas. Para mi sorpresa, la gente se puso de pié y aplaudió con entusiasmo cuando

éste hombre comenzó a hablar sobre que serían más estrictos, se exigiría más, se tendrían menos contemplaciones, se sería más represivo, etc. etc. etc. Me mantuve en mi asiento mirándolo todo como si fuera una observadora externa, casi sorprendida, mientras todos quienes me rodeaban, incluyendo la mujer de los yogures y la del pescado celebraban que sus hijos tendrían menos oportunidad de salir adelante en sus estudios y por lo tanto de continuar con la enseñanza no obligatoria.

Luego de la manifestación generalizada de aceptación de las nuevas políticas, como si se tratara aquello de un mitin ideológico, el Director continuó su discurso impulsando a los padres a ser responsables de la educación de sus hijos, imputándoles que dejaban esa educación solamente en manos del centro escolar sin hacerse cargo en realidad, y aportando una serie de consejos que tal vez sirvieran para padres desorientados pero seguramente no para aquellos que tuvieran las cosas claras para sus hijos. Comencé a agobiarme más de lo que podía soportar, tanta negligencia, ignorancia y despotismo me resultaban agrias de escuchar, tuve que contener mis impulsos para no salir a decir lo que pensaba, yo no tenía ningún problema con Ana y ella no tenía problema alguno con los estudios sino más bien todo lo contrario. Decidí salir de allí, giré mi cabeza hacia la puerta y me di cuenta de que la salida se encontraba totalmente obstruida por los participantes, entonces cogí el móvil, navegué hacia los tonos y lo hice sonar. Aparenté atender una llamada y salir de la sala para no molestar. Salí de allí para no regresar, al menos aquel día, no regresaría para escuchar más tonterías represoras de esas características. Cuando salí a la calle aspiré profundamente y caminé pensativa hacia mi coche. Me sentí aliviada de haber salido de allí, pero por otro lado me sentí inmensamente sola y cobarde. ¿Debía haberme enfrentado una vez más? ¿Debía haber dicho lo que pensaba? ¿Debía pasar de todo y hacer mi vida sin importarme lo que pensaran o creyeran los demás? Obviamente, esto último es lo que me encontraba haciendo desde hacía ya mucho tiempo, sin embargo no lograba el no involucrarme por completo, el que no me molestara y tocara lo que sucedía a mi alrededor. Y me dieron pena los niños, aquellos jóvenes que se encontraban educándose con aquella gente, tanto padres como profesores, educadores todos sin experiencia alguna,

dando palos de ciego por todas partes, pensando que el autoritarismo era la única manera de enseñar, donde la represión y el desánimo navegaba y lo invadía todo a sus anchas.

Será que no tuve realmente madre en el amplio sentido de la palabra, será que Ana tampoco la tuvo, más que a una pobre sustituta como yo, pero ambas, de una u otra manera aprendimos sobre la libertad y la responsabilidad, sobre el compromiso, y tal vez sobre una manera muy extraña y tal vez dolorosa de querer al otro, dejándole ser, respetándole, apoyándole y motivándole, estando siempre allí para sostenerlo cuando lo necesitaba, expresando las ideas libremente, los deseos, las creencias, aceptando las dudas del otro sabiendo que antes que cualquier otra cosa se trataba de un ser humano, falible siempre, en permanente búsqueda de su destino y de si mismo. Sabíamos ambas que el respeto no podía basarse en una investidura, que el respeto se ganaba día a día, minuto a minuto, y que el temor al otro o al castigo sólo podían surgir efecto durante un tiempo limitado o producir consecuencias aún peores que una conducta no deseada.

¿Qué podía surgir de una generación criada por adultos que no sabían siquiera ellos mismos lo que deseaban? Lo más desalentador era que tampoco eran capaces de reconocerlo, que esperaban el respeto por el respeto en si mismo sin ganárselo, que no sabían del ejemplo, que predicaban una conducta cuando en realidad practicaban otra. Los veía a todos allí, concentrados y reunidos, profundamente desesperados y desorientados sin saber qué hacer con sus hijos adolescentes y los maestros aconsejándoles que ante ese “no saber qué hacer” la represión era la mejor herramienta. Que lástima me dio aquel día, y tantos otros días en que me vi obligada a participar de este tipo de reuniones. Y yo, no era el mejor ejemplo para nadie por lo cual mostrarme tal cual era tal vez no resultaba positivo, sin embargo, sabía bien que el disfrazarme de cualquier otra cosa tampoco hubiera sido una buena estrategia.

XXVII

SOBRE LOS BESOS QUE PROVOCAN ADICCIÓN

Los besos parecen guardar un secreto entrañable que refleja en qué estado se encuentra la relación. Hay relaciones en que los besos son de lo más importante, a veces casi lo único que cuenta. ¿Cuál es el misterioso motivo por el cual al principio de una relación entrar en contacto con la boca del otro pareciera ser el objetivo supremo? Bocas y besos que nos hacen alcanzar las más maravillosas sensaciones, como si intentáramos fundirnos en el otro, como si los labios estuvieran perfectamente diseñados los unos para los otros. No hay lugar para meditar si de una u otra manera, simplemente se hace, se deja fluir el manantial del deseo expresado en el contacto húmedo que nos toca desde la punta de los cabellos hasta los dedos de los pies. Un “te amo” y beso, un “te deseo” y beso infinito sólo terminado cuando resulta ya imposible mantenerlo al avanzar más y más en la danza y el juego de los cuerpos. Y no depende de la edad que tengamos, tal vez tan sólo de la edad de la relación que mantenemos. Cuántos de nosotros nos hemos saciado hasta agotarnos en la boca del otro, del que ahora es nuestro esposo, esposa, o simplemente aquel amante con el cual hace ya tanto tiempo que compartimos hacer el amor. Sin embargo, a medida que va pasando el tiempo, los besos se vuelven más tibios, más pensados, más cortos, más medidos, menos impulsivos, menos húmedos, menos intrusos, en definitiva más sosegados. Aquellos antiguos besos que nos inflamaban de pasión y que necesitábamos como el agua en el desierto se vuelven casi insulsos, hasta nos

cuesta encontrar la posición adecuada en la boca del otro, como si los labios hubieran cambiado de alguna manera y la lengua se hubiera vuelto torpe y perezosa. ¿Cuál es el motivo? No creo que sea porque nos hacemos viejos, sino por lo vieja que se hace la relación y la característica de nuestra piel de insensibilizarse con el tiempo ante la otra piel ya conocida. ¿Es que el ser humano sólo puede arrojarse al vacío sin sentido de una nueva piel? ¿Se desvanece la fiebre por poseer o entregarse y tan sólo queda el placer tibio de lo que ya se conoce? Vaya uno a saber ..., porque por más que se razone esto y se intente modificarlo nunca jamás vuelve a ser como antes. ¿Es que debe renunciarse a esto? Que triste, que quede tan sólo el frío conocimiento de otro cuerpo que como un vaso de agua del grifo sacia nuestra sed y nada más. Amamos profundamente a alguien y sin embargo, no nos palpita el corazón y las entrañas cuando lo vemos llegar ...

Me había cuestionado esto una y mil veces a lo largo de mi vida. No deseaba renunciar a la embriagante sensación de la pasión que lo envuelve todo y altera los sentidos, que nos vuelve necios, que nos trastorna la vida, que ocupa la mayor parte de nuestros pensamientos y nos convierte tan sólo en un manojo de piel y deseo inagotable. Rápidamente recordé algunos ojos, ojos que al mirarlos me temblaba el cuerpo y me volvían torpe para todo. Hacía mucho tiempo que no encontraba ojos así, con la tácita complicidad del que busca en secreto la humedad del otro, ojos que saben y dicen en silencio, mientras alrededor el mundo sigue su curso y las demás personas hablan y se mueven como fantasmas. Tantas veces me había llenado más una mirada así que miles de palabras inútiles. Y luego, luego de esperar impaciente, cuando se encontraba la oportunidad la llama de la mirada se extendía por nosotros convirtiéndonos en dos flamas insaciables.

XXVIII

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Hay tantas cosas a las que nos acostumbramos en la vida, cosas a las que no deberíamos acostumbrarnos, pero que de alguna manera nos hacen sentir más seguros por ser ya conocidas, por saber a lo que nos enfrentamos aunque aquello a lo que debamos enfrentarnos no sea exactamente la felicidad.

La vida con Alfredo estaba impregnada por la fuerza de la costumbre, el cariño nos unía, pero también supongo yo el temor a lo diferente, a buscarnos una vida distinta. Podía atisbar en él cierto aburrimiento y fastidio, no sé si por el hecho de estar a mi lado o por la vida misma que le tocaba llevar. Con su nuevo trabajo, el cual yo agradecía todos los días ya que nos ayudaba enormemente, nos veíamos menos que antes. Antes tampoco nos veíamos demasiado ya que era yo quien debía estar la mayor parte del tiempo fuera de casa. Pero cuando pasó a ser él quien estuvo fuera las cosas cambiaron, lo sentía más agobiado por el peso de la responsabilidad y de alguna manera lo sentía como si él nos estuviese haciendo un favor. Tal vez se había acostumbrado mal al haber sido yo la proveedora más importante durante bastante tiempo, pero aquello no significaba que fuera lo que tenía que ser. Lo sentía deprimido como antes pero diferente, como si estuviese acumulando rencores o frustraciones hacia mí o hacia nuestra vida en común. Como no nos veíamos mucho, siempre me decía que echaba muchísimo de menos los tiempos en que pasábamos más momentos juntos, sin embargo, cuando podíamos hacerlo él se evadía con la televisión o los juegos del ordenador la mayoría de las

veces, por lo que no hacía demasiada diferencia que estuviéramos juntos o no parte del día. Los fines de semana, por ejemplo, cuando estábamos en casa, yo me ocupaba de las cosas en la parcela mientras él pasaba la mayor parte del día incrustado en su sillón con el mando a disposición todo el tiempo. A mí realmente no me importaba demasiado, ya que sabía que no podía contar con él para que me ayudara en las cuestiones de la finca, pero sí me molestaba ver su depresión cada vez que entraba a la casa a buscar algo o a prepararme un café. Abría la puerta, los perros me seguían y entraban conmigo, la sala parecía una cripta y él pedía que cerrara la puerta porque le molestaba la luz del exterior, o porque entraba el calor, o porque entraban las moscas o porque entraba el frío, o porque entraba lo que fuera. Así debía entrar lo más rápidamente posible, mientras él hacía notar que le molestaban los perros, aunque éstos ni siquiera lo tocaran ni le hicieran caso alguno, y se enfurruñaba aún más en su sillón. Luego, antes de volver a salir nos mirábamos y nos sonreíamos, yo le hacía una caricia y me inclinaba hacia él, nos dábamos un rápido beso y yo seguía con mis actividades, seguida por mis perros como de costumbre.

Alfredo había adquirido la mala costumbre de quejarse respecto a nuestra vida sexual. Decía él que yo ya no era como antes, que no tenía la misma pasión ni iniciativa. Evadí el tema al principio, pero luego intenté explicarle que la cuestión no dependía de una sola persona, que era cierto que no teníamos la misma relación que antes, pero que tampoco me sentía yo como al principio respecto a él como él no se sentía respecto a mí. Yo sentía desde hacía mucho tiempo que lo nuestro había cambiado para peor, que había adquirido una tibieza y una mecanización poco deseable, pero no se lo reprochaba más que para defenderme cuando él descargaba en mí su frustración. Sabía bien que él podría reencontrar todas aquellas sensaciones perdidas con otra mujer, pero que jamás las recuperaría conmigo. Nos conocíamos demasiado bien, teníamos una historia en común, el tedio y la costumbre habían causado estragos en nuestras vidas y no dependía básicamente de nuestro deseo sexual sino de la vida misma en su conjunto. Habían pasado muchas cosas entre nosotros, había vivido y dejado de vivir tantas cosas, habíamos experimentados roces en nuestra relación y él en su relación con Ana también, sus constantes celos y sentimientos de

inferioridad que en realidad no eran tales sino más bien una necesidad de destacar que lo llevaba muchas veces a actuar de una manera infantil al no respetar nuestra manera de relacionarnos y no saber él en absoluto cómo conducirse con una niña y mucho menos con una adolescente.

Así, nuestra vida transcurría en una mediocridad emocional y en un silencio de sensaciones que me trastornaba, era una paz aparente, porque en el fondo sabía que él sentía muchas cosas, cosas no agradables, que callaba.

Cuando comencé mi relación con Manuel, fue como el día y la noche, pero no podía comparar a Alfredo con Manuel, porque con Alfredo siempre había tenido un grado de comunicación significativamente superior, por eso me resultaba difícil comprender que él no pudiera asimilar los cambios de nuestra relación y de alguna manera madurar en algunos aspectos para enriquecerla. A pesar de ello, Alfredo vivía emocionalmente paralizado, sintiéndose frustrado por su vida, sintiendo que no se lo quería o apreciaba como él merecía, pero tampoco haciendo mucho para modificar esa situación más que resintiéndose con las personas que le rodeábamos. No se me ocurría abandonar a Alfredo, la culpa me destrozaba de sólo pensarlo, sin embargo muchas veces sentí que tal vez hubiera sido la mejor opción. Aunque aparentemente él se seguramente hubiera podido comprendiera mejor que yo y que supiera hacer de su vida algo mejor de lo que podía hacer yo, siendo tal vez demasiado dominante o independiente para su gusto. Pero en sí mismo era una contradicción, porque por un lado parecía que le pesaba demasiado el hecho de tener que proveer una parte del sustento, pero por otro le fastidiaba mi naturaleza independiente. Me conocía como una mujer apasionada, porque había vivido aquella experiencia, pero en lugar de preguntarse por qué ya no lo era tanto con él sólo sabía reprocharme que ya no lo fuera igual. encontraba solo en el mundo, encontrar una mujer que lo

Nunca fue una persona muy memoriosa, pero últimamente lo olvidaba casi todo respecto a mí, no recordaba las cosas importantes a las que debía enfrentarme, como si sólo pudiera estar reconcentrado en sí mismo. Así, nuestras largas conversaciones fueron convirtiéndose en breves intercambios de palabra y nuestras

horas de amor se convirtieron en minutos, breves minutos en los que me quedaba mirando el vacío, al principio sintiéndome frustrada y al cabo del tiempo comprendiendo que aquello era lo máximo a lo que podía aspirar. Por ello, la relación con Manuel era como una flama en medio de la nieve. Y no me arrepiento de haberla vivido a pesar de todo.

XXIX

SOBRE LAS MIRADAS Y LAS ESCAPADAS

Sentada junto a Manuel en las precarias sillas de su picadero, rodeados de aquel audible silencio entre los dos, me pregunté una vez más a cerca de los códigos. Cada cultura, cada grupo, maneja códigos diferentes, el silencio en algunos grupos no significa lo mismo que en otros, tan a menudo me preguntaba si interpretaba adecuadamente las palabras y los gestos de Manuel que aquello me convertía en una especie de paralítica emocional. En mi país hubiera sido más sencillo, porque esas cosas se aprenden desde la niñez y no hubiera dudado sobre mi interpretación, pero allí, en aquel sitio extraño y maravilloso, una sonrisa o una palabra tal vez no quisieran decir lo mismo según la situación, el sitio o el momento. Sin embargo, en aquel preciso instante me encontraba segura de que aquel profundo y largo silencio, un silencio eterno que tal vez sólo duró un par de minutos, cargado de miradas intensas y profundas significaba para ambos “pienso en ti”, “deseo poder hablar pero no puedo hacerlo”, “deseo que no hubiera nadie alrededor ahora mismo”, “deseo salir corriendo de aquí contigo sin pensar en nada ni en nadie más” o simplemente “te deseo”. Aquel silencio peligroso e incómodo nos envolvía en una burbuja impenetrable que nos aislaba del resto del mundo como si nada más existiera. Las demás personas, el Gordo, desgarbado como siempre y sudando, acomodaba su caballo luego de un largo día de fiesta esperando a que alguien se ocupara de él; los niños yendo y viniendo, molestando con sus voces agudas; las voces y risas estridentes de las mujeres dentro de la casa amenazando con salir

en cualquier momento; caballos burbuja nos protegía, nos unía, desconocidos e inciertos. Una golondrina atrevida voló rasante sobre nuestras cabezas sin que apenas pudiéramos percibirla, pero aún así se nos hizo más presente que el resto. Manuel sacó lentamente el paquete de tabaco que guardaba en el bolsillo de su entrando y saliendo; pero la nos transportaba hacia sitios camisa y me ofreció uno, lo acepté sin poder evitar cierto temblor en mi mano, cogí mi mechero y él se apresuró a quitármelo de la mano para hacerlo él mismo, dejando la suya sobre la mía y acercándose más de lo que pudiera parecer normal para encender mi cigarro, con aquella mirada tan típica en él, aquella mirada que me embargaba hasta las entrañas, en voz tan baja que apenas podía escucharlo dijo:

– Vente conmigo.

– ¿Adónde? – pregunté en un susurro intentando convencerme de que aquello era cierto.

– A donde sea—respondió él alejando de mí el mechero pero incendiándome con la candela de sus ojos. – A donde tú digas, a donde tú quieras.

Sonreí, me sentí joven nuevamente y sin embargo muy vieja al notar que mis labios no podían decir que sí. El Gordo se acercó a Manuel, no sin cierta precaución, habría notado que algo extraño estaba sucediendo, ya que él no estaba como de costumbre involucrado con las cosas de trabajo ni haciendo comentarios, ni riendo, sólo me miraba, como si no hubiera nada más en el mundo que le interesara.

– Bueno, me voy – dijo el Gordo, pero Manuel no hizo caso, no respondió. – Hasta luego.—insistió.

Entonces Manuel apenas movió su cabeza haciéndole un ligero gesto de despedida. Luego bajó su rostro y su mirada quedó oculta bajo el ala del sombrero. Me sentí incómoda, tal vez mi no respuesta había provocado en él algo que yo no deseaba, que se echara atrás, que pensara que yo no valía la pena o no tenía el valor suficiente. Siempre en voz baja dije:

– Sabes que no puedo, ni tú tampoco puedes.

– Claro que podemos – respondió él devolviéndome entonces dulcemente la mirada. – Claro que se puede, si tú quieres.

– No puedo hablar de eso ahora. – evadí.

El mozo de cuadra preguntó si guardaba a la jaca ya. Manuel no le respondió ni le miró.

– Necesito estar contigo, estás en mí en todo momento.

Vámonos por unos días al menos. – pidió Manuel.

– Podemos arreglarlo, pero debes darme tiempo – respondí dándole una profunda calada a mi cigarro, como si con eso pudiera ampliar el tiempo que tenía para pensar.

– Dime cuando y donde. Sólo quiero estar contigo. Sonreí.

– Vámonos ahora. – pidió él acariciándome con la mirada.

– No puedo.

– Sólo un rato al menos, no puedo estar sin ti.

– No puedo ahora – insistí mientras él me rozaba la pierna descubierta por la falda con el dorso de su mano – Tal vez, por un rato. – sonreí nerviosamente reflexionando, mientras él mantenía su mirada dulce y ansiosa.

Recordé sus besos, ávidos, insaciables, recordé como combinaban sus labios perfectamente con los míos sin siquiera pensarlo, en como él me mostraba su profundo deseo besándome hasta agotarse y explorando mi cuerpo con devoción. No pude evitarlo, salimos juntos en medio de la rutina del trabajo de los otros, huyendo antes de que alguien saliera de la casa y nos preguntara a dónde íbamos. No estaba bien, claro que no estaba bien, pensaba, todo aquello traería graves consecuencias para ambos. Simplemente, no podía evitarlo.

XXX

LOS BARES

Aquellos bares distaban muchísimo de aquellos a los que estaba acostumbrada a frecuentar. No se parecían absolutamente en nada, ni en su aspecto ni en los parroquianos que los frecuentaban. En realidad, se trataba de sitios a los cuales jamás se me hubiera ocurrido concurrir en mi propio país, ya fuera por desconocimiento o ignorancia ya que no había nada de malo en ellos cuando se les conocía.

Se trataba, muchas caminos, otros ubicados pueblos. Sitios mayoritariamente concurridos veces, de ventas estratégicamente a la vera de los en los pequeños por hombres de trabajo que pasaban el rato a la salida de sus tareas y antes de llegar a sus casas o que simplemente se apalancaban allí esperando el talón del paro o la oportunidad de realizar algún que otro negocio, compra venta de lo que fuere.

Así, las horas les pasaban entre varias cervezas o whiskies supuestamente suavizados con gaseosa. Algunas veces, alguno que otro parroquiano superaba su límite de capacidad para el alcohol y se le veía medio tumbado sobre la barra, ya que era la barra el sitio del bar que más se utilizaba. Al poco tiempo, ya nada de esto me resultaba extraño, ya me había acostumbrado a entrar bajo la mirada curiosa de todos, ya que era una extranjera y mujer, que no solía haber muchas por aquellos sitios, prácticamente ninguna. Me había acostumbrado a acercarme a la barra y pedir, sentarme en un taburete si había sitio o sino quedarme de pié en medio de la multitud. Nadie me molestaba ni me decía nada que pudiera

hacerme sentir mal. Era mi persona rara y diferente y así me miraban, con total desparpajo, pero de ninguna manera manifestaban su curiosidad más que con una mirada curiosa. Muchas veces he creído que lo que más les resultaba extraño era mi condición de mujer, ya que entraba muy segura (aunque muchas veces no me sintiera así, sobre todo si se trataba de un sitio nuevo) y actuaba con total naturalidad sin siquiera inmutarme por nada. Pedía una cerveza y la bebía de la botella despreciando el vaso que me ofrecía el camarero mientras encendía un cigarro para hacer más llevadero el rato. Y supongo, que una mujer en un mundo de hombres no era lo más típico, aunque tal vez en este caso específico el hecho de ser extranjera resultara positivo y no negativo, ya que una extranjera es rara en si misma, por lo cual se le pueden disculpar muchas cosas.

Pero cuando entraba a los bares con Manuel, entonces era bastante diferente, ya que todo el mundo le conocía y las miradas curiosas no solamente se producían por mi sino porque iba acompañada por él. Sentía que todo el mundo se daba cuenta en realidad de cual era nuestra relación, sin embargo, aunque nos observaban siempre lo hacían con un respeto diferente ya que iba acompañada por alguien de su conocimiento. No había vez en que estuviéramos en la barra y alguien no se acercara a hablar con él, generalmente él me presentaba y las personas me mostraban sumo respeto también. Como Manuel era un enfermo patológico de los celos, yo intentaba evitar cualquier situación incómoda por lo que solía quedarme en silencio, tan sólo mirando y escuchando la conversación con bastante reserva. Esto no me resultaba muy difícil ya que mi propia naturaleza era silenciosa y reservada. Además, lo mejor era cuando aún estando rodeados de varias personas y entre las múltiples invitaciones a cerveza y la conversación incesante, él se deslizaba a mi lado para acercarse a mi oído y contarme todas aquellas cosas que a mí me gustaba tanto escuchar. O cuando planificábamos largarnos un rato de allí para estar juntos y yo ponía ante los demás mi mejor expresión de aquí no sucede nada mientras él me suplicaba que nos fuéramos para poder devorarme a gusto y luego, como respuesta se encontraban nuestras miradas diciéndose todo aquello que no podíamos manifestar en voz alta, mientras yo sentía que se ahogaba mi garganta y las piernas me temblaban. De

vez en cuando, él deslizaba su mano discretamente para rozar mis piernas y luego, apuraba el último trago de su cubata para irse conmigo.

Una tarde en la que el sol de agosto calcinaba a cualquiera que estuviera fuera, nos escapamos de un bar dejando abandonados a los amigos de él con quienes habíamos acudido al lugar, quienes se habían enrollado en una conversación interminable. Salí del bar y a los dos minutos él se reunió conmigo en mi coche, dejamos rápidamente el lugar mientras él me guiaba por donde debía ir. Salimos del pequeñísimo pueblo y en las afueras nos detuvimos en un carril poco transitado a la vera de una montaña. Apenas apagué el motor él se dedicó a reconocer mi cuerpo y a saciarse en mi boca como quien ha permanecido demasiado tiempo perdido en el desierto y de pronto encontrara un oasis. Yo perdía el control en ocasiones como aquella, él me quitaba las bragas aprovechando la comodidad de mi corta falda y se embriagaba con mi femineidad sin dejar de hablarme y besarme constantemente. Luego, ante la incomodidad del coche, nos pasamos al asiento trasero que tampoco resultaba ser demasiado amplio, allí mismo nos quitamos la ropa y yo no esperé demasiado para colocarme sobre él y sentirlo tan profundamente como pudiera. Mientras disfrutábamos el uno del otro y el sudor nos corría por todo el cuerpo no nos dimos cuenta que un viejo pastor se acercaba por el estrecho camino llevando a su rebaño, cuando lo notamos ya se encontraba el hombre a pocos metros del coche y entonces Manuel me abrazó y me cubrió con su camisa para que el viejo no me reconociera. El pastor pasó lentamente, la incomodidad se sintió en el aire, pero ni el pastor dejó de llevar su rebaño ni nosotros, haciendo. en realidad, dejamos de hacer lo que estábamos

XXXI

SOBRE LA VIDA, QUE ES UNA FIESTA AMARGA Y CARGADA DE PASIONES

Me preguntaba seriamente qué me encontraba haciendo allí. Por un lado me divertía la idea de encontrarme en un medio tan extraño, cargado de música y algo similar a la alegría sin llegar a serlo realmente. En verdad, no podía decir que fuera alegría todo aquel despliegue, sino tal vez un intento por hacer de la vida algo más que trabajo y responsabilidades. Todos acudían desde temprano a la feria y parecían conocer perfectamente qué hacer, dónde y cuando. Gran parte de los participantes con sus atuendos típicos, las mujeres con sus mejores trajes de gitana, llenos de colores, la mayoría con lunares blancos, algunas caminando, paseando, otras a la grupa de algún caballo cuyo jinete también parecía conocer a la perfección la rutina de cada año, siempre la misma, pero siempre diferente.

El sol de agosto calcinaba nuestras cabezas y el sudor nos corría por el cuerpo incapaces de poder detenerlo. Prácticamente lo único en lo que se podía pensar en aquellos momentos era en encontrar un sitio con sombra y poder beber la mayor cantidad de líquidos posible. Jamás había asistido a una feria, por lo que no sabía exactamente qué se hacía allí ni de qué se trataba. A mi alrededor, muchas personas desarrollaban diferentes actividades, ya sea vendiendo bebidas y comidas, paseándose con sus caballos, limpiando, cualquier realidad iba vestida muy fresca, con ropa ligera que apenas me cubría, pero los demás hasta llevaban traje con chaqueta pero parecían no inmutarse por el calor.

A medida que avanzaba el medio día se poblaban las calles, decoradas con pequeñas banderas verde y blancas, de jinetes ataviados a la usanza, montados en su mejor caballo los cuales se encontraban especialmente arreglados para la ocasión. El bullicio hacía imposible cualquier conversación y así se pasaba la tarde, entre tapas, pinchos, cervezas o tintos de verano. Lo más fuertes preferían whisky mezclado con gaseosa. La temperatura superaba los 40º y el sol se empeñaba en destrozar el cerebro de los participantes. Nadie parecía hacer caso a ello, ni el sudor que corría por sus rostros perturbaba la gran misión de pasar todo el día en aquella feria.

Me había resultado difícil encontrarme con el grupo de Ana, pasé más de una hora dando vueltas por las concurridas calles y buscándola en medio de la multitud. No me resultaba difícil reconocerla en realidad, sería ella diferente a todos los demás, un poco porque lo era y otro poco porque para mí no había nadie que pudiera parecerse a ella ni en su aspecto ni en su actitud. La vi de pronto, primera en la fila de su grupo, con su traje negro, su impecable camisa blanca y el sombrero que la hacía parecer mayor de lo que era al cubrir de sombra su frente y reforzar su intensa mirada celeste que destacaba en todo el atuendo. La vi llegar desde lejos y me acerqué lentamente para ir a su encuentro. Seria y con la cabeza alta, la mano derecha descansando sobre su pierna y la izquierda llevando las riendas como si lo hubiera hecho toda su vida. Tan pequeña y tan grande, apenas entraba en la adolescencia, y aún proviniendo de otras tierras, parecía toda una mujer mostrando el orgullo de una tradición.

Al acercarnos le sonreí ampliamente y alcé la cabeza para mirarla. Ella apenas desaceleró el paso, se giró hacia mí y me devolvió la sonrisa, con aquella sonrisa tan especial y cómplice que iluminaba su hermoso rostro. Me hizo un gesto con la cabeza para que les siguiera y se volvió mostrando la hermosa y llamativa trenza dorada que se derramaba sobre su erguida espalda.

Así la seguí un largo rato hasta que el grupo decidió detenerse a descansar y beber algo en una caseta. Ella no descendió de su montura ni por un momento así que fui a buscarle algo para que se refrescara. Había visto a Manuel en medio del grupo, pero me pareció demasiado atareado con su actividad social como para

siquiera saludarlo, así que me quedé junto a Ana conversando como podíamos ya que la estruendosa música hacía difícil que nos escucháramos y debía deslizarme entre el sudor de los caballos para poder estar a su lado.

De vez en cuando, echaba una mirada a Manuel y sus ojos se cruzaban con los míos mientras él conversaba con otras personas. No podía moverse de donde estaba y entonces me llamó haciendo un gesto con su mano. Me dirigí hacia él lentamente, abriéndome paso entre la gente y los caballos y me puse a su lado sonriendo.

– Buen día, señora. – dijo y me extendió la mano. Yo cogí la suya y él entonces la tomó entre sus dos manos y comenzó a acariciarla a la vez que me miraba profunda y dulcemente – Te he echado de menos, llevo muy mal este día sin ti.

– Porque no te apetece estar conmigo. – respondí sin dejar de sonreir y bromeando.

– Ya ves ...—respondió inclinándose ligeramente como si fuera a contarme un secreto y mirando a su alrededor indicándome que estaba rodeado -, que si pudiera sólo estaría contigo. Me tienes malo.

– Pero no se puede. También deseo estar contigo.—respondí.

Su familia estaba en una carreta a un par de metros de nosotros y cuando me dí cuenta me sentí incómoda por la situación, él me cogía las manos con fuerza y me susurraba en secreto, como si nada a nuestro alrededor existiera, pero sin embargo existía, todo aquel entorno era real.

– ¿Te quedas? – preguntó.

– Me quedo. – respondí y me marché de su lado, esperando ansiosa que se produjera la oportunidad de estar nuevamente cerca de él.

A medida que avanzaba la tarde la jornada se hacía más y más pesada, casi no había tenido posibilidad de sentarme y pasé la mayor parte del tiempo caminando de un sitio a otro, siguiéndoles. Manuel se acercaba a mí a caballo de vez en cuando e intercambiábamos un par de palabras hasta que alguien llegaba y a los gritos le llamaba para que se reuniera con uno u otro grupo.

Cada vez que le encontraba llevaba un vaso en la mano y así, entre copas y desencuentros se fue forjando su mal humor hasta alcanzar extremos inimaginables.

Manuel no había llevado muy bien que digamos aquella feria, el mal humor se había apoderado de él poco a poco hasta transformarse en violencia contenida. El alcohol no le había ayudado a mantener la cordura. Le había visto beber en otras varias oportunidades pero jamás como en aquella ocasión. El calor, la música estridente y el alcohol se conjugaban de manera perfecta como soporte de la necesidad de aquellos hombres de mostrar su virilidad a través de un caballo. Muchos lo llevaban con elegancia y orgullo mientras otros intentaban mostrarse haciendo más y más tonterías que no hacían más que poner en peligro a su propia persona y a los demás.

Me pregunté cuándo acabaría todo aquello, no estaba acostumbrada a situaciones tan intensas, no encajaban conmigo y no las comprendía en su totalidad. Finalmente nos desplazaron de la feria a un recinto lindante que contaba con un bar abierto, ya que se había hecho tarde y se había terminado la hora permitida para los caballos. A todo esto los jinetes se mantenían en su montura con tanto o más ánimo que al mediodía, mientras esperaban a que los camiones les fueran a recoger unos, y mientras aprovechaban a echar un rato más los otros.

Me puse a conversar con un par de personas del grupo y con Ana mientras esperábamos el transporte. Nada especial, sino simplemente para matar el tiempo y hacer un poco más placentera la espera. Manuel me observaba a pocos metros, con su familia, y al límite de su borrachera ya no hacía más que dar órdenes a los suyos y gritarles mientras me miraba a la distancia. No había caído en la cuenta que le molestaba tanto que estuviera conversando con otros hombres, al fin y al cabo era algo totalmente natural que lo hiciera. Pero a él no le parecía natural y los celos fueron apoderándose de él minuto a minuto enloqueciéndole, al punto que arrojó un vaso hacia nosotros el cual cayó sin rozarnos pero causándonos sorpresa. Me volví hacia él sin comprender su comportamiento y me hizo un gesto con la mano para que me acercara. Lo hice lentamente, mostrándole mi desacuerdo hacia su actitud, pero como un gato que no sabe muy bien con qué se encontrará si da un paso más, midiendo la situación y viendo que su esposa se encontraba a un par de metros de él, por lo que intenté no montar una escena por lo sucedido.

– ¿Qué haces? – me increpó cuando me acerqué.

– Converso ¿Qué pasa? ¿Tú no has estado hablando toda la tarde?

– ¿Por qué hablas con él? – insistió—¿Quieres que te mate?

Hablaba en voz alta, gritando casi, y no puedo creer que las personas que estaban a nuestro alrededor no lo hayan escuchado. Me giré para marcharme y él levantó su fusta en un gesto de amenaza para luego intentar apearse del caballo, pero como estaba tan borracho parecía que iba a darse de cabeza al suelo, por lo que su hijo y su esposa corrieron hasta él para ayudarle mientras yo me limitaba a mirarle fríamente a la vez me alejaba unos pasos simplemente para que no cayera sobre mí.

– ¡Quita! – gritó él cuando su familia intentó ayudarle a mantenerse en píe, mirándoles como un loco y amenazando con la fusta a todos cuantos le rodeaban – ¡Quita de aquí! – yo sabía bien que detestaba que le hicieran ver en público como si no pudiera valerse por si mismo.

Los celos le impedían razonar con claridad, actuaba irracionalmente echando por tierra toda la discreción y los cuidados que podíamos haber tenido hasta entonces. Lo mío pasaba más por lo filosófico, por el amor en el momento y el lugar oportuno, el no dar la nota. ¿De qué se trataba aquello? Lo sucedido después despejó cualquier duda que pudiera albergar acerca de lo incomprensible que me resultaba la situación y la intensidad de la pasión de aquel hombre. Por momentos lo detestaba, por su infantil actitud despótica, caprichosa y egoísta, mientras por otro me atraía irresistiblemente por su lado casi siniestro y salvaje.

Manuel no dejaba de acosarme, mientras yo intentaba huir de él y a la vez disimular, de manera ya prácticamente imposible ante los ojos de los demás, quienes en realidad tenían total noción de lo que sucedía y parecían esperar a ver en qué momento se desataba definitivamente la tormenta, la cual de una u otra manera les salpicaría a todos. Él se acercaba, yo sonreía diplomáticamente y me alejaba, parapetándome a veces detrás de alguna que otra persona, y así, el juego, interminable y agobiante, el gato y el ratón. Él simulaba hablar con los demás pero no me perdía de vista y avanzaba implacable hacia mí, mientras yo me alejaba, y así, porque sabía que en cuanto lograra cogerme ya no me soltaría. ¿Es

que acaso él no podía esperar a un momento más oportuno y discreto? ¿No era capaz de controlar la pulsión? Para apartarme un poco más de su vista y de su alcance fui al bar a buscar bebidas y comida para algunos jinetes que hacía horas no desmontaban. Me acerqué a la barra en medio del tumulto y esperé pacientemente la atención de uno de los cinco camareros que se movían en forma rápida y eficiente detrás del mostrador, sirviendo copas, poniendo pinchos, cobrando, dando el cambio. Mientras esperaba a que completaran mi pedido, bañada en sudor y acomodándome el escote que tal vez mostraba más de lo que pretendía, sintiéndome casi a salvo en medio de tanta gente, sentí el calor de un cuerpo detrás de mí. No necesité volverme para conocer a su dueño, tan sólo deslicé mi mano hacia el brazo que me atrapaba por la cintura con fuerza y lo acaricié suavemente. Un movimiento equivocado, ya que aquello motivó que él bajara su boca hasta mi cuello y me susurrara suavemente pero con firmeza "vamos". Me volví ligeramente y negué con la cabeza mientras aferraba una copa que me alcanzaba el camarero. El sitio se encontraba atestado de gente y apenas podía moverme, Manuel me cogió con más fuerza y me atrajo hacia él mientras decía: "Ven conmigo, ahora". Supe de inmediato cuáles serían las consecuencias de negarme ante su requerimiento en aquel sitio repleto de familiares y conocidos. El no dudaría ni un instante en montar una escena, como lo había hecho varias veces durante el día en arrebatos de celos incontenibles. Decidí que entre todos los males resultaría más discreto hacer lo que él pedía a desafiarle. Dejé las copas sobre la barra ante la mirada comprensiva del camarero a la vez que yo le devolvía la mía que decía "no pasa nada". Me abrí paso entre la multitud mientras él me cogía del brazo con suave firmeza y me sacaba de aquel sitio. Aunque no había bebido casi me sentí mareada, todo comenzó a girar a mi alrededor, no podía pensar con claridad mientras me deslizaba entre los cuerpos sudorosos e intentaba evitar a los caballos ya cansados y nerviosos. Ya era noche cerrada, sin embargo la multitud aún no había menguado. Manuel me llevó detrás de una caseta por donde casi nadie circulaba, me puso de espaldas a la pared metálica y me cogió el rostro con sus rudas manos, sus ojos, aunque nublados por la borrachera, me transmitían lo mismo de siempre, aunque esta vez con una desesperación

contenida que me atemorizó, no temía por mí, por lo que pudiera sucederme, ya que nada de lo que él me hiciera me disgustaría sino más bien todo lo contrario, me agradaba y también lo deseaba. Temía que nos descubrieran, que todo terminara en una tragedia de esas de los dramaturgos clásicos que había tenido que estudiar y que siempre había considerado exageradas e irreales, entonces me dí cuenta que no lo eran tanto. Manuel acercó su rostro al mío mientras lo mantenía firmemente cogido entre sus manos.

– Te amo – dijo – Eres mi amor. ¿No lo sabes? Eres mi amor, sólo quiero estar contigo, nada más me importa. – recordé cuántas veces había escuchado ese tipo de declaración y cuantas también sólo resultaban un discurso vacío. Pero aquel hombre me hacía dudar, parecía sincero en su locura. Existía una gran diferencia en todo aquello si las palabras de él salían de su corazón, entonces tal vez debía dejarme llevar por aquella marea de deseo incontenible, por la vehemencia por el cuerpo del otro.

Manuel me besó con desesperación mientras intercalaba un “te amo”, “te quiero”, “ven conmigo”, “te necesito”, me dejé llevar cuando él sin dejar de besarme en la boca y el cuello deslizaba sus manos por debajo de mi blusa y la bajaba para besarme los pechos. Le devolví los besos que se hicieron cada vez más intensos y apasionados, ya no escuchaba la música ni la gente, se crisparon mis dedos en su espalda y aquello le decidió a él a seguir adelante, bajó la cremallera de su pantalón y me levantó la mínima falda que yo llevaba, sólo necesitaba apartar un poco el tanga, estaba todo allí, ofreciéndose encendido y desesperado. Manuel me cogió por debajo de las nalgas y me alzó como si no pesara nada, lo envolví con mis piernas sin pensar, tan sólo deseándolo desesperadamente. Entró en mi enajenado, advirtiéndome que si le engañaba me mataba. Lo recibí ciega a todo, necesitándolo más que a nada en el mundo. La pared metálica recibía casi inmutable pero poco silenciosa las embestidas de su desenfreno mientras me aferraba a su cuello y a su espalda, dejándole las marcas que había intentado evitar en otros encuentros,

Cuando llegó el transporte ayudé a coger algunos animales junto a las demás personas. Manuel se acercó a mí, una vez más, más de la cuenta.

¿Cómo hacemos? – preguntó con mirada desesperada. ¿Para

qué? – pregunté también.

Para largarnos de aquí, para dejarlo todo. ¿Qué hacemos con todo esto que tenemos montado? Familia, todo … No se puede, Manuel. De momento no se puede. No se puede – repitió él mis palabras una y otra vez, con la voz grave y cargada de resentimiento y se alejó dando voces a los demás y golpeando con la traya todo lo que encontraba a su paso.

XXXII

SOBRE LA LOCURA DE MANUEL

Por más que me esforzaba no podía comprender a aquel hombre. Una parte de él me atraía hasta límites insospechados mientras otra me disgustaba y en ocasiones me asustaba. Nunca se sabía cómo iba a reaccionar. Podía ser el hombre más cariñoso y gentil, para volverse un ser egoísta incapaz de contenerse a si mismo en otras. No podía encontrar el equilibrio que tanto necesitaba en aquella turbulenta relación. Para él todo era blanco o negro, sí o no, o pasión a muerte o indiferencia total. Me dolía muchísimo su indiferencia, cuando él se enfadaba conmigo, generalmente porque no podía acudir a algún encuentro, él se volvía indiferente y resentido. Pero ¿por qué me agobiaba tanto con ello? Me decía a mi misma que no le amaba, que simplemente había encendido en mí una llama que hacía mucho se encontraba dormida y me hacía sentir de maravilla. Si no le amaba no había razón alguna para amargarme de aquella manera. Él me hacía sentir insegura, desde cuándo temía perder a un hombre, estaba volviéndome loca yo también tal vez. De la tibieza de donde yo provenía, no conocía aquel tipo de infierno y por qué no decirlo también de paraíso...

Y sí, la locura se apoderaba de mí cada vez que estaba con él, y muchísimas veces tanto como pensaba en él y recordaba su voz cargada de tabaco y alcohol regalándome las palabras que deseaba escuchar escurriéndose por mi oído y mi cuello. Y descubrí luego de más de tres décadas de vida que no hacía falta que un hombre tuviera 1,80 de estatura, ni fuera al gimnasio, ni supiera de filosofía para darme vuelta la cabeza y el cuerpo. Regado el espíritu de vino

y flamenco, se apoderaba de él un demonio difícil de describir, pero era aquel mismo demonio lo que lo hacía diferente de todo aquello que hubiera podido conocer en el pasado y que tal vez pudiera conocer en el futuro. Pasaba Manuel de ser un hombre tradicional, de mediana edad, sin ningún atractivo en particular, a convertirse en espíritu y carne viva, con una agresividad contenida que algunas veces llegaba a preocuparme pero que jamás descargó en mí más que para invadirme de placer. Hasta que lo conocí pensaba que un hombre de su edad y su condición no podía motivar absolutamente nada en mí, y sin embargo su increíble locura revolucionaba los sentidos. Asimismo, muchas veces me sorprendía el impulso de insultarle y agredirle, defendiéndome de su arbitraria locura, de su maltrato hacia los demás y su despotismo.

Y sí, indudablemente estaba volviéndome loca igual que él, no había duda de ello.

XXXIII

SOBRE LOS BESOS QUE PROVOCAN DESESPERACIÓN

Nuevamente los besos, elementos inestimables para la evaluación del estado de la relación delataban desesperadamente un conflicto de difícil resolución. Había decidido que olvidaría toda esa absurda necesidad por sentir los besos de Alfredo como antes, había decidido que nuestra relación se encontraba en un estado de tibieza casi exasperante pero que no prestaría atención a ello y me centraría en las cuestiones más concretas e importantes de la misma, pero fue entonces cuando algo cambió y no pude menos que notarlo. Los besos de Alfredo cambiaron, durante los últimos tiempos hasta nos costaba encontrar una posición adecuada para que nuestros labios fueran a juego y de pronto él comenzó a utilizar nuevas técnicas, por llamarlo de algún modo, a su manera de besarme. Resulta casi imposible poder describir esto con palabras pero intentaré hacerlo lo mejor que pueda. Supongo que él también advirtió que aquello no funcionaba bien y decidió producir algún cambio positivo. Los primeros besos cargados de pasión del comienzo se fueron convirtiendo en fríos intentos de manifestar el afecto para luego convertirse en una técnica lujuriosa (o al menos pretendían serlo) que motivaran una excitación sexual. Pero ésta técnica me resultaba forzada, mecanizada y hasta obligada. Ya no eran espontáneos sino que parecían estar meditados hasta en el más mínimo detalle y lo único que conseguían era distraerme, llevar a mi mente a pensar una vez más en cómo se había modificado la percepción del uno hacia al otro y asimismo la necesidad de

nuestros cuerpos.

Aquellos besos, fruto de un gran esfuerzo por llevar el tiempo atrás, no conseguían su objetivo sino todo lo contrario, tan sólo confirmaban mi teoría y mi profunda necesidad por los otros, por los primeros, los auténticos, la pura manifestación de la carne en su estado más perfecto, y la insoportable frustración y desesperación por no tenerlos.

XXXIV

LA FASCINACIÓN DEL TEDIO Y CONDIMENTOS

El cruel invierno nos había tendido sus redes. Despreocupados y desprevenidos nos sorprendió de manera tardía, cuando ya pensábamos que jamás llegaría. Sería por eso, porque ya no lo esperaba casi o porque hacía demasiado tiempo que no me ocupaba de mí misma, que prepararme aquella noche para una cena en sociedad se me convirtió en una ardua tarea más que en una preparación para un momento de disfrute.

Nos habían invitado a Alfredo y a mi, un matrimonio conocido, a cenar aquella noche celebrando la próxima llegada del fin de año. Nosotros no solíamos realizar aquel tipo de salidas, no nos proponíamos hacerlas por diversos motivos, en parte porque el dinero parecía que nunca alcanzaba para tales entretenimientos, porque yo cada vez me encerraba más en mi pequeño mundo sin intención de ampliarlo de ninguna manera social, y porque Alfredo y yo no compartíamos en realidad el mismo círculo de conocidos. Por algún extraño motivo las personas que se relacionaban conmigo no se llevaban del todo bien con él. Al principio, creía que se trataba de una apreciación mía muy subjetiva, o que las personas a veces no sabían darse cuenta de cómo era él en realidad, pero luego, con el paso del tiempo, fui dándome cuenta de que existían razones valederas para que éstas personas se sintieran incómodas en su relación con él. Al principio, no podía o no deseaba realmente verlas (a las razones, me refiero) salvo en un par de oportunidades en que nuestros encuentros sociales fueron catastróficos y

prácticamente causaron la pérdida de un par de amistades, la mayoría de las veces creo que no deseaba ver lo que sucedía.

Alfredo siempre había sido una persona destemplada en el trato con los demás, con cierto complejo de superioridad y cierta tendencia también a la crítica destructiva. Pero lo que había causado que aquellos encuentros se volvieran nefastos fue su trato hacia mí. Cuando nos encontrábamos solos, en general, él era bastante comprensivo y amable, sin embargo, cuando se encontraba en sociedad, algún extraño tipo de dispositivo se disparaba en él y parecía encontrarse en la necesidad de volverse agresivo, sarcástico y despreciativo hacia el resto de las personas que le rodeaban, algunas veces inclusive también hacia conmigo más que con cualquier otra. Nunca me gustaron las escenas en frente de los demás, motivo por el cual prefería sonreir y callar y esperar al momento oportuno para cuestionar su comportamiento. Además él nunca supo guardar la discreción, por lo que cualquier comentario de mi parte lo tomaba como una gran ofensa y no tenía reparo ninguno en montar toda un escena delante de quien fuera que estuviera delante de nosotros. Esto me causaba un intenso estrés, ya que debía contener mis impulsos y no mandarlo a paseo delante de todo el mundo, cosa que en realidad hubiera merecido. Pero mi sentido de la ubicación, tal vez el mismo sentido sin sentido que me dominaba cuando no podía decirle a Manuel que le amaba y que nos alejáramos del mundo entero ..., ese sentido absurdo que me amordazaba cada vez que mi pecho se inflamaba, me hacía contenerme y esperar. Cuando al día siguiente, o simplemente al quedarnos adecuada sobredimensionaba las cosas, que había interpretado mal, etc. etc. haciéndome incluso dudar sobre mi apreciación y provocando una discusión sin sentido en la cual inevitablemente estaban presentes las frases: “claro, yo soy el peor”, “claro, toda la culpa siempre es mía”, “habló la mujer perfecta”, “no sirvo para nada”, y demás frases comunes que sólo me llevaban al desasosiego ya que la conversación no conducía a ningún sitio razonable y en la mayoría de los casos terminaba con un profundo silencio de su parte luego de un discurso mío intentando mostrarle mis sentimientos lo más abiertamente posible.

Pero aquella cena fue especial, ya que mi corteza se encontraba sinceramente dañada y me encontraba más permeable que nunca a

sus susceptibilidades. Llevaba él ya una temporada con una actitud que me producía bastante fastidio, reaccionaba mal ante cualquier comentario o respuesta, se mostraba resentido todo el tiempo como si considerara que él merecía más de lo que recibía, como si no se sintiese apreciado y actuando como un niño inmaduro y caprichoso que sufre pataletas por cualquier motivo. Cada vez que le llamaba la atención sobre esto, en mi manía de hablar las cosas y aclararlas para que intentara ver en su interior que algo extraño estaba sucediendo, él me respondía con desplantes y de mala manera asegurando que él estaba bien, que nada andaba mal y que lo que le hacía sentirse mal era exactamente mi pretensión de buscar una explicación donde no era necesaria. En ningún momento se le cruzaba siquiera la idea de bucear en su interior porque ni siquiera se le presentaba la duda respecto a si su actitud era correcta o no. Creo que jamás podremos cambiar una actitud si no reconocemos tenerla, si no nos damos cuenta, y el darse cuenta parecía estar totalmente alejado de su intención.

En aquella oportunidad salimos, entonces, a cenar y la crispación comenzó casi desde el primer momento. Nos encontramos con nuestros conocidos en un punto determinado, ya que ellos no conocían el restaurante al que íbamos a ir. Se suponía que nos seguirían con su coche, el cual era ya bastante viejo y no era capaz de desarrollar una gran velocidad. Por tal motivo, le pedí a Alfredo que no acelerara demasiado, de manera que ellos pudieran seguirnos sin problema. Aquello le fastidió, asegurando que él siempre iba despacio, cosa que no era cierta en absoluto. Aunque el viaje fue bastante relajado, otro problema se suscitó cuando llegó el momento de aparcar, ya que yo le decía que no hacía falta buscar aparcamiento exactamente en la puerta del local, el cual era un sitio muy concurrido y de no encontrarlo hubieramos tenido que hacer prácticamente tres kilómetros para retomar el camino. Aquello también le fastidió sobremanera y me contestó de mala forma gesticulando con brusquedad como solía hacer cada vez que alguien le llevaba la contraria.

Una vez sentados a la mesa, comenzó con su típica actitud despectiva hacia los otros, casualmente gente sencilla, dándose grandes aires de superioridad, no necesariamente hablando sino callando, o haciendo comentarios incómodos respecto a cuánto

bebía o dejaba de beber nuestro compañero de mesa, que en aquel caso fueron dos copas de vino. Luego, cada uno de mis comentarios los interpretaba erróneamente, comentarios sobre cualquier cosa y no necesariamente sobre él. Le molestaba la música, la gente, le molestaba todo. Llegó a fastidiarme tanto la velada que no veía la hora de que terminara de una vez. Sus comentarios de resentimiento en general tenían que ver con una confrontación entre dos mundos. Por ejemplo, él decía algo que yo no comprendía, ya sea porque no le escuchaba bien o porque no encontraba la relación de ideas que pretendía esbozar al intentar manifestarse más listo que todos los demás.

¿Qué pasa? ¿No me entendés? – decía haciendo un gesto despectivo con la mano, como si fuera un mal actor en una obra de teatro barata.

No, no te entiendo – decía yo – si me lo repetís seguro que te entiendo.

Le entendés a cualquier cateto y a mi no. – contestaba con resentimiento y aquella frase me agobiaba ya de tanto escucharla.

No te confundas – le respondí aquella noche en particular no sólo le entiendo a los catetos que decís, sino también a vos y a gente diferente que no son catetos ni son como vos.

Entonces se callaba, resentido y amargado para volver a la carga un poco más tarde, en aquel caso con un comentario sobre la diferencia que existía entre los términos utilizados en nuestro país y aquellos del sitio en que nos encontrábamos y el ardor regresó a la conversación.

Sólo usan bonito – dijo – ni lindo ni otra cosa.

Usan otras palabras – agregué yo – guapo, chulo, majo, guay, muchas otras cosas.

Esos no son sinónimos – saltó Alfredo.

De alguna manera lo son, como tampoco para nosotros son exactamente sinónimo algunos adjetivos sino que varían ligeramente en su significado.

Ahora me estás contradiciendo otra vez. – sentenció él de mala manera.—Me vas a decir que usan más vocabulario que nosotros.

No estoy diciendo que más – aclaré,—pero que sí existen otras opciones.

Alfredo tomó esto como una ofensa personal, ya que entre otras

cosas él siempre se jactaba de ser un purista del idioma y tener más conocimientos que la mayoría.

Cuando salimos del local aquella noche, no dejaba de criticar a las personas que pasaban a nuestro lado, intentando llamar la atención nos hacía comentarios picarescos una y otra vez, repitiéndolos a cada uno de nosotros. Los demás le sonreíamos, pero nos sentíamos incómodos ya que nos molestaba su descaro al hacerlos en voz alta y sin sentido.

¿Por qué las mujeres se visten así? – me preguntó en un momento.

Ya sabés lo que pienso sobre esto, no es momento adecuado para que lo hablemos – respondí sin intenciones de proseguir con una conversación que podría volverse agresiva hacia el entorno.

No te preocupes,—dijo alejándose y en voz muy alta – no necesito que me expliques nada. Guardate tu sabiduría y tus pensamientos.

Me quedé de piedra, el matrimonio que nos acompañaba se quedó en silencio, lo miraban a él y me miraban a mí sin comprender, supongo, aquella agresión gratuita.

Fuimos a tomar unas copas y Alfredo prácticamente no participó en la conversación ni en nada. Yo lo miraba y le sonreía intentando integrarlo, o diciéndole un par de cosas para animarlo, lo cual fue difícil o imposible realmente. Nuestro amigo había pagado la primera ronda de copas y tuve que convencer a Alfredo para que invitara la segunda, aunque no tuviéramos deseos de beber, aunque dejáramos luego lo que habíamos pedido sin siquiera tocarlo, ya que aquello se correspondía con normas de convivencia del lugar que no debíamos evitar. No encontraba la necesidad de mostrarnos miserables y egoístas, no íbamos a quedar en la ruina por pagar una ronda de copas.

Al rato Alfredo pidió que nos marcháramos y así lo hicimos. Como tantas otras veces un sabor amargo se instalaba en mí, imposible de arrancar, mientras mi mente se devanaba en inútiles cuestionamientos por un lado y por el otro intentaba navegar por sitios algo más placenteros que la propia realidad. Regresamos a casa en silencio, a mi no me apetecía hablar de nada ya que cada cosa que decía le sentaba mal y Alfredo se empeñaba en asegurar que a él le sucedía exactamente lo mismo, que a cada cosa que él

decía yo le replicaba de mala manera y con mala voluntad. Aquello me producía una profunda impotencia, una sensación de vacío inexplicable. Tal vez Alfredo tenía razón y en realidad yo tampoco tenía demasiada paciencia, tal vez no me comportaba tan bien como suponía que lo hacía, ni era tan comprensiva como creía serlo. Tal vez el problema lo teníamos los dos, y hoy en día, sinceramente, creo que me da igual quién tuviera razón ..., simplemente sé que amargamos los pocos días que teníamos para estar juntos, en esta vida que es sin duda alguna más trabajo y complicaciones que placeres, perdimos ambos la oportunidad de comprendernos y ser felices, aunque más no fuera como amigos, como simples seres humanos, personas que se conocen desde hace tiempo y por lo menos deberían intentan recorrer una parte del camino juntos sin autodestruirse o destruir al otro a cada paso.

Aquella noche no me sentía con ánimo de nada, y al llegar a casa sin siquiera cambiarme de ropa ni ponerme cómoda cogí mi block de dibujo y mi lápiz y me dispuse a dibujar, como hacía siempre que me encontraba encerrada en mi misma, cuando no deseaba compartir mi espacio con nadie. Alfredo, a su vez, se dispuso a ver la televisión, le faltaba recordar los últimos goles de los últimos partidos. Finalmente apagó el televisor y mientras avanzaba hacia la puerta del cuarto preguntó:

– ¿No venís a dormir?

Sabía perfectamente que muchas veces no me lo preguntaba simplemente porque le gustara mi compañía, ya que él podía dormir solo perfectamente, sino que era una invitación a tener un momento de intimidad, cosa para la cual no me encontraba en absoluto dispuesta.

– No, voy a quedarme trabajando un rato – respondí ya que en realidad no me apetecía irme a la cama con él y además me encontraba tan confusa respecto a mis sentimientos que necesitaba tener un momento de soledad para intentar, al menos intentar, ordenar mis ideas y sentimientos.

– ¿Tanto te molesta venir conmigo a la cama? – preguntó casi gritando y acercándose a mi más de la cuenta. Para mi sorpresa se lo veía más angustiado de lo que hubiera supuesto previamente, como si aquello hiciera mella en su amor propio.

– No, no me molesta, sólo quiero hacer esto ahora. – respondí y

en verdad me encontraba más confundida y molesta conmigo misma que con él.

Alfredo se alejó sacudiendo la cabeza, como quien siente que las cosas van muy mal.

– Ya no me hacés tanto caso como antes. – dijo al llegar una vez más a la puerta del dormitorio.

– ¿Cómo cuándo? – pregunté, realmente no sabía a qué periodo de nuestra relación se refería, y como no fuera hacía mucho, mucho tiempo atrás, debería haberse dado cuenta antes de que nuestra relación se enfriaba a pasos vertiginosos.

– No sé, antes, hace tiempo. – respondió enfadado y gesticulando.

– Ni vos tampoco a mí. – respondí sin la más mínima intención de comenzar una discusión, aunque sentía que perdía de alguna manera la oportunidad de conversar sobre aquel tema que en su momento tanto me había preocupado, pero que entonces ya casi pasaba a un segundo plano de mis intereses.

Alfredo se puso a hacer los típicos gestos de fastidio, como un niño malcriado, como si dijera "claro, ahora la culpa la tengo yo ...", por lo que me sentí en la obligación de aclarar un poco más las cosas, no sé realmente para qué ...

– Tampoco podés esperar que sea muy cariñosa después de cómo manejaste la situación esta noche, y otras noches ...

– ¿Qué? ¿Qué te molestó ahora? – preguntó a los gritos y supe que una vez más me había equivocado, él nunca comprendería lo que yo sentía y estaba perdiendo el tiempo además de toda la poca energía útil que me quedaba.

– Estuviste ... paspado, por decirlo de alguna manera, parece que cuando estamos con otras personas te cambiara la personalidad, te ponés imposible. – dije esperando algún tipo de explicación, tal vez había algo importante que él tuviera que decirme para hacerme comprender aquella actitud contradictoria e infantil de su parte.

– No hice nada que tenga que reprocharme. – respondió secamente. – Nada. – confirmó por segunda vez y se encerró en el dormitorio.

Me quedé en silencio, mirando la puerta cerrada del dormitorio durante un largo rato, no sé si con la mente en blanco, o en algún sitio perdido, tan perdido que hubiera deseado no salir jamás de

allí.

Me habían enseñado miles de palabras y formas de expresarlas, sin embargo ninguna de ellas en ninguna de sus combinaciones me resultaba útil para darme a entender con Alfredo, ni tampoco en realidad con Manuel.

Me quedé sin deseos de dibujar ni de ir a la cama, ni de hacer nada, me sentí como en Buenos Aires pero un poco peor, porque ya había huido de un sitio intentando escapar de mis problemas, no deseaba huir de otro una vez más, pero en aquel momento huir, correr, era lo único que me producía una sensación ligeramente placentera.

XXXV

SOLO SOMOS CARROÑA

Sólo somos carroña y en nuestro intento desesperado y frustrado por ser eternos, nos revestimos de banalidades y perdemos la mayor parte de nuestra existencia discurriendo en errores egoístas que lo único que confirman es la futilidad de esta vida.

Sólo somos carroña, vivimos hoy y cuidamos nuestro cuerpo como si fuera a perdurar eternamente y nos desesperamos por atrapar hasta el último segundo de nuestra juventud en una patética desventura de fracasos. Nos preocupamos hasta por la más mínima insignificancia sin darnos cuenta y reconocer que no existe un futuro o una consecuencia duradera, que ayer fue hace mil años y hace mil años fue ayer mismo.

Nuestra existencia puede hacerse larga y penosa muchas veces y sin embargo es tan corta. Estamos tan llenos de sentidos que intentamos bloquear constantemente. Si lográramos relajarnos y disfrutar de cada uno de esos sentidos intensamente, si lográramos producir el silencio y ponernos a escuchar a nuestros pensamientos o cualquier otro sonido que no provenga de otro ser humano o de algún producto tecnológico creado por éste mismo. Si lográramos ver más allá de lo que simplemente representa un código social. Pero estamos ciegos a todo lo que no se muestre en una revista o en cualquier medio de comunicación. No miramos los ojos de los demás sino simplemente el cosmético que llevan sus pestañas, ni somos capaces de degustar unos labios o una piel sin pensar primero si se corresponde al arquetipo aceptado. Ni podemos oler más allá de un perfume de marca reconocida. Tampoco somos

capaces de dejarnos llevar por nuestra intuición sin temor a que el resto del mundo crea o piense que estamos locos, de acuerdo a todos los parámetros que nos hemos inventado para definir tal cosa.

Pensando esto, conducía mi coche hasta la ciudad con el objeto de introducirme en uno de los grandes centros comerciales y conseguir así algo de lo que mi aturdida existencia necesitaba para seguir adelante sintiéndome mejor. ¿Qué sería en aquella ocasión? No resultaba importante el precio de la compra, sino salir del contexto habitual y tener algo nuevo, tal podía ser un nuevo champú o un par de calcetines. Ana me acompañaba, como siempre, pero no venía esta vez con mucho agrado, ya que ella detestaba los sitios demasiado concurridos y prefería desde siempre quedarse en casa atendiendo a los caballos o haciendo cualquier otra cosa algo más productiva. Ella siempre prefería la soledad y el contacto con la naturaleza a cualquier otra actividad que pudiera brindarle satisfacciones externas. Era ella tan sencilla y compleja a la vez, en su mente adolescente maduraban ideas y proyectos de vida, cuestionamientos sociales y personales, formas de salida a los problemas y encrucijadas cotidianas. Éramos en sí, muy similares y diferentes a la vez, yo no había querido influenciarla con mi locura permanente pero parecía que no había hecho falta ya que por si misma había captado la esencia de la vida de una manera distinta a la mayoría de las personas que le rodeaban.

Trabajadora incansable, Ana nunca se encontraba totalmente satisfecha con su trabajo y siempre pensaba mejorarlo, orgullosa y autosuficiente, a partir de cierta edad ya sólo la he visto llorar de impotencia ante determinadas situaciones límite, pero nada más. Mucho más dura que yo y menos confiada aún, recelosa de las intenciones de los demás pero dispuesta a echar una mano a quien lo necesitara, ella era de pequeña como un ángel que a partir que fue creciendo se convirtió en un ángel guerrero dispuesto a luchar por todas las batallas que le parecieran justas. De pequeña, como un hada se acercaba a todos los animales con una naturalidad que a los demás nos dejaba perplejos, su respeto por la vida y su pureza parecían emanar de ella y ser percibido por todos aquellos seres que habitan la naturaleza. Muchas veces me deleitaba simplemente observando a cierta distancia su comportamiento natural con lo que le rodeaba, como si conservara un instinto que muchos hemos

perdido, como si ese instinto proviniera de nuestros ancestros más básicos por un lado y por otro de una sincera espiritualidad perdida por el hombre. Al ir creciendo, fue endureciéndose sin perder en realidad su inocente encanto, parecía no temerle a nada y se enfrentaba a todo con una valentía que al menos personalmente pocas veces he visto. Su valor no era agresividad contenida como les sucede a muchas personas, ni un intento por demostrar absolutamente nada, era una valentía calma y segura, era una profunda seguridad en si misma para enfrentarse a los más grandes desafíos.

Algunas imágenes nunca podrán borrarse de mi mente, como cuando comenzó a montar siendo pequeña, prácticamente sin la ayuda ni asistencia de nadie, ella simplemente subía a pelo y salía con su caballo hasta el río. Yo le acompañaba para asegurarme que todo estuviera bien y que no le sucediera nada malo, aunque ella consideraba que mi comportamiento era un exceso de celo y cuidado. Recuerdo que cuando llegábamos al río ella bajaba la cuesta al galope sin dudar y entraban ellos dos, niña y caballo, al agua que llegaba hasta las rodillas del animal para correr por dentro del río, salpicando, y ella reía, se la veía tan feliz, el dorado cabello al viento, su pequeño cuerpo perfectamente adaptado a la situación, ella sobre su caballo blanco de largas crines plateadas, desafiando los dos las leyes del estancamiento y el aburrimiento de los adultos y los humanos en general, disfrutaban de estar juntos, correr, salpicarse con el agua y refrescarse, subir y bajar cuestas, y ella sin trabajo ninguno, como si ambos se comprendieran a la perfección y no necesitara más que sentir lo que deseaba para que el animal la complaciera jugando con ella como una ninfa.

Me sentía pequeña en aquellas ocasiones, yo que apenas me atrevía a tantas cosas y ella tan frágil, de oro, perla y cielo estaba hecha, cuando daba rienda suelta a su propia naturaleza resplandecía como una estrella en medio de la oscura noche. Mi niña era candela para el alma, el ser más auténtico y valiente que he conocido y que conoceré jamás. Su corazón era una tea permanente, aunque en ocasiones podía volverse como el hielo, cuando las decisiones difíciles debían ser tomadas, sus ojos de cielo de congelaban aunque yo podía vislumbrar un brillo húmedo irrespetuoso asomando a ellos, y tomaba ella las decisiones que

hubiera que tomar y las llevaba a cabo sin que le temblara nada. Sin embargo, al abrazarla tenía la fragilidad de una flor luego de la lluvia, se combinaban en mí el deseo de protegerla con la seguridad de estar con ella, de tener a alguien totalmente incondicional para recorrer el camino, alguien que no dudaría en anteponer la vida del otro a la suya propia.

Y viajando así, junto a ella, me sentí banal y tonta, necesitaba sumergirme en un centro comercial donde me llenaran la cabeza, los ojos, los oídos y todos los sentidos con necesidades que jamás he tenido, creándome deseos absurdos, mientras ella con muchos menos años de vida tenía más acabado sentido de la vida.

Y sí, somos carroña, en definitiva, porque nuestro cuerpo no perdura como tampoco perdura nada de lo que podamos conseguir, sin embargo existe una sola cosa que nos diferencia del ganado muerto en la pradera cuyos restos son disputados por los carroñeros de turno, y eso es el fuego que llevemos dentro, lo auténticos que podamos ser y fieles a nosotros mismos, la valentía y la toma de decisiones aunque todo el mundo piense y diga que estamos locos. En definitiva, lo único que puede diferenciarnos es nuestro espíritu, pero muchas veces pareciera que nuestro espíritu nos abandona, dejándonos simplemente este inmundo pellejo para que nos arreglemos como podamos y sigamos adelante.

XXXVI

UNA CENA INFORMAL

Yo, la peor de todas, la más vieja, la más fea y la más tonta, una vez más en una situación que carecía de sentido en sí misma y para cualquier ser humano medianamente inteligente, salvo para mí, para aquella parte oscura que albergaba en mi interior y que lamentablemente no se hallaba tan oculta como hubiera deseado.

Aquella noche había recorrido todo el pueblo en busca de una marisquería determinada, un pueblo en el que no había estado en mi vida y de la clase en la que solía perderme fácilmente al estar lleno de calles estrechas en subidas y bajadas, casi sin aceras y con sentidos contrarios y dobles sentidos que desafiaban toda lógica conocida. No era, de hecho, el tipo de centro urbano al que estaba acostumbrada. Llovía, casualmente, aquella noche, y el frío típico de la época navideña azotaba mis piernas apenas protegidas por una corta falda. Así, en medio de la noche y la lluvia, preguntando a todo ser viviente por la bendita marisquería, pasé hora y media de mi vida recorriendo el pueblo y pasando un par de veces por la esquina misma del local sin darme cuenta. Tres veces llegué a los límites del pueblo y tuve que retomar el camino, como si fuera éste un laberinto ideado para que todos aquellos que no hubieran nacido allí se perdieran inevitablemente y pasaran el resto de sus días en sus calles o salieran sin haber encontrado aquello que buscaban.

A pesar de la pequeña odisea que afortunadamente fue matizada por la cordialidad de todos aquellos a quienes tuve que preguntar, llegué 45 minutos antes de lo previsto, como de costumbre, y esperé pacientemente en la puerta del restaurante que apenas abría sus

puertas. No tuve valor suficiente para entrar, ya que los camareros se encontraban en la ardua faena de prepararlo todo y sé lo molesto que es tener a alguien esperando dentro. Me sentía fatal con todo, con la situación para comenzar y conmigo misma para terminar. Me sentía terriblemente vestida para la ocasión, aún cuando era el tipo de ropa que utilizaba habitualmente. La falda corta apenas se cubría con el abrigo, que por suerte era bastante grueso, y por más que me esforzara en estirarlo no iba más allá y dejaba mis piernas al descubierto, lo cual me cohibía en aquel entorno y me preguntaba el por qué de aquel sentimiento si toda la vida había llevado faldas como esa. Durante toda la espera la transitada calle se llenaba y vaciaba de gente por tandas, gente que me miraba con curiosidad, por no ser de allí o por ser diferente o porque les daba la gana mirar.

No sé por qué motivo cuando esperamos solos en la calle nos parece que el resto del mundo está acompañado y sabe exactamente a dónde va. Me sentía sola y con destino incierto. Las personas a mi alrededor iban acompañadas, familias enteras pasaban frente a mí, parejas en animada conversación, todos iban acompañados y quienes no lo estaban iban hablando por el móvil. Curiosidades del destino, es como cuando una cree que se ha quedado preñada y de pronto en la calle y la televisión no hacen más que aparecer mujeres con barriga.

La llovizna se volvía cada vez más intensa y decidí refugiarme debajo del toldo de un videoclub, buscando con la mirada que pasara el coche de mi amigo, leyendo las matrículas, confundiendo los colores y subiéndome el cuello del abrigo sin gran resultado para evitar el frío. ¿Quién me obligaba a hacer esas cosas? Tal vez él no aparecería, si bien a mí nunca me había dejado abandonada en una cita lo había hecho con muchas otras personas, y como yo no era nadie especial, no tenía por qué no hacérmelo a mí. Mi costumbre de no llevar reloj me obligaba a mirar el móvil todo el tiempo para ver la hora y descubrir que tan sólo habían pasado dos minutos desde la última vez que lo consultara, aunque a mí me hubieran parecido diez horas interminables.

¿Cómo había llegado allí, a aquella situación extremadamente incómoda? Le había llamado yo misma, ya que siempre me reclamaba que no lo hacía, pero tenía planes diferentes para aquella

noche, no una cena en un pueblo que no conocía y en el cual jugaba completamente como visitante. No sabía cómo llegar ni cómo salir de allí. Ni siquiera tenía apetito y me había vestido como para otro tipo de lugar. Nadie me había obligado, sin embargo era como que aquella oscura parte mía me había llevado hasta allí buscando quién sabe qué cosa, algo diferente, morbo, no lo sé, pero seguramente buscaba algo ya que de otra manera hubiera sido una masoquista a ultranza.

Un coche rojo y desconocido se detuvo en la calle frente a mí y de él descendió Manuel. Aparenté no verle hasta que el coche se marchara ya que no sabía quién le había traído y si podría comprometerle mi presencia, pero él me vio de inmediato y se apresuró para llegar hasta mí, me cogió entre sus brazos y me besó intensamente haciendo que trastabilláramos hasta apoyar mi espalda en uno de los árboles de la calle. Parecía un chiquillo a pesar de sus años, sus ojos tenían un brillo especial y entusiasta, mostraban una alegría que me resultó hasta extraña pero que parecía realmente auténtica. Venía con el cabello revuelto y la ropa de trabajo como a mí me gustaba.

– Cariño,—me dijo – te he echado tanto de menos...

Respondí a su efusividad, el coche rojo se alejó y los transeúntes nos miraron con más curiosidad aún que cuando me encontraba sola esperando.

– Cariño – continuó diciendo él – No vuelvas a dejarme solo tanto tiempo. Te quiero.

Sonreí y respondí a sus besos. Un “también te quiero” o un “te quiero” se hubiera impuesto allí en aquel momento, pero no pude decirlo, como casi nunca podía. No sé si lo sentía o no, una parte de mí sí lo sentía pero la otra se encontraba ausente, de vacaciones, observándolo todo desde arriba y fastidiando a más no poder.

– Estoy así – dijo Manuel e hizo un gesto para mostrarme su indumentaria – Pero a ti no te importa ¿verdad?

Y no, realmente no me importaba, es más, en realidad me gustaba verle con ropa de trabajo. Lo que sí me molestaba era que ya estuviera borracho, aunque no lo estaba tanto, pero se notaba que lo estaba y que por eso había planeado aquella salida, porque bajo los efectos del alcohol se sentía capaz de desafiarlo todo. Manuel me cogió del brazo y entramos al local, el camarero detrás

de la barra le saludó como si le conociera de toda la vida y los dos que atendían en el salón de igual manera y llamándole por su nombre. Al menos podía andar sin tambalearse demasiado, cosa que resultaría extraña de ver a la salida, pero al menos al principio podía sostenerse por sí mismo.

Como si realmente deseara agasajarme me ofreció lo mejor de la carta y pidió a los camareros que se esmeraran en la atención. Los camareros suelen tener un grado de discreción y tolerancia que siempre he admirando en esos casos. Cosas extrañas suceden frente a sus narices y ellos tienen la capacidad de seguir actuando con increíble profesionalidad como si no sucediera nada. No obstante, no pude evitar descubrir la mirada de uno de ellos mientras esperaba que ordenáramos. Le sonreía a él y a mí me miraba como si me dijera "¿Qué haces con él?", en realidad su mirada dejaba translucir que tanto él como yo debíamos tolerarle a Manuel ciertas excentricidades, él por su trabajo y yo vaya a saber por qué misterioso motivo.

Manuel, tan poco predispuesto siempre a manifestaciones de afecto en público y sabiendo yo que aquel sitio lo frecuentaba él aún con su familia, no dejaba de coger mi mano y besarme en los labios constantemente.

¿Qué me haces? – preguntó luego que ordenáramos el vino y la comida – No puedo dejar de pensar en ti. Por las noches no duermo y por la mañana me levanto pensando en ti. ¿Puedes creer que alguien pase todo el día y la noche pensando en otra persona? Me levanto que no veas, y no puedo ni trabajar.

No exageres – respondí – No será para tanto. ¿Qué no? – preguntó y cogiendo mi mano la llevó a su entrepierna – Dí que no.

Sonreí nuevamente como aturdida a la vez que miraba a mi alrededor por si alguien nos veía. Afortunadamente la mesa se encontraba lo suficientemente apartada y los camareros hacían digno alarde de su discreción.

Eso no significa nada. – dije – Eso no tiene por qué ser por mí.

¿A no? ¿Quieres ver cómo es por ti?

Luego – respondí apartando mi mano e intentando coger un cigarro, pero él se adelantó, encendió uno y me lo puso en la boca, para luego coger mi cabello por la nuca y acercarme hacia él para besarme con voracidad.

Me sentí incómoda, ya veía como iba a ser la noche y sobre lo que estaríamos conversando hasta el final. Decidí ir al servicio y tomarme un respiro. Cuando me puse de pié me observó golosamente y sonrió, atravesé el salón bajo la mirada de todos y apenas terminaba de cerrar la puerta cuando el móvil sonó.

Te quiero – dijo Manuel al otro lado de la línea – Te quiero, cariño.

Y yo – respondí, tal vez porque no lo miraba a los ojos y podía decirlo.

Cuando regresé a la mesa, él me recibió con más besos y miradas, su mirada siempre me hacía perder el sentido de las cosas y hasta de la realidad misma, y su voz susurrándome al oído completaba el corolario para la locura. Su profunda intensidad, con o sin alcohol, era algo a lo cual no estaba acostumbrada, me perforaba el alma y me encendía el cuerpo de una manera diferente a todas aquellas otras que podría haber sentido en toda mi vida. No sé si era algo propio de él, o de él y de su tierra, o quién sabe por qué, pero me sentía víctima de un encantamiento especial cuando él comenzaba a endulzar mi oído y regalarme su mirada llena de deseo y palabras que muchos hombres se avergüenzan de pronunciar. Él no se avergonzaba al mostrarme lo que sentía, aunque sus sentimientos fueran básicos, o simplemente yo creyera que lo eran, ya que tal vez mis prejuicios hacían que me volviera ciega a sus verdaderos sentimientos y no comprendiera su alcance. Para mí, él era como un animal en celo, sólo eso, pero tal vez no fuera así, y si tan sólo el cincuenta por ciento de lo que me decía hubiera sido cierto, entonces ambos teníamos un problema. Teníamos el problema de desear estar juntos pero el deber de estar separados.

Manuel me dio de comer gambas de sus manos y me dio a beber el vino de su boca y me fui entregando plácidamente a él, como siempre, aunque horas o minutos antes me hubiera propuesto mantener la cordura.

Sin embargo, antes de terminar la cena, los estragos comenzaron a aparecer con sus cambios de humor, con sus arrebatos de celos y violencia contenida. ¿Sería eso lo que también me gustaba? ¿Había vivido siempre en un mundo tan emocionalmente cuadriculado que el encontrarme con alguien que podía navegar locamente en sus

emociones de aquella manera me desestabilizaba?

Manuel discutió con los camareros por motivos que no llegué a comprender, aunque ellos simplemente le decían a todo que sí, y cuando nos marchamos del local se fue gritándole a los demás comensales ya que según él me miraban.

– Es que nunca habéis visto a una mujer auténtica ¿verdad? – decía costándole trabajo ya mantener la estabilidad en el recorrido hasta la puerta – No, si ya ves como estás acompañado … – le decía a alguno y se reía, porque aquellos hombres iban acompañados de sus esposas y muchas de ellas no eran agraciadas.

Le esperé en la puerta y lo cogí del brazo para salir, a él no le molestaba que le ayudara en aquellos momentos y hasta le agradaba apoyarse en mí, como si en aquello encontrara más un sostén emocional que físico. No quería mostrarme avergonzada por él, sentía que no debía y es que en el fondo me daba igual el estado en que estuviera.

Terminamos la cita en mi coche, me hizo conducir hasta encontrar un sitio en una barriada, como un aparcamiento precario al cual nadie acudía a esa hora de la madrugada. En el asiento de atrás del coche nos quitamos la ropa y pronto el calor de adentro empañó los cristales de manera que nos protegía del exterior. Como ya me tenía acostumbrada, su pasión lo consumía todo y yo tan sólo podía pensar en estar con él y no sé por qué extrañamente también me sentía segura a pesar de no estar él totalmente, o prácticamente nada, en sus cabales. Me habré vuelto loca yo también supongo en aquellos momentos, pero es que las cosas que hice con él no las hubiera hecho con nadie más. Nos amamos interminablemente, él siempre regalándome con sus palabras, sus descripciones, sus pedidos. Hasta que nos quedamos fumando apoyados cada uno en una de las puertas del coche. Su mirada cambió entonces, como si nuevamente el demonio le hubiera entrado en el cuerpo, como si aquella agresividad contenida luchara por salir.

No me engañes – dijo tocando mi nariz con su dedo. No te engaño – respondí.

Me cuentan cosas – continuó mirando hacia otro lado. ¿Qué cosas? – pregunté.

Tú sabes, cosas de ti. – respondió mirándome duramente. ¿Crees todo lo que te dicen?

Pfff – dijo – tu sabrás—¿Debo creerlas?

Tú sabrás, no yo.

No me engañes – repitió cogiéndome del cabello y

acercando su cara a la mía, quise besarle pero él se apartó, volví a intentarlo pero se apartó con más violencia, entonces le cogí yo a él del cabello y lo besé intensamente mientras me colocaba sobre él.

Nos besamos con rencor, con temor, con ansiedad, con desesperación, me penetró con rabia y con celos.

No me engañes, porque te mato, te lo juro. – repetía mientras me poseía.

No te engaño – respondía yo.

Te mato – repetía él.

Me da igual. – decía yo y él se volvía más violento y más intenso, como si en cada uno de sus movimientos me hiciera víctima de una profunda puñalada. Me besaba y mordía la boca, el cuello, los hombros, los pechos y el vientre. La marca de sus dientes perduró en mi cuerpo más de una semana.

Finalmente se puso sobre mí como intentando dominarme, o al menos eso fue lo que sentí, como si intentara tomar el control de lo incontrolable, como si deseara dejar su marca, hasta que cayó rendido y exhausto.

Luego de aquella extraña conversación, se alejó de mí y encendió otro cigarro.

Tengo una pistola – dijo mirándome fijamente, con ojos enloquecidos y cargados de rencor.

Que bien – respondí restándole importancia.

La tengo escondida – continuó acercándose un poco más. Es lo mejor. – dije.

Me la regaló un amigo, un buen amigo. Ya la he usado antes.

– siguió y no respondí, él me cogió la cara con su mano – No quiero volver a usarla ¿sabes?

No la uses.

No, no quiero usarla. No quiero usarla con nadie más que conmigo.

¿Por qué contigo? – pregunté sorprendida, ya que hubiera esperado que deseara utilizarla con media humanidad debido a su increíble agresividad, pero no consigo mismo.

Cuando ya no quede nada, cuando ya no pueda más, voy a

usarla.

No comprendo.

Cuando se fastidie todo – explicó sin dejar de coger mi rostro y con los ojos fuera de sí. – Haré lo que debo hacer y luego cogeré un caballo y me iré al monte. Me iré donde no haya nadie, solo, el caballo y yo.

¿Y qué es lo que debes hacer? – pregunté intrigada pero imaginándomelo.

Si me engañan, la usaré una vez y luego me iré.

Te encontrarán – respondí sin saber exactamente a dónde se dirigían sus ideas.

Da igual – dijo acercándose aún más y mordiendo mi labio inferior – Da igual. Cuando vengan a buscarme la cogeré otra vez y me la pondré en la cabeza – explicó haciendo el ademán con su mano libre – Pero primero me cargo a los cabrones que me encuentren – dijo poniendo entonces su dedo en forma de pistola sobre mi sien – y luego con dos cojones me la pongo yo en la cabeza y se acabó todo – concluyó llevando la mano a su propia cabeza. – ¡Ole! ¡Con dos cojones! En la cabeza, no en la boca como esos cagaos, en la sien, un solo disparo, sólo uno. ¿Te enteras?

Me entero – respondí con una frialdad que me dejó pasmada a mi misma.

¿Y sabes por qué?

Si no me lo dices...

Porque soy malo – respondió acercándome a él y mirándome intensamente. Soy malo y los tíos como yo no merecen vivir, no deben vivir.

La luz de la única farola se filtraba por la luneta trasera y reflejaba en su cara, tal vez fue aquel efecto de luz y su mirada que me hicieron pensar que algo de lo que acababa de decir era cierto. Dicen que los locos, los niños y los borrachos dicen la verdad, y en aquel caso él cumplía al menos dos de las condiciones. Siguió haciendo el ademán de dispararse, “así” decía y cerraba los ojos como si escuchara el estruendo del disparo. Por un momento pensé que Manuel deseaba interiormente encontrarse en esa situación, en el momento de terminar su vida de aquella manera, porque lo repetía como si esperara que en algún momento se convirtiera en realidad y sus dedos fueran la pistola. Luego se alejó de mí y se

quedó en silencio, con la mirada perdida.

No sé por qué te cuento esto. – dijo al rato.

Tal vez porque lo necesitas.

Ya, no me vengas con esas. Si yo nunca hablo de estas cosas

con mujeres, ni con nadie, pero menos con mujeres. – no respondí – No sé qué me has hecho tú que te digo estas cosas, que te digo lo que no le diría a nadie.

Será que confías en mí. – dije.

No confío en ti—respondió mirándome seriamente.—¿Tú confías en mí?

Sí – respondí.

Ya, y yo en ti. Tú no confías en mí y yo no confío en ti.

Tú no confías en mí pero yo sí confío en ti – confirmé aunque yo misma dudaba sobre aquella afirmación.

Ya.

El silencio se hizo más profundo y decidí que era buen momento para marcharnos. Debía regresar y él seguramente también aunque no lo dijera.

Vamos – propuse.

Ya quieres dejarme – dijo él decepcionado, como si hubiese

estado aguardando con tristeza aquella frase mía. Debo regresar, lo sabes y tú también.

Se fastidió con la idea de separarnos e intentó besarme, pero yo no estaba en aquel momento para juegos, la conversación que habíamos tenido me había enfriado bastante y me había dejado pensando sobre un par de cosas que aún no podía ver con claridad. Busqué mi ropa por todas partes como pude y comencé a vestirme. Él, ciego en su borrachera, apenas encontró su camisa.

Anda, vísteme. – ordenó.

¿Qué? – pregunté pensando que era broma.

Que me vistas. – insistió.

¿Acaso eres un niño? ¿No sabes vestirte solo? – dije

divertida.

Así no es una mujer, una mujer viste a su hombre. Mira – respondí bastante agobiada ya con todo lo sucedido

durante nuestra velada – Yo no soy la que te guisa, yo soy la que te folla, así que lo de vestirte se lo pides a la que te guisa y te hace la colada.

¿Así que no soy tu hombre?

Te vestiría si tú también me vistieras a mí, o si te faltara un brazo, pero no es así.

Yo puedo vestirte si quieres.

No, gracias, no quiero. – respondí y me limité a pasarme al asiento del conductor y darle la ropa suya que encontraba.

Manuel demoró más de la cuenta, ya que se ve que no estaba muy acostumbrado a vestirse solo y la borrachera le impedía coordinar adecuadamente. Cuando logró ponerse toda la ropa y se pasó al asiento delantero salimos con el coche supuestamente rumbo a casa.

Él parecía no recordar cuál era el camino de regreso, o pretender no recordarlo para ganar tiempo, y yo desconocía la zona, por lo que cogí la primera carretera que me pareció medianamente importante. Manuel se pasó el viaje pidiendo disculpas por su comportamiento e intentando besarme mientras yo conducía. Ya eran las cuatro de la mañana y afortunadamente no encontramos demasiado tráfico ya que me resultaba difícil mantenerme alerta al volante. Miles de veces me pidió que nos detuviéramos pero yo no quise, aunque le prometí que lo haríamos más cerca de casa.

Cuando llegamos al sitio prometido, cerca del río y en medio del monte, ya había comenzado a quitarme la ropa. Me costaba comprender de dónde sacaba él tanta energía si hasta era mayor que yo.

Nuevamente, regresamos al asiento trasero. Nuevamente nos amamos con desesperación.

Quiero pasar toda la noche contigo – decía él.

No puedo – repetía yo.

No quieres – decía él.

No puedo. – insistía yo.

Dejemos todo y terminemos de una vez, marchémonos los dos juntos – proponía.

Mira,—dijo finalmente – tal vez lo mejor sería jugarse a todo o nada. Vámonos de aquí, dejemos todo, es que no soporto más. Mátame si quieres pero no me hagas vivir un día más sin ti.

Me costó casi dos horas llevarlo a su casa. Manuel no dejaba de aprovechar cualquier oportunidad para seguir conmigo.

Quiero verte dormir y encontrarme con tus ojos cuando despiertes – me decía – Quiero estar despierto toda la noche sólo para mirarte y encontrarme con tus ojos por la mañana...

Lo dejé cerca de su casa y me marché a la mía. Durante mucho tiempo no dejé de cuestionarme si aquellas palabras podrían haber sido ciertas o no, porque de haber sido ciertas me parecían las palabras más bellas que jamás me hubieran dicho. Y si aquellos sentimientos eran ciertos, también eran los sentimientos más bellos que jamás nadie había tenido hacia mi.

El temor al ridículo, tal vez, o el temor al cambio desconocido. Regresé aquella noche a casa con el cuerpo repleto de placer y la cabeza estallando en pensamientos y confusión. Tal vez deseaba que no fuera cierto y por lo tanto me convencí de ello. Será la fama del mentiroso, será el temor a la fama del mentiroso. Será el temor a ser tan auténtica como lo era él, será mi vocación de racional a ultranza a pesar de dejarme caer en las charcas del deseo de vez en cuando. Tantos años de universidad y civilización malgastados, hubiera sabido resolver mucho mejor aquella situación aún siendo una total ignorante de las ciencias menos de las cosas del corazón.

Con el tiempo, comprendí que seguramente él se había sentido decepcionado de mí o traicionado, porque no hice más que comportarme como una pieza de mármol con punto g. Machismo o no, violencia o no, él era capaz de sentir y transmitir algo que yo desconocía, pero que sin embargo había creído conocer una vez. Visto estaba que no lo había conocido totalmente o correctamente, que solamente había pasado por las pasiones a vuelo de pájaro y que lo que había creído sentir como pasión seguramente era otra cosa, con un nombre similar o ni siquiera eso, pero que de ninguna manera tenía la intensidad que él me mostraba.

Regresé a casa con un sabor agridulce en el alma. Al cerrar la puerta encendí un cigarro y me senté a oscuras en el sofá unos instantes para regresar a mi equilibrio. ¿Quién dijo que la felicidad estaba en el equilibrio?

XXXVII

PROVOCACION DEL ENCUENTRO

Hacía ya demasiado tiempo que Manuel intentaba que nuestra piel se reencontrara mientras yo apenas le hacía caso. Cabizbajo y meditabundo pasaba los días entre el trabajo y los conocidos que habitualmente le visitaban para conseguir algún provecho, escuchando sin oir lo que le decían, viendo sin mirar lo que le mostraban y pensando sin aclararse en absoluto las ideas.

La noche anterior la había pasado discurriendo entre bares y retomando la costumbre del alcohol que era, a su entender, lo único claro en su vida que le quedaba. Como siempre, eran las copas las que le daban el valor de hacer lo que estando sobrio le resultaba totalmente impensado. Eso era algo que me fastidiaba sumamente de él, que no tuviera el valor suficiente de llevar su vida adelante como le daba la gana sin necesidad de buscarlo en una borrachera. Había estado en las barras y había sostenido el teléfono en su mano, y buscado mi nombre en el índice una docena de veces sabiendo que le rechazaría y sin fuerzas suficientes como para enfrentarse nuevamente a una negativa. Pensó, que si me llamaba por la mañana entonces no podría negarme, no podría una vez más repetirle que el horario era inconveniente, que no podía dejarlo todo para acudir a su encuentro o cualquier otra de las tantas excusas que siempre me escuchaba decir. Pasó la noche así, de bar en bar, pasando el tiempo y ahogándose en whisky.

Por la mañana regresó a su casa y se encontró con la imponente figura de Amelia recriminándole una vez más su ausencia, su esposa debía estar ya acostumbrada a aquellas cosas, sin embargo no

dejaba de recriminárselo una y otra vez aún sabiendo que jamás podría cambiarlo y que la vida en común había llegado a aquel punto en que cada uno sigue su camino aunque cubriendo las apariencias. Manuel se escabulló entre las cuadras y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban me llamó. Su corazón latía vertiginosamente como si se jugara la vida en aquella llamada, no podía decirle que no, no debía decirle que no esta vez, necesitaba tanto aquel encuentro como podría haber necesitado un pez el agua, necesitaba el encuentro de nuestra piel y nuestra voz, la paz y la locura que conseguíamos juntos, necesitaba que nos fundiéramos y descansáramos uno al lado del otro soñando por un breve instante que la vida era diferente y que la felicidad era posible.

Al escuchar mi voz al otro lado parecía no saber qué decir, intentó esta vez ser como a mi me gustaba, intentó echar mano a todo lo que conocía de mi para que el éxito le sonriera, me habló tan dulcemente como sabía y respiró profundamente para mantener la calma y no parecer demasiado ansioso. Manuel era tan cristalino como el agua en aquellos casos y a mí me producía un sentimiento encontrado que no podía resolver, pero que no dejaba de calarme muy hondo.

Buen día – dijo él exhalando el humo de la calada que acababa de echarle a su cigarro.

Hola – respondí cordial, pero a él le pareció que me encontraba poco entusiasmada de escucharle.

¿Cómo estás?—preguntó él simulando la calma, y se le notaba.

Muy bien, ¿y tú? – pregunté.

Pues aquí, echándote de menos como siempre – respondió él cada vez más ansioso.

Ya – dije reconociendo los efectos del alcohol en él y pensando en las diferentes maneras de decirle que no al encuentro que sabía me propondría.

La estoy pasando muy mal sin ti – continuó él – Necesito verte.

¿Cuándo? – pregunté buscando en mi mente las mejores excusas.

Ahora, en un rato.

Ya, pero sabes que no puedes llamarme así para vernos de un momento a otro. ¿No sabes lo que es programar?

Estoy muy mal sin ti, te espero en un rato en el río. – pidió él olvidándose de las formas que tanto trabajo le habían costado

buscar.

No puedo ahora – dije – Si quieres más tarde, o por la tarde, pero ahora no, estoy currando.

Tengo que hablar contigo, es importante, no voy a quitarte mucho tiempo.

Me detuve a pensar por un instante, por un lado me fastidiaba que él siempre pretendiera encontrarse conmigo de un momento a otro, compulsivamente, como si yo no tuviera otra cosa que hacer en la vida más que encontrarme con él, pero por otro, en el fondo, también me apetecía verlo aunque me había prometido a mi misma mil veces no volver a hacerlo, sobre todo a partir del último encuentro del restaurante en que las cosas parecieron ponerse difíciles. Demasiado frecuentemente me convencía de hacer cosas que no podía, o que por lo menos no resultaban convenientes para cualquier persona inteligente. Obviamente en aquellos momentos yo no era una persona inteligente...

No sé, no puedo, hablamos luego – respondí intentando evadirlo.

Es importante, necesito hablar contigo de algo, no me digas que no.

... vale – respondí finalmente—¿cuándo y dónde?

En una hora, en el río.

Colgué el teléfono y sentí que había traicionado mis principios pero también pensé que aquella sería una buena oportunidad para asegurarme de mis sentimientos.

Manuel, colgó el teléfono y se dirigió a buscar las llaves del coche pero no las encontró en el sitio de costumbre sobre el mueble.

¿Dónde están las llaves del coche? – preguntó a su mujer. ¿Para qué las quieres? – preguntó ella sin dejar de hacer lo que estaba haciendo, desayunar mientras miraba la televisión.

Tengo que salir – respondió él.

Pues aquí te quedas – respondió ella sin mirarlo.

Manuel no insistió siquiera, le enfermaba discutir con ella y no tenía tiempo de embarcarse en reproches y contrareproches durante horas. Así que salió de la casa, se colocó las polainas y las espuelas y ensilló la jaca blanca que venía utilizando últimamente. Con el sombrero puesto ya y a punto de montar Amelia salió a su encuentro.

¿Adónde vas? – preguntó ella disgustada y amenazante. Al

mundo. – respondió él acomodándose sobre su caballo y saliendo sin decir más nada, acelerando el paso para no escuchar lo que su esposa le gritaba.

Podría haberme sentido culpable sobre estas cosas que él me contaba, sobre lo mala que era su relación con su esposa, pero realmente aquello no hubiera sido mejor aunque yo no existiera. Más bien me apenaba pensar que debían convivir en aquellas circunstancias y que básicamente son demasiadas las parejas que transcurren sus días de manera similar.

Por otra parte sabía que no estaba actuando bien, que debía terminar aquella relación de una vez por todas, pero de alguna manera él siempre lograba que se me diera vuelta el estómago y el corazón, que me costara respirar y pensar con claridad. Salí con el coche por el carril, aunque tuve que detenerme para salir a la carretera. Aproveché para encender un cigarrillo ya que el tráfico me impedía salir y entonces lo vi venir por el carril paralelo a la carretera, galopando, enloquecido, cuesta abajo y apresurándose para el encuentro. Se detuvo junto a mí con una enorme sonrisa y me saludó golpeando ligeramente el ala de su sombrero. Sonreí también ampliamente y recordé sin esfuerzo por qué me atraía tanto él. Nos miramos por un instante con complicidad y luego salí a la carretera viendo por el espejo retrovisor como él salía entusiasmado al galope para cruzarla e ir a nuestro deseado encuentro.

Llegué poco antes que él y bajé del coche ya que mi camino era más corto aunque él iba realmente enloquecido. A los pocos instantes lo vi acercarse con aquella mirada joven que tanto me gustaba, aquella mirada que borraba las arrugas de su frente y lo mostraban con el rostro que me gustaba ver. Se apeó del caballo y me atrajo hacia él con fuerzas estrechándome en sus brazos y besándome como si hicieran siglos que no estábamos juntos. “Te quiero” repetía él una y mil veces mientras yo me dejaba llevar por su pasión que de alguna manera encendía la mía. “Quiero comerte a bocados pequeños” “Voy a pegarte tantos bocados que no te van a caber en el cuerpo”, decía él mientras me desnudaba detrás de los juncos. Yo reía y le dejaba hacer, realmente le había echado de menos, había echado de menos su espontaneidad y su deseo, él le devolvía el calor a mi corazón y el fuego a mi rutinaria vida.

Manuel se tomaba todo el tiempo del mundo para amarme, aún en aquellas circunstancias, no existía situación incómoda para él cuando me deseaba, no había prisas ni nada más existía en el mundo más que nosotros dos juntos. No existían cálculos ni situaciones preestablecidas, él podía permanecer dentro de mi una eternidad hasta saciarme por completo, agotarse en mi y volver a saciarme tantas veces como fuera necesario, aunque las piedras y las ramas le cortaran la piel hasta sangrar, aunque el mundo fuera gritara que todo aquello estaba equivocado, que ambos estábamos equivocados.

Descansamos, fumamos y conversamos entre los eucaliptus, mientras conservaba volvió a aflorar esa sensación de que las cosas así no podrían funcionar durante demasiado tiempo más, aquella inconsciente actitud que ambos teníamos no nos favorecía en absoluto. Algún día nos descubrirían, aunque ya muchos lo supieran, algún día alguien nos vería y no tendría reparos en contar sobre nosotros.

La gente ya me trataba muy diferente desde que estaba con él, desde la apariencia me respetaban más, pero en el fondo sabía que me despreciaban. Él había sabido hacerse de varios enemigos durante su vida por lo que debía tener cuidado de no tropezar con uno de ellos. En aquel perdido lugar del mundo, las apariencias lo eran todo y muy difícilmente las personas dejaran traslucir libremente su enemistad. Muchos de aquellos que solían beber en los bares con él en realidad le detestaban.

Una de las cosas más difíciles en aquellos encuentros era la despedida, la despedida siempre solía ser traumática ya que debía comenzar a elaborarla al menos una hora antes. Pero en aquella ocasión, Manuel se había propuesto no fastidiar el encuentro y aunque parecía que no se daba cuenta de nada, él sabía cómo me ponía cuando él insistía hasta el hartazgo en que me quedara, así que aquella vez, para mi sorpresa no insistió y dejó que me marchara, pero como no podía con su genio siempre algo debía dejar traslucir así que me pidió que si iba a marcharme lo hiciera lo antes posible.

“Sólo quiero que me folles” le había dicho yo tantas otras veces al principio, por temor a sus sentimientos y a los míos propios, se lo había dicho y repetido cientos de veces cuando él intentaba ponerse

serio con nuestra relación. Aquella frase la llevaba él muy clara en su mente. Parecía sentirse solo y miserable y ni siquiera nos besamos en aquella despedida.

Cuidate – le dije acomodándole el sombrero mientras él arreglaba la cincha de su montura.

Y tú – respondió él sin levantar la cabeza siquiera – Vete – pidió en un tono de voz grave y ronco que perforó mi alma.

Y se quedó solo esperando a que me marchara.

Pude ver como Manuel me miraba cuando entraba al coche y arrancaba y pude sentir su vacío. Luego de tanto tiempo nos tuvimos tan sólo un momento para volver a perdernos nuevamente hasta quién sabía cuándo. Supe que regresó cabizbajo y pensativo a su casa, toda aquella energía y entusiasmo del viaje de ida, en que parecía un chaval enamorado, habían quedado perdidos en alguna parte, tal vez se fueron junto a mi propia energía cuando nos despedimos para recobrar la angustia de esperar vislumbrar un nuevo encuentro. Un encuentro breve aunque durara horas, un encuentro furtivo, un placer robado, como si fuéramos delincuentes perseguidos por la falsa moral y atormentados por nuestras emociones.

“Toda la vida” era demasiado tiempo, ambos estábamos de acuerdo en ello, pero aquello que teníamos era demasiado poco para hacer feliz a nadie.

XXXVIII

UNO MÁS

Algunas veces cometemos el error de considerar al otro uno más, alguien sin importancia, una persona que apenas conocemos y que aunque pueda llegar a fastidiarnos nosotros lo controlaremos todo simplemente con nuestra indiferencia.

Durante toda mi vida pensé que no puede afectarnos negativamente aquello que nosotros mismos no provocamos, al margen de las catástrofes naturales, la economía y pocas cosas más, en realidad siempre sentí y actué sintiendo que si no me meto con nadie ni busco problemas con nadie no tengo por qué tenerlos. Me encontraba equivocada, obviamente, ya que muchas de las situaciones difíciles por las que atravesamos no son provocadas por nosotros, ni por lo que hacemos ni por lo que dejamos de hacer. De alguna manera me resulta escalofriante pensar que los demás tienen una cuota de poder sobre nuestras vidas, más allá de que nosotros provoquemos esa situación o no.

Paco era a mis ojos como cualquier otra persona, uno más del pueblo, parroquiano del picadero de Manuel también y medio coleguilla suyo, un hombre de mediana edad con un trabajo como todos, una familia, una casa en el pueblo y una pequeña finca que en realidad pertenecía a su madre y que él cuidaba. Uno más, simplemente, no me llamaba la atención en absoluto para nada, ni tampoco parecía al principio mirarme de ninguna manera en particular diferente a los demás. Las veces que le descubrí observándome supuse que era curiosidad, o que simplemente tendría algún que otro prejuicio sobre mí, la extranjera, la guiri, la

rara, la que acaricia a los caballos, la tonta y descerebrada que todo el mundo se pregunta cómo puede conducir su coche sin estrellarlo en la primera curva..., porque esos y muchos más eran los prejuicios de algunos hombres del lugar, y el más importante que no he mencionado, extranjera para ellos era sinónimo de mujer fácil, con la cual no resultaba muy problemático tener algún rollo. Debí haber estado más atenta a aquel hombre, quien sin duda conocía al menos una parte de la relación que manteníamos con Manuel y supongo que por ello pensaba que su teoría era correcta, la extranjera lo haría con cualquiera, como viciosa que era, hoy podía estar con Manuel y mañana con Paco.

Me resultó mucho más clara aquella situación una tarde en que nos encontrábamos en el Pueblo con Ana haciendo recados y tropezamos con este hombre al cruzar la calle. Lo de tropezar es una forma de hablar, porque en realidad nos vio venir y apresuró el paso para encontrarse con nosotras. Paco era la clase de persona que parecía no tener nada que hacer, que pasaba largas horas en el pueblo dando vueltas o en el bar, como si no existiera para él compromiso o responsabilidad, la clase de persona que lo sabe todo de todos y siempre está dando información sobre una u otra cosa. Ana y yo no éramos muy dadas a detenernos a hablar con la gente, un poco porque siempre íbamos con prisa y otro poco porque vivíamos en nuestro pequeño mundo.

Aquella tarde Paco nos saludó con gran entusiasmo cortándonos el paso.

– ¡Buen día! – dijo alegremente y dándonos un beso en cada mejilla a cada una, lo cual nos dejó bastante desconcertadas ya que no teníamos tal grado de confianza.—¿Qué hacéis por aquí? – preguntó.

– Poca cosa,—respondí – un par de compras. – agregué intentando seguir nuestro camino, pero entonces él me cogió fuertemente del brazo para detenerme.

– A ver si un día de estos, tú y yo, nos tomamos una cervecita.

– dijo acercándose más de la cuenta.

– Cualquier día de estos. – respondí liberándome de su brazo.

– Con las familias.

Me abrí paso y seguimos nuestro camino. Ana no dejaba de preguntarme qué le pasaba a aquel tío, por qué me había cogido del

brazo, por qué dijo lo que dijo, quién creía él que era, cómo había actuado así ... y demás, llena de furia y deseando regresar para encararlo. Ana era así, yo intentaba no tener más problemas, pero ella no estaba dotada aún por el don de la diplomacia ...

Luego pensé que tal vez Ana tenía razón, por qué aquel hombre se sentía con derecho a cogerme del brazo y hacerme una invitación semejante cuando apenas habíamos cruzado en la vida dos palabras. Pero mi intención era no tener más problemas agregados en mi vida, no deseaba buscar situaciones más difíciles y supuse que a partir de mi negativa aquel hombre no volvería a acercarse a nosotras. Me encontraba muy equivocada. Paco no perdía oportunidad de acercase a mí y ofrecerme una cerveza a solas, de una manera tan particular que parecía sentir que tenía total derecho a aquello, y cuando me negaba a participar de sus intenciones se sentía ofendido, como si le arrebatara un derecho divino.

Algunas veces pensé que tal vez fuera Paco aquel que le contaba "cosas" a Manuel, no sé qué cosas ya que Manuel tampoco resultaba muy elocuente para contármelas, supuestamente yo debía saber de qué se trataba ... pero no lo sabía, no tenía idea. Al principio creía que Manuel se había vuelto loco, pero luego llegué a la conclusión de que tal vez llevaba razón en aquello: le contaban cosas. Por otra parte, Manuel mostraba una gran debilidad al creer aquello que le contaban, o simplemente al dudar de si lo que le contaban era verdad más allá de lo que él mismo podía ver con sus propios ojos.

Tal vez no existiera un solo Paco, tal vez existían muchos Pacos, ya que en más de una ocasión me encontré con hombres que parecían ostentar el derecho divino a enrollarse conmigo y mi negativa les resultaba cuanto menos ofensiva, aunque ellos tuvieran ya más de setenta años de edad. Así fui haciéndome de uno que otro enemigo, aún cuando no pretendiera que fuera de aquella manera. Me preguntaba entonces si sólo lo hacían conmigo, con cualquier extranjera, o si aquel derecho supremo lo sentían también sobre las mujeres de su propia tierra, tal vez con algunas sí, ya que mi conclusión fue que no se acercaban a mí solamente porque pensaran que una extranjera era una mujer fácil de conseguir, sino porque de alguna manera una extranjera se encuentra en inferioridad de condiciones, se supone que está empezando, que necesitaría toda la ayuda que pudiera brindarle el entorno, aunque más no fuera

cordialidad y apoyo emocional, en aquellas tierras la participación de los vecinos y el entorno eran muy importantes, las cosas se hacían y manejaban de manera totalmente diferente, y nosotras necesitábamos a veces al menos información sobre dónde y cómo conseguir una u otra cosa. No lo sé, no he querido caer en sitios comunes o prejuicios, pero a lo largo de los años nos hemos encontrado con más de un Paco, aunque éste ha sido el peor.

LLUVIA

Los torridos e infernales veranos de sequía contrastaban con las abundantes lluvias del otoño e invierno, las cuales parecían descargar toda su furia de golpe, como si ya no existiese otra oportunidad de brindarnos el agua que tanto necesitábamos y poniendo a prueba la capacidad de adaptación de todos los seres vivos que habitaban aquel lugar.

De la sequía más extrema a las inundaciones que formaban riadas que arrastraban personas, coches y todo lo que encontraban a su paso. Siempre he considerado que aquel medio no se encontraba adaptado ni para una ni para otra situación, pero aquella era la manera en que se vivía desde casi siempre y parecía casi imposible que se modificaran las infraestructuras necesarias para hacer de ambas cosas un ambiente más agradable y llevadero.

Particularmente, habíamos sido bendecidos con la posibilidad de endurecernos y embrutecernos más aún, ya que nuestra casa parecía haber sido construida por personas que no tenían ni idea de cómo poner un ladrillo sobre el otro. Las primeras lluvias del invierno del primer año que la habitamos nos regalaron toda el agua que pudieron en su interior, principalmente en el dormitorio de Ana, lloviendo a cántaros sobre su cama por un tejado mal construido que, en realidad, jamás logramos arreglar por completo. También caía agua en la cocina y en la sala y en nuestro cuarto, el agua se filtraba por debajo de todas y cada una de las puertas y las ventanas moviendo nuestro ingenio para evitarlo pero generalmente sin que pudiéramos lograr gran cosa. La lumbre de la chimenea no resultaba suficiente para hacer confortable aquel ambiente que se volvía hostil en si mismo y que no teníamos muchas formas de modificar más que realizando cambios estructurales que costaban

fortunas. Por lo tanto, el mal humor solía embargarnos en aquellas ocasiones, nos sentíamos defraudados y estafados una vez más, como tantas otras veces, a pesar de ser nosotros los sudamericanos, sobre todo los argentinos, quienes cargábamos con la fama de embusteros y mentirosos, habíamos sido víctimas de nuestra credulidad y buena fe tantas veces que resultaba ya una pesada carga de soportar.

Me deprimía pensar y sentir que había salido, prácticamente huido, de un sitio en el cual todo era mentira y corrupción, para encontrarme en otro en el cual prácticamente sucedía lo mismo. La diferencia estribaba en que las mentiras y los fraudes se realizaban a sonrisa plena, regados de vino y buena comida, mostrando un corazón abierto que sin embargo no mostraba lo que guardaba dentro: el propio interés. Habíamos invertido todo lo que teníamos en aquella parcela y aquella casa, la habíamos soñado con inmensa ilusión y teníamos grandes proyectos para ella y nuestras vidas, pero en el fondo todo se encontraba tan viciado que personalmente llegó a asquearme todo aquello y a mantenerme en un permanente estado de alerta e inseguridad que me hacía imposible disfrutar aún de las pequeñas cosas de la vida.

Dedicamos muchos esfuerzos, recursos y dinero para resolver el tema del agua que caía sobre la cama de Ana, sin embargo aún después de cinco años seguíamos colocando cubos para que su colchón no quedara totalmente empapado de agua. Me frustraba enormemente no poder brindarle a ella lo que merecía y sentirme estafada en casi todo. Una tierra que supuestamente era mía pero que no lo era, con tantos problemas legales que resultaba casi imposible explicar en forma lógica sin caer en la desesperación, una casa construida sin ninguna legalidad a pesar de la seguridad que nos dio el constructor en su momento, y adicionalmente en un estado que a primera vista ocultaba los vicios más profundos.

Una vez más me sentía como en Argentina, o yo era realmente tonta de nacimiento o simplemente me cruzaba con la gente que no debía cruzarme.

Para colmo el tema de la lluvia se volvía más y más problemático, ya que si bien causaba estragos cuando llegaba aquello no lograba menguar la sequía de los meses secos, la cual se incrementaba más y más llevando a todos al borde de la

desesperación. O sea, mucha agua que lo estropeaba todo y sequía al mismo tiempo que hacía temer por la supervivencia de nuestros animales y una forma de vida aceptable para nosotros.

Tantas veces la furia surgía en mi interior de manera callada, silenciosa, latente y a la vez palpitante. Aquella furia se convertía en tantas cosas, en tristeza disfrazada, en desgano, falta de voluntad para hacer cualquier cosa, desesperanza.

La desesperanza era lo peor, el sentir que no existía un solo sitio en el mundo en el cual realmente pudiéramos estar tranquilas, en el cual se pudiera trabajar y sobrevivir sin tener a nadie al acecho o esperando un descuido para aprovecharse. La civilización y la ley de la selva, tanta civilización tal vez había aturdido mis sentidos, ya que me encontraba totalmente acostumbrada a la idea de que en la ciudad, en cualquier momento podría aparecer algún inadaptado con un arma en la mano pidiéndome que le diera todo mi dinero y hasta mis zapatos, pero no había reparado demasiado en el atraco del día a día, en el casi imperceptible, en aquel que regala sonrisas esperando bajar las defensas del otro. La seducción de la víctima que desconoce los códigos.

Una vez más, los códigos estaban presentes en mi vida, aquellos malditos códigos que no comprendía y que me llevaría años descubrir. Pero no quería vivir así, no quería vivir pensando y sintiendo que cada vez que alguien me invitaba a una cerveza en realidad lo que deseaba era estafarme, que aquella supuesta e incipiente amistad era nada más que un bajar las defensas del otro como quien regala una golosina a un niño para luego secuestrarlo. Me parecía cruel y absurdo, aunque obviamente daba buenos resultados. No deseaba volverme así, ser así, ni tampoco estar con la guardia siempre alta esperando la estocada cuando diera la espalda. No podía vivir caminando y dando la espalda a la pared, no quería vivir intentando ver más allá de las intenciones, porque se suponía que aquel medio apartado del resto del mundo debía ser diferente, o por lo menos eso era lo que yo deseaba.

Tal vez de eso se trataba, de que yo deseaba que fuera diferente, lo deseaba tan profunda e intensamente que seguramente en mi infantil fantasía lo transformaba en una posible realidad. Pero aquella realidad no resultaba posible, al menos en la mayoría de los casos. Tan infantil y torpe como de costumbre, creyendo tan

profundamente a pesar de ser no creyente, confiando tanto a pesar de mi innato escepticismo. En ocasiones sentía que todo y todos estaban en mi contra, tanto que poco a poco dejé de hacer el esfuerzo de agradar a los demás, de ser al menos un poco como a los demás les gustaba y comencé a adquirir mis propios códigos, erróneos seguramente pero propios, que ya no susurraban sino que gritaban que me dejaran en paz, que no iba a seguir la tradición ni la costumbre, porque detrás de aquella tradición de sonrisas y el supuesto afecto tan sólo hallaba el engaño y la traición, y detrás del buen vestir y el arreglarse para la sociedad se escondía el verdadero rostro que no se deseaba mostrar, la verdadera intención malsana. Y aquello me distanciaba más y más del resto de la gente, y en un círculo vicioso me resultaba más y más difícil comprenderlos.

Los pares o los de abajo sólo intentaban seducirnos para sacarnos lo poco que teníamos, y los estratos superiores nos agobiaban con más y más reglamentaciones que no llegaba a comprender por completo.

La depresión se fue apoderando de mí poco a poco, como una araña que teje su tela con tenaz e incansable insistencia, una tela que me paralizaba por momentos y que no me dejaba ver la realidad circundante tal cual era, si es que aquello hubiera sido posible, una tela que me agobiaba de tal manera que intentaba destrozarla con mis dientes en la impotencia que me embargaba y transformaba mis sueños en agresividad.

De lo que me encontraba plenamente segura era de que no estaba consiguiendo aquello que perseguía, ni estaba viviendo como quería. No había tenido una vida convencional y no deseaba tenerla tampoco, simplemente deseaba llevar una vida tranquila y en armonía conmigo misma y con el entorno. Y parecía que no deseaban permitírmelo, pero tampoco estaba dispuesta a que me arrebataran mis deseos, por lo que mi mente y mi corazón luchaban incesantes por conseguir encontrar una salida válida a todo aquello. Era como el capitán de un barco y mis decisiones marcarían la vida de todos quienes me rodeaban por lo que debía ser sumamente cuidadosa, pero no podía ser cuidadosa por completo, una dosis de locura debía imperar en mis planes y en mis decisiones si deseaba salir adelante y romper una vez más con una forma de vida que no me completaba y que tampoco hacía felices a quienes me rodeaban.

Una vez más mi lobo interior me susurraba que debía marcharme, que debía buscar nuevos horizontes para procurar el sustento, a veces me gritaba que los cazadores estaban allí mismo, esperando agazapados un descuido mío para arrancarme la piel a jirones y mostrarla como trofeo. Y así, una vez más, como un lobo me alejé poco a poco de la hoguera en la cual hubiera podido calentarme y preferí la soledad del frío bosque, y fui rehuyendo más y más las manos que se tendían hacia mí para acariciarme aunque en la otra tuvieran un trozo de comida para darme a cambio. Y cambié mirar fija y profundamente los ojos del otro, por observar de lejos su actitud, y deseché sonrisas por gruñidos de advertencia, y resigné tener amigos que en cualquier momento podrían volverse en mi contra cuando el interés prevaleciera sobre el afecto. Así, más y más fui volviéndome un ser solitario, desconfiado, con la mente puesta en la partida casi como una obsesión, como si una gigantesca sombra cubriera mi vida hasta ocuparlo todo, la sombra de la incertidumbre, de caminar constantemente sobre la cuerda floja de un equilibrista, de no estar segura de lo que tenía y no tenía, del fruto de mi trabajo, de mi esfuerzo y de mi ilusión.

XL

COMPETENCIA DE LOCURA

Era una calurosa mañana de verano, la típica mañana en que el sol de las diez pareciera estar a la altura del mediodía y cualquier actividad que se lleve a cabo al aire libre produce más desgaste por el clima que por el trabajo en sí mismo. Había decidido hacía varios días ya que comenzaría a cavar las zanjas para comenzar a hacer las cuadras, y aunque no me entusiasmaba demasiado la idea me había puesto un plazo para hacerlas y debía cumplirlo, ya que de otra manera aquel proyecto quedaría estancado y a medio terminar como la mayoría de las cosas que emprendía.

Con el pico en la mano no dejaba de enjugarme el sudor que me corría por la frente penetrando en mis ojos, miré a mi alrededor y llegué nuevamente a la misma conclusión de hacía años, ésta era que alrededor de la parcela debía haber más árboles, árboles altos y frondosos que hicieran los largos meses del verano más soportables y hasta agradables llegado el caso. Claro que siempre estaba de por medio el mismo problema: el dinero.

Entre una gota de sudor y otra y en medio de mis dispersos pensamientos sonó el móvil. Era Manuel, excesivamente amable y gentil proponiéndome vernos, luego de tanto tiempo, como si aquel lapso tan extenso entre un encuentro y otro, sin mediar comunicación alguna de por medio, jamás hubiera existido. Aunque era exactamente lo que deseaba dudé por unos instantes, ya había comenzado a trabajar y además me encontraba muy poco presentable y así se lo hice saber. Claro que a él no le pareció importante nada de aquello y aseguró que verme, de cualquier

manera que yo estuviera, era mucho mejor que la ausencia. La zanja podía esperar, como había podido esperar durante semanas enteras sin que sucediera nada grave más que mi conciencia agobiándome, y a mí me apetecía verle así que no dudé más y acepté el encuentro.

Habíamos quedado en encontrarnos a la orilla del río como tantas otras veces. Me quedaba cerca pero no me daba tiempo para cambiarme y decidí salir así como estaba, así era yo y no tenía necesidad alguna de adornarme, él dejaba lo que estaba haciendo para encontrarse conmigo y yo también, no necesitábamos trajes de luces para ello. Sin embargo, cada encuentro con él me producía un nerviosismo especial en la boca del estómago, como si fuera la primera vez, como si aún no nos conociéramos ni existiera confianza ninguna entre nosotros. También solía sentirme bastante tonta y torpe, ya no por el aspecto que tenía sino por mi manera de actuar.

Manuel me había confesado varias veces que él también se sentía así, que a pesar de conocernos desde hacía bastante tiempo le temblaba la mano cada vez que me llamaba por teléfono y que debía vencer muchísimos obstáculos mentales para hacerlo, motivo por el cual en varias ocasiones lo hacía luego de cierta cantidad de alcohol que mitigaba sus miedos y le daba la supuesta libertad que necesitaba. Según Manuel, también le embargaba un terrible nerviosismo cada vez que nos veíamos y que por eso mismo algunas veces hasta parecía rudo o indiferente cuando estábamos en presencia de otras personas. A mí siempre me había parecido que por su manera de actuar se traslucía que sabía exactamente lo que hacía y que se encontraba totalmente seguro de si mismo. Sin embargo no era así.

Así, pues, me dirigí a su encuentro a toda prisa antes de arrepentirme. Se me hizo corto el camino y lo encontré ya esperándome como era su costumbre. Aún en su coche, me sonrió ampliamente desde el cristal abierto de su ventanilla cuando estacioné el mío a su lado. Sus ojos se iluminaron y le devolví la sonrisa.

Descendimos ambos de nuestros coches y por un instante sentí que había algo en su interior que escondía de mí, un pensamiento o un sentimiento que pretendía guardar de momento.

Buen día, cariño – dijo abrazándome y besándome – Te he

echado de menos. – siguió mientras me besaba y bajaba por el cuello.

También te he echado de menos – respondí acariciando su cabello con ansia – y mucho – y era cierto.

Embustera – musitó mientras me besaba.

Es cierto – insistí yo intentando hacer que me mirara pero él se rehusó.

Quise besarlo pero él me quitó la cara insistiendo con mi cuello y con mis hombros, como si no quisiera que yo le besara a él.

Embustera – insistió y mientras seguía besándome y abrazándome me llevó al suelo debajo de los eucaliptos.

No lo soy, Manuel. – me defendí, sin saber si hablaba en serio o no ya que con él nunca se sabía.

Sí, lo eres, no me contradigas, sabes bien que sí – respondió mirándome seriamente entonces y cogiendo mi rostro entre sus manos, el brillo de sus ojos había cambiado. – Tú no me quieres, pero yo te quiero a ti y me da igual …

No – respondí fastidiada y apartándolo – No comencemos con esto nuevamente.

No comiences tú – respondió él e intentó besarme.

Había soportado sus celos muchas veces sin decir casi nada, lo había dejado pasar como a las rabietas de un niño, algunas veces hasta me causaban gracia, pero en aquel momento me molestaron particularmente.

Venga, déjalo ya. – dije fastidiada, intentando levantarme y alejarme de él.

Ya …, has estado con el otro y no te apetece estar conmigo ... ¿Cuántas veces te he dicho que no me engañes?

– dijo él sujetándome por los brazos. – Que si me engañas te mato.

No te engaño.

No te creo nada.

Vale. Ya basta. – Insistí terminante e intenté nuevamente

alejarme de él.

Indudablemente había estado bebiendo y se encontraba nuevamente con el demonio en el cuerpo, con el demonio malo. Tal vez, si le hubiera seguido la corriente, como él esperaba, las cosas hubieran desencadenado de otra manera. El infatigable juego del

pobre hombre engañado por la mujer embustera, pero que a pesar de todo la quería con el alma y no soportaba estar sin ella .... Él comenzaría a divagar con todas las cosas que yo supuestamente había hecho, pero que no eran ciertas, y yo debía limitarme a sonreírle, jurarle mi amor y a saciarnos salvajemente. En aquella ocasión no pude soportarlo, me sentí enferma de tanta locura y reaccioné, como otras veces en mi vida, sin siquiera pensarlo.

Déjame. – le ordené empujándolo y llena de ira.

A mi no me empujas – dijo enfurecido, con los ojos totalmente enrojecidos.

¿Por qué? ¿Qué pasa? – pregunté ofuscada intentando ponerme de pié mientras él luchaba por dejarme en el suelo.

Que te mato.—dijo

Vaya, que valiente eres ... – respondí sonriendo. – Venga, aquí estoy, que no tienes cojones para hacerlo.

No me vaciles – me increpó cogiendo fuertemente mi rostro con una sola mano y colocándose a un par de centímetros de mí mientras su boca se torcía en una mueca que aseguraba y remarcaba lo que acaba de pronunciar.

Suelta – le dije mientras en mi interior estallaban las emociones y sin poder controlarlas.

Tú no me dices lo que debo hacer – dijo él gritando y sacudiéndome con su mano – Ni tú ni nadie. Tú me has fallado. – siguió bajando la voz y acercando su boca a la mía.

Yo no le he fallado a nadie. Estás mal de la cabeza, suéltame.

– insistí cogiendo su mano con fuerza e intentando liberarme.

Tú te lo has buscado – amenazó mientras sacudía la cabeza tristemente – Te lo he dicho miles de veces …

Suelta – pedí nuevamente, la voz se me había tornado ronca.

Manuel puso más fuerza en su mano y se acercó aún más para besarme, por un momento dudé realmente de si eso seguía siendo parte de su juego siniestro, un juego que tal vez se inventaba para darle emoción a nuestras vidas o realmente había terminado de volverse loco y pensaba cumplir con sus amenazas.

– Déjame – le pedí por última vez pero él se ofuscó más y utilizó más la fuerza.

Intenté poner mi mano en su pecho para alejarlo y apenas lo logré. Había salido de casa con la ropa de trabajo y llevaba en el

bolsillo una navaja que utilizaba todo el tiempo y con la cual practicaba una y mil veces en mis momentos de aburrimiento. No lo pensé, lo aparté empujándolo con la mano izquierda y con la derecha le hice un corte en el rostro. Nos quedamos ambos inmóviles por unos breves instantes hasta que se dio cuenta de lo que había sucedido, supongo que ni siquiera sintió realmente nada en el momento en que lo hice, pero cuando comprendió aflojó un poco su tensión y se tocó el rostro del cual manaba un hilo de sangre, se quedó mirando su mano incrédulo y sin dejar de cogerme totalmente se echó ligeramente hacia atrás sorprendido con los ojos cargados de tristeza y estupor.

¿Qué haces? – preguntó mirándome a los ojos, como si no existiera motivo para ello.

Aún me tenía cogida. Me incorporé un poco y me acerqué a él tranquilamente colocándole la navaja en el cuello, coloqué mi rostro frente al suyo sin que me temblara el pulso y él poco a poco fue relajando la mano con la que me sujetaba. Una parte de mí deseaba seguir adelante y terminar con todo aquello, terminar con aquella locura de pasión y odio constante que se había convertido en una malsana enfermedad entre los dos, mientras la otra tan sólo deseaba salir de allí y no volver a recordar que le conocía.

No tienes cojones – le dije mirándole a los ojos fijamente, aún con la navaja en su cuello. – No los tienes. No me amenaces. Me cansan y me aburren tus amenazas y tu locura...

Aquellos instantes me sirvieron para calmarme un poco, relajé la tensión de mi navaja y con la misma mano que la había abierto volví a cerrarla pero esta vez sin prisa, mientras él no dejaba de mirarme a los ojos, no con temor ni con desprecio, simplemente sorprendido y con tristeza. Nos miramos un instante eterno sin comprendernos el uno al otro en absoluto, un demonio insaciable gritaba en mi interior que aquel hombre era sincero y que yo no sabía comprenderlo. Creo que en aquel momento ambos nos cuestionábamos sin entender tampoco por qué motivo nos sentíamos tan unidos. Le acaricié el rostro con mi mano libre y me puse de pié, mientras él aún permanecía sentado en el suelo, la espalda apoyada en un árbol, como si le hubiera herido de muerte, parecía no poder moverse, supongo más por la sorpresa que por otra cosa. Antes de que lograra levantarme totalmente estiró la

mano y cogió la mía atrayéndome hacia él, quedé de rodillas y me relajé permitiendo que me acercara un poco.

– Te quiero – dijo – lo eres todo para mí ¿es que no lo entiendes? – continuó con voz quebrada mientras me atraía más hacia él y me abrazaba fuertemente.

Hubiera sentido más emoción abrazando a un témpano de hielo, ya que ni siquiera respondí a sus palabras, en aquel momento amordacé a mi demonio y lo puse a dormir, ya que de otra manera hubiera terminado de convencerme de que mi locura igualaba a la suya por completo. Me quedé como una muñeca de trapo, insensible y sin alma, vacía tal como me sentía, la furia ya me había abandonado y tan sólo me quedaba una espantosa sensación de caminar sobre fino papel de arroz. Me alejé ligeramente de él, besé delicadamente la herida que yo misma le había hecho y besé sus labios suavemente llenándolos de sangre. Entonces sentí a Manuel tan desvalido, no físicamente ya que no lo era, sino emocionalmente, sentí que tal vez decía la verdad, que me quería, que al menos él sentía que era importante para él, aunque no supiera cómo llevarlo a cabo buenamente. Había llegado hasta allí para verle, para amarle, para saciarme en él hasta lo último. Aquel beso tibio se volvió profundo y cruel, había tantas cosas en mi interior que no sabía cómo expresar, tanto dolor y tanta furia, cogí sus cabellos fuertemente con mis dedos intentando devorar cada instante con él, hubiera deseado beber toda su sangre y ofrecerle la mía a cambio, él nunca sabría lo que yo sentía, lo que guardaba, cuanto lo amaba y lo detestaba a la vez. Atraje a Manuel sobre mí tumbándonos en la hierba y nos amamos con furia, con resentimiento, con pena, con dolor, hasta que volví a quedar vacía, hasta que sentí que aquello no conducía a nada, que ambos estábamos mal de la cabeza. Lo aparté de mí delicadamente, él se sentó a mi lado acariciando mi rostro que habíamos manchado con su sangre, me puse de pié, acomodé mi ropa, caminé hacia mi coche, subí, y me marché sin siquiera mirar atrás.

XLI

AUSENCIA

Días después de aquel encuentro con Manuel, aún llevaba en mi piel las sensaciones que me dejara, no solamente en lo físico sino en mi interior. Aquello había sonado a algo así como despedida. En los últimos tiempos lo había sentido cada vez más atormentado por nuestra relación, por sufrir cuando no nos veíamos y por sufrir también cuando estábamos juntos. Me había marchado de su lado aquel día casi huyendo de él y de mí misma y él se había quedado como quien ve un barco zarpar y sabe que no regresará jamás.

Tal vez por eso a las pocas noches tuve un sueño que me trastornó por completo y que al principio no supe cómo interpretar. Soñé que caminaba junto a Ana por los pasillos de un hospital, las paredes estaban revestidas de azulejos blancos y brillantes y cada pocos metros y de ambos lados había habitaciones. De pronto, al pasar por una de las puertas que se encontraba entreabierta escuchamos gritos de desesperación y llantos. Nos asomamos las dos y vimos que dentro de la habitación estaba Amelia junto con varios familiares y amigos. Lloraban y gritaban que Manuel había muerto, tal parecía hacía apenas unos instantes.

– ¡Está muerto! Está muerto!. – gritaban las mujeres y los hombres acongojados a su vez las consolaban.

En mi sueño entré a la habitación y pude ver una típica cama de hospital al fondo y a la izquierda cerca de la pared con una inmensa ventada. En la cama estaba Manuel con una vía de suero y un respirador que parecía le habían quitado hacía unos momentos. Me introduje en la habitación, abriéndome paso lentamente entre los

familiares mientras ninguno de ellos parecía notar mi presencia, como si de un fantasma se tratara, pasaba a su lado sin que siquiera se dieran cuenta. Llegué finalmente a la cama y me coloqué a su lado, allí estaba él, el rostro desencajado y los ojos abiertos, muy abiertos, con un brillo de locura y desesperación instalado en ellos, mirando hacia todas partes sin moverse, mirándome pero sin verme. Ana se acercó por mi derecha y me cogió del brazo suavemente diciendo:

Déjalo. Vamos.

Pero yo me solté de su mano con tranquilidad y me senté al borde de la cama.

No estoy muerto, no estoy muerto, estoy vivo ... – repetía él una y otra vez, buscando con la mirada a alguien que le hiciera caso.

Sí, estás muerto – le dije en mi sueño – estás muerto, Manuel. Quédate tranquilo, relájate, no te resistas, tan sólo cierra los ojos y relájate ... – insistí.

Entonces Ana volvió a coger mi brazo y desperté.

Fue una sensación espantosa, desperté perturbada y agitada, no pude volver a conciliar el sueño ya que no podía olvidar aquella escena. No comprendía qué significaba aquel sueño. ¿Habría muerto de verdad? Se lo veía tan extraño y tan real al mismo tiempo.

Al día siguiente se lo conté a una conocida y ella me dio su opinión. "¿Será que tu inconsciente desea decirte algo sobre esa relación?" Me preguntó. "¿Será que una parte de ti desea que termine todo, que es una etapa que ya deberías superar? ". Tal vez tenía razón, pues pasó mucho tiempo antes de que volviera a verlo nuevamente y me resistí a llamarle aunque internamente deseaba mucho hacerlo. Durante varios meses su ausencia me sirvió para tomar distancia de la situación y darme cuenta de algunas cosas que me habían pasado desapercibidas con el ardor del momento. Extrañamente no fueron tantas las cosas negativas de las que me di cuenta sino por el contrario, comencé a extrañar tantas cosas de él que muchas veces cerraba los ojos deseando que en aquel mismo instante sonara el teléfono y fuera él.

La pasión había muerto para mí, durante todo el tiempo de su ausencia fui incapaz de sentir de la misma manera, envejecí mil años en mi interior y hasta fui perdiendo poco a poco el placer por

hacer algunas cosas que antes me hacían feliz. Perdí brillo y luz, perdí alegría e ilusión, perdí locura y gané una increíble cordura que me hizo transitar una vez más por las calles grises del tedio y la sin razón.

Pensé mil veces en llamarle, hasta planifiqué el momento adecuado para hacerlo, pero nunca llegó aquel momento y no fue entonces por orgullo o temor al rechazo, sino más bien por no causar dolor, por desconocer a ciencia cierta las consecuencias de mis actos. Sentía que él atravesaba por algo similar a lo que me sucedía a mí, aunque él pensara lo contrario y que si yo hacía cualquier movimiento iba a entonces.

Sabía perfectamente desatar algo desconocido hasta que a él le atormentaba constantemente el hecho de desear estar conmigo pero no poder romper con lo establecido. Le agobiaba sentir que hubiera tenido que elegir entre lo que sentíamos y sus hijos, él no deseaba alejarse de ellos ni yo deseaba que lo hiciera, jamás se lo sugerí siquiera sino más bien todo lo contrario, en lugar de animarlo siempre le había dejado en claro que lo nuestro era simplemente el momento. Como así tampoco jamás alimenté sus malos pensamientos y sentimientos hacia su esposa, sino más bien todo lo contrario muchas veces intenté justificar las actitudes de ella para no causar problemas ni tenerlos yo misma.

Lo había desanimado muchas veces cuando él lograba reunir el valor suficiente para proponerme alejarnos juntos de todo y de todos. Yo también tenía una vida más o menos organizada que no podía abandonar, ya que nunca había cruzado seriamente por mi mente el abandonar a Alfredo a pesar de nuestros problemas. Me encontraba bastante segura de que si cometíamos la imprudencia de dejarlo todo para estar juntos al poco tiempo nos sentiríamos agobiados el uno del otro y terminaríamos detestándonos. En el fondo sé que él también pensaba lo mismo. Sin embargo, aquella ausencia producía profundos surcos en mi alma, me faltaba la savia elemental para continuar, me entristecía cada vez más y me dejaba a mitad de camino con todas las cosas que hubieran podido alegrarme.

Nunca le había tomado demasiado en serio, inclusive me había sentido agobiada por su insistencia y su locura, le veía como un ignorante y arrogante, incapaz de pensar con claridad y de sopesar

las consecuencias. Claro está que siempre le subestimé y que en el fondo él siempre tuvo razón en muchas cosas. Manuel era un mal bicho, un personaje rebuscado y peligroso en sí mismo, sin embargo en él se conjugaba lo mejor de su tierra, como si se concentraran las mejores características de un grupo determinado, la pasión infinita, la intensidad fascinante en todo lo que hiciera y la ternura disfrazada de rudeza.

Al cabo de un par de meses, haciendo un par de compras por el pueblo el cual prácticamente no frecuentaba ya que mi contacto con el mundo exterior era exiguo y casi inexistente, me encontré con Amelia por la calle. La saludé al cruzarnos, sin saber si ella correspondería mi saludo o no, y ella se detuvo a saludarme y hablar durante un rato. Me sorprendió su cordialidad, de por sí ella era una persona bastante ciclotímica, del tipo de persona que nunca se sabe como estará un día u otro, o sea que un día podía mostrarse realmente agradable y complaciente y al día siguiente o más tarde el mismo día mostrar una indiferencia y una soberbia sorprendente. Pero aquel día parecía estar en su momento bueno, al menos en lo que toca a lo social. No me sentí capaz de darle dos besos como es la costumbre, ya que me encontraba segura de que ella sabía perfectamente lo que había entre su esposo y yo, no había manera de pensar lo contrario, ya que muchas veces los hechos habían sido más que evidentes. Sin embargo ella siempre había preferido mostrar total ignorancia sobre ellos, aún cuando alguno que otro entrometido hiciera comentarios maliciosos en su presencia. Supongo que ella prefería actuar así, ignorar en apariencia para no causar ningún tipo de revolución. Celosa por naturaleza, solía montar increíbles escenas por cualquier tontería que su marido hiciera, controlando sus llamadas y todo lo que hiciera. Pero no así conmigo, no sé si porque en el fondo creía que no suponía un verdadero peligro para su relación o por el contrario lo consideraba tan serio que sólo mencionando mi nombre podría desatar consecuencias desfavorables o darle a su esposo la excusa que estaba necesitando para alejarse de ella. La cuestión es que aquel día nos encontramos las dos, esposa y amante en una conversación amable. Se veía ella bastante desmejorada en su aspecto y con más sobrepeso. De alguna manera me dio pena, aún cuando alguna vez me había dado cierta envidia. En aquel momento me dio pena,

porque me encontraba completamente segura de que ella disfrutaba de él lo mismo que hubiera disfrutado yo al cabo de pasar algunos años juntos, la rutina, el tedio y las discusiones. Su tiempo de pasión había pasado y por mi mente pasaron imágenes imaginando que ellos seguramente también desesperación insoportable por estar juntos. Supuse que de alguna manera ella atravesaba por una situación similar a la mía, yo me sentía fatal porque ya no le tenía a él, y ella se sentía igual porque aquel a quien tenía no era exactamente aquel de quien se enamoró. Así, algunas veces las mujeres podemos tener cierta empatía, más allá de la moral y los condicionamientos sociales.

Me habló Amelia aquella tarde de invierno sobre su vida, sobre que se encontraba mala, sobre sus hijos, sobre sus penas. Me preguntó por mi vida y conté lo que me vino en gana en aquel momento sin profundizar en grandes detalles. Pude vislumbrar un brillo en sus opacos ojos cuando le hablé sobre algunas de mis actividades, como si se tratara de un mundo totalmente desconocido para ella, como si fuera un mundo que jamás había conocido ni tendría posibilidades de conocer. Si hubiera sabido ella lo harto tedioso que puede ser muchas veces la variedad en la vida, porque la variedad es interesante hasta que se vuelve rutina y hasta lo más dulce se puede volver insulso o amargo cuando se vive todos los días, cuando se hace rutina, cuando ya es costumbre y lo hemos visto y vivido mil y una vez. ¿Pero qué podía explicarle? Nada de nada. Ella se encontraba en un estado más favorable que el mío, ella pensaba que era posible volver a la etapa anterior y buscaba constantemente culpables en el exterior. Pero no era así, no se puede regresar al pasado y los culpables tan sólo somos nosotros mismos por más doloroso que sea reconocerlo.

XLII

COMO UN SUSPIRO

Me había mantenido toda la mañana ocupada, forzadamente ocupada, intentando no pensar en que debería dar el primer paso y llamar a Manuel. Me lastimaba su ausencia y mucho más su silencio. Sabía cuánto estaría detestándome, talvez tanto como yo, pero al mismo tiempo echándome de menos, eso deseaba creer, porque yo sí lo echaba muchísimo de menos aunque no existiera un solo motivo en todo el universo que convirtiera un acercamiento mío hacia él en algo positivo.

El orgullo no era mi fuerte, no deseaba ser su enemiga, es más, no soportaba la idea de ser su enemiga y deseaba llamarle y preguntarle sobre su vida, había escuchado rumores de que las cosas no le iban bien y deseaba decirle que podía contar conmigo, que podía confiar en mí aunque no nos ahogáramos en pasión como antes, aunque hubiéramos amordazado nuestros sentimientos y deseos. Pero no lo hice, pasé toda aquella mañana, como había pasado todas las anteriores durante varios meses, esquivando el momento de llamarle, cogiendo el móvil y volviendo a dejarlo, sintiéndome torpe e inútil y maldiciéndome por mi falta de decisión y carácter.

Pues aquella mañana, luego de intentar someter mis deseos y emociones durante todo el tiempo salí de la casa para ir a recoger a Ana. Poco antes de salir a la carretera pude distinguir a lo lejos, frente a mi, un coche que se aproximaba, era su coche. Se me hizo un nudo en el estómago, no estaba segura de que fuera él, por lo que desaceleré un poco y pude ver que era él quien conducía.

Manuel también desaceleró la marcha, todo sucedió lenta y rápidamente al mismo tiempo, pasamos uno junto al otro, muy lentamente pero sin detenernos ninguno de los dos, ambos con las ventanillas cerradas. Al pasar junto a él me volví, le sonreí y levanté mi mano derecha pegándola al cristal. Él se volvió también y se quedó mirándome, no me saludó, ni hizo gesto alguno, tan sólo me miró, sorprendido, tal vez confundido. Ninguno de los dos se detuvo aunque ambos parecimos tener la intención de hacerlo ya que disminuimos tanto la marcha que aquel instante pareció volverse eterno.

Pude sentir su resentimiento, como también pude sentir que no se había olvidado de mí. Luego de pasar junto a él aceleré mi coche para salir a la carretera, para quitar aquella imagen de mi cabeza y aquella sensación de mi cuerpo. Me había preguntado a mi misma un millón de veces qué sentiría al volver a verle y de alguna manera había intentado convencerme que no sería igual que antes, que ya no despertaría en mí pasión alguna. Me mentía, obviamente me mentía, ya que aquellos breves instantes en que tan sólo se cruzaron nuestras miradas significaron todo un mundo para mí. Deseé tan intensamente estar en sus brazos, lo deseé tanto que hasta me dolían las entrañas y el corazón y las manos vacías ya de su piel, y me dolía la boca que adolecía de sus besos salvajes y deseé arrancarme los ojos que ya no recibían sus miradas.

Había fallado nuevamente, si lo hubiera llamado aquella mañana hubiera ganado al menos algún que otro punto, pero así, fue como llevar el contador a cero una vez más, fue como paralizarme más aún. Pasé varios días pensando en nuestro cruce, sin el valor suficiente para enfrentarme a la realidad, y reconozco que con temor a lo que pudiera suceder si volvíamos a encontrarnos. Él con su locura y yo con la mía. Ahora que Alfredo había comenzado a actuar de otra manera, que parecía que deseaba llevar una vida mejor a mi lado, hacer un esfuerzo por llevarnos mejor, no podía ir y estropearlo todo por nada.

Pero el dolor estaba allí, y me llevaba a quedar con la mente en blanco muchas veces, abstraída en mis pensamientos, mis cavilaciones, mis cuestionamientos sobre no lastimar a nadie más con mis absurdos caprichos de niña malcriada. Por un lado sentía que necesitaba madurar de una buena vez, y aprender a llevar una

relación en la cual el afecto y la paciencia hacia el otro superaran la pasión, pero por otro mi cuerpo me traicionaba y también mi alma y me arrancaban de todos los buenos consejos que la parte más racional de mi misma se hartaba de gritarme.

Me sentía desmembrada, como si dos fuerzas poderosas me arrastraran una hacia un lado y la otra hacia otro. Sabía que un reencuentro con Manuel sólo podía ocasionar desgracias ..., pero no podía evitar desearlo más que nada.

XLIII

CAMBIOS, INEVITABLES CAMBIOS

Nada permanece igual, nada es constante, todo muta, se transforma y desaparece. Pareciera ser que tan sólo permanece casi intacto nuestro dolor ancestral, nuestra pena antigua, aquella que creemos oculta pero que siniestramente nos espera de tanto en tanto para emboscarnos.

No somos concientes del tiempo ni de los cambios, hasta que las cosas que están a nuestro alrededor nos abofetean en el rostro sin piedad para hacernos reaccionar sobre nuestro letargo.

Manuel era en sí, casi una especie en extinción, un hombre con una forma de vivir y sentir que ya no se veían habitualmente, y tal vez aquello haya sido uno de los motivos por los cuales me enamoré de él, como me había enamorado de los árboles que crecían a la vera del camino y del río por el que galopábamos con Ana.

Pero ni siquiera las cosas a nuestro alrededor eran las mismas, la mayoría de los árboles habían sido desterrados luego de decenas de años para la construcción de una nueva carretera, y el río por el que corríamos con nuestros caballos llegándonos el agua hasta las rodillas se veía más y más reseco cada día por las obras que se realizaban río arriba, obras para proveer a las ciudades de más agua. Nuestro río perdía su vital elemento, y sus pájaros, y sus plantas, como también lo perdíamos nosotros. Luego de dos o tres años ya no volvimos a verlo correr caudaloso como antes, cuando llegaba un punto en el que no podíamos cruzarlo, como tampoco pudimos seguir disfrutando de la sombra y el maravilloso olor de los pinos arrancados sin piedad alguna para agregar más carriles a

una carretera.

El resto del entorno también se modificaba y para mal, cuando llegamos a aquel sitio aquello era un predio salvaje, sin vallas, sin palanqueras, pero al poco tiempo fue llenándose de gente, más y más vecinos, gente de la ciudad que decidía comprar una parcela para pasar los fines de semana pero que no tenían ninguna intención de vivir en comunión con la naturaleza. Los viejos labradores habían abandonado sus tierras, ya fuera porque se encontraban demasiado mayores para trabajarlas y sus hijos no se encontraba por la labor, o porque la especulación de la tierra los llevó a desprenderse de ellas por un afán de dinero que tal vez no llegarían a disfrutar por lo avanzado de su edad. Cambiaron naturaleza por billetes, billetes que ni siquiera necesitaban. Y así un nuevo tipo de moradores habitó aquellas tierras, gente que corría con sus motos y coches en lugar de montar a caballo, que recibían camiones hormigoneros en lugar de tractores, que fabricaban piscinas en lugar de crear huertos. Así nos quedamos solas, Ana y yo, con nuestros caballos y nuestros perros, con nuestra vida sencilla, con nuestros inviernos al lado de la chimenea, inviernos llenos de conversación, con las botas aún puestas, con los perros tumbados a nuestro alrededor pacientes y en silencio, nos quedamos calentándonos las manos con nuestra taza de café, pensando y buscando un futuro mejor, pero no mejor del que teníamos porque aquello era todo lo que necesitábamos, sino tal vez en algún otro sitio, un sitio en el cual aún existiera un vestigio salvaje, un sitio en el cual salir a montar con nuestros caballos no supusiera un riesgo a ser llevados por delante en cualquier curva por un camión que en un carril de máxima 40 km/hr. iba a 100, un sitio por el que pudiéramos caminar, montaña o pradera, daba igual, sin encontrarnos con cercados a cada instante, un sitio en el cual sólo se escuchara el ruido de los pájaros, del viento jugando entre los árboles, de los animales, y no de los vecinos acelerando sus coches o discutiendo. Los zorros, liebres, lechuzas y garzas comenzaron a desaparecer vertiginosamente, como así también las amapolas que fueron reemplazadas por bloques de cemento y los naranjos perdieron sus azahares cuando los labradores perdieron interés total por ellos y los abandonaron a su suerte durante las recurrentes sequías. Nuestro pequeño mundo comenzaba a desmoronarse sin

darnos siquiera cuenta de ello, pero allí estaba todo frente a nosotros, y no dejaba de preguntarme cuándo nos llegaría la hora a nosotras, cuándo nos arrancarían de allí como a los pinos o al agua.

Resulta imposible mantener nada intacto, como no sea nuestro interior.

XLIV

NOSTALGIA

Me preguntaba una y mil veces, prácticamente convirtiéndose aquello en una obsesión, qué era lo que echaba tanto de menos, qué era lo que tanto me hacía falta al punto a veces de no permitirme pensar ni sentir ninguna otra cosa.

Por más que diera vueltas y vueltas, en mi mente las ideas no terminaban de aclararse, sino más bien todo lo contrario, se mezclaban pensamientos y sentimientos y lo único que tenía muy en claro era que a medida que pasaba el tiempo mi confusión aumentaba más y más al punto ya de no saber si mis disquisiciones se trataban pura y básicamente de cuestiones existenciales o simplemente iban de echar de menos a una persona en especial.

No había duda alguna que la distancia que había tomado con Manuel me había provocado un vacío difícil y casi imposible de llenar. Me invadía palmo a palmo la nostalgia de su pasión y su locura, pero también debía reconocer ampliamente que mi vida transcurría mucho más tranquilamente desde que habíamos dejado de vernos.

Comencé a preguntarme seriamente si no se trataba en realidad de cuestionarme toda mi vida, si la relación con Manuel no era tan importante en sí misma sino simplemente por lo que había modificado en mí, por los cuestionamientos que había producido sobre mi propia existencia. ¿Acaso echaba realmente de menos sus besos, su pasión? ¿No sería que solamente echaba de menos besos y pasión? Pasión simple, sin nombre, que me empeñaba en ponerle el suyo porque era lo último que había conocido y que de alguna

manera había convulsionado mi vida entera. Tal vez no lo necesitaba a él, sino a alguien como él, ni necesitaba la relación con él, sino una relación que me hiciera sentir como él lo había hecho pero sin todos aquellos insoportables defectos que él tenía y que me habían llevado a la misma locura.

Me preguntaba también por Alfredo, me encontraba segura de que él tampoco se sentía totalmente satisfecho con su vida, ni con nuestra vida en común, sabía perfectamente que él también se encontraba echando de menos sensaciones, vivencias, experiencias que habíamos tenido en común alguna vez y que habían quedado relegadas al cajón de los recuerdos, aquellos recuerdos que de ninguna manera tienen intención alguna de volver a la vida, recuerdos que son simplemente aquello, momentos pasados y pisados, que hasta costaba recordar, que hasta tomaba trabajo traerlos al presente aunque más no fuera en la mente y desde ya nunca más en nuestra piel. Sentí que éramos patéticos, él y yo, y Manuel y su esposa, y todos aquellos que nos rodeaban, sentí que seguramente todos nos sentíamos así, echando de menos situaciones de nuestra existencia en las cuales por instantes nos encendimos en la piel y el pensamiento del otro pero que no volverían jamás, situaciones que habían hecho de nuestro gris transcurrir un efímero instante de éxtasis.

Durante toda mi vida había tenido conversaciones de ese tipo con personas conocidas, personas que me comentaban sobre la monotonía de su vida, sobre la necesidad de vivir algo diferente, algo que les encienda el alma aunque más no sea por un solo instante. Y entonces, como nunca antes lo había sentido tan profundamente me encontraba en situación similar. Me sentí tan cobarde, incapaz de bucear correctamente en mis sentimientos, temiendo mis propias emociones, aterrorizada por quebrar la agobiante rutina. Había llegado tan lejos y sin embargo en aquel punto exacto no me atrevía a dar un solo paso siquiera. Temía arrojarme de cabeza a las situaciones e intentar ver claramente lo que sucedía con mis sentimientos y con mi propia vida. Temía por aquello que pudiera encontrar, temía profundamente el rechazo del otro, en principio. Pero tal vez lo que debía hacer era intentar y ver realmente si la nostalgia que hacía ya imposible mi vida era por la ausencia de Manuel o por los sentimientos que él había despertado

en mí. Tal vez debía abrir aquellas puertas que tanto pánico me producían, pero como era una cobarde incorregible no podía hacerlo, siendo víctima de una parálisis que me impedía cualquier acción, pero que me agobiaba en pensamientos constantes. Minuto a minuto, segundo a segundo las ideas navegaban por mi mente y competían unas con otras y con mis sentimientos.

Sentí pena por mi misma, pena por Alfredo, pena profundamente dolorosa por todos nosotros, que intentábamos seguir con nuestras vidas tal y como estaban pautadas sin realizar absolutamente ningún intento por modificar siquiera lo más mínimo. Veía frente a mis ojos todos los días como Alfredo se deterioraba interiormente y no me sentía capaz de culparle. ¿Cómo podría hacerlo si ni siquiera yo misma podía con mis propios sentimientos?

Por todo esto, de una sola cosa me sentía totalmente segura y esta era que debía lanzarme con los ojos cerrados al abismo de una vez por todas, debía empaquetar mis temores y conflictos y exponerme a todos los peligros de mi mente y de mi piel para descubrir exactamente qué estaba sucediendo con mi vida. Debía exponerme al posible rechazo y al desprecio del otro, debía exponerme a su locura una vez más, debía intentar devorar aquella boca y comprobar si mi carne seguía estremeciéndose con él, o simplemente necesitaba estremecerse con una carne similar. Debía saber si me encontraba perdida y locamente enamorada de aquel hombre, o totalmente desquiciada y enamorada de la pasión en general. El tiempo se escurría entre mis dedos y me desesperaba no poder atraparlo y controlarlo, retenerlo en mis manos hasta conseguir el valor suficiente para lanzarme sin más miramientos. Pero el tiempo pasaba implacable, y a medida que pasaba el riesgo aumentaba y mis días se convertían más y más en un letargo de rutina y de tormento interno.

XLV

NUNCA LO SABRÁ

Es una verdadera lástima que Manuel nunca sepa cuánto le he querido, cuánto le he echado de menos, amado y valorado. ¿Cómo es posible que dos personas que supuestamente desean y necesitan estar juntas puedan vivir en un equívoco permanente y abismal?

He buscado a Manuel en el interior de mi alma y de mi cuerpo durante tanto tiempo que finalmente me quedé inmensamente vacía, tan vacía que ya ni siquiera cabía en mí la desesperación. Terreno yermo y estéril, en aquello me convertí y aunque en un determinado momento inconscientemente intenté reemplazarlo de alguna manera aquello no fue posible, ya que no había hombre capaz siquiera de llamar mi atención.

Procuré continuar con mi vida y con mis actividades, intenté disfrutar de algunas cosas que aún me quedaban intentando a su vez desesperadamente que nadie notara mi frustración y mi intenso deseo de tenerlo a mi lado. Creí que mi actitud de indiferencia y de no pasa nada daba resultado en mi entorno, sin embargo en realidad no estaba siendo muy convincente ni siquiera para mi misma.

Tantas veces Manuel había dudado de mí, de mi afecto, de mi lealtad y hasta de mi pasión. Algunas veces me cogía del cabello mientras hacíamos el amor y preguntaba:

¿Por qué estás conmigo?

Porque me gustas. – respondía yo, sin poder decirle que le quería porque no me daba la voz para aquello y porque él tampoco me creería.

Soy viejo – me decía mirando entonces hacia otro lado – Tú debes tener al menos doscientas pollas desesperadas por ti.

No me interesan las otras – respondía yo – Sólo me interesas tú.

Embustera ... – me decía él y continuaba amándome.

Y era verdad, sólo me interesaba él, y lo sabía perfectamente cuando pasábamos algún tiempo sin vernos y luego nos encontrábamos un día furtivamente, entonces el cielo brillaba para mí y el contacto con su piel, su mirada y su voz compensaban cualquier pena que pudiera traerme la vida. No había hombre, ni joven, ni guapo, ni con dinero, que pudiera hacerme sentir así. Pero él no me creía, nunca me creyó, un poco por mi torpeza, un poco por su desconfianza natural.

Sería por todo esto que me costaba tanto decirle que le amaba, porque no me creería.

XLVI

ERRORES

Algunas veces, demasiadas veces, he tenida la oscura e inquietante sensación de haber cometido más errores de la cuenta a lo largo de mi vida. Muchos de ellos los he vislumbrado como tales antes de cometerlos y aún así he continuado obstinadamente, como si en aquel preciso momento no hubiera sido capaz de hacer otra cosa, como el ganado cuando pasa por la manga hacia el matadero, como si obedeciera quién sabe qué extraña señal que me impulsaba a seguir adelante y equivocarme sin escuchar aquella pequeña voz susurrante que sabiamente me indicaba que no...

Tal vez no he sido, ni soy, ni seré jamás lo suficientemente inteligente como para escuchar la voz de mi conciencia, una voz que no tiene el valor de gritar lo suficientemente fuerte antes de que caiga al abismo, pero que tiene la suficiente obstinación y torpeza de instalarse en mi cerebro luego de cometidos los actos que no debo cometer y machacarme hasta destruirme interiormente con la culpa y las dudas que me invaden.

En algunos pocos casos la voz de alerta no existe, como tampoco existe ningún motivo para presuponer que estoy equivocándome, pero en muchos otros sí, y son esos otros los que me preocupan y llevan a la cavilación, ya que me he equivocado en casi todo lo que hecho en mi vida, las grandes y las pequeñas cosas, las decisiones y la falta de ellas, la compra de propiedades cargadas de problemas que tan sólo me llevan a la ruina; coches que dejan de funcionar a los dos meses; palabras que salen de mi boca y que jamás deberían haber entrado en contacto con ella ...; palabras que he amordazado

en mi interior hasta estrangularlas como estrangulaba a su vez los sentimientos que las forjaban para verlas morir antes siquiera de nacer; gestos que no debía hacer tampoco nunca y otros ... que debí dejar salir de mi interior libremente, sin temor, sin culpa, sin agobio, con calma ...

Errores por hacer y por no hacer, tantos unos como otros, apilándose uno tras otro a lo largo de mi existencia, en el ámbito de mi economía, de mi trabajo, mis relaciones personales y el amor. Errores que una y otra vez aparecen en mi mente mutilando la poca alegría que me quedaba y apareciendo también en las consecuencias de si mismos, que me llevaban a cometerlos una y otra vez más.

Muchos de los errores cometidos han sido gracias a escuchar los consejos de otro, o por no desmentir al otro, o por no hacer sentir mal al otro, el otro, siempre el otro, el "otro" como una sombra imposible de arrancar de mi persona, llámese éste padre, madre, amigo, pareja, cualquiera que tenga cierta importancia en mis sentimientos puede hacer que me vuelva sumamente vulnerable a la hora de decidir actuar de una u otra manera. Un "otro" que no soy yo misma, ni mi conciencia siquiera, sino un ser que de algún modo ha conseguido involucrarse en mis emociones y a quien no deseo lastimar, ni siquiera decepcionar.

Sin embargo con Manuel mis errores han sido mayormente por no hacer, no decir, no actuar, no sentir. No sentir no es cierto en realidad, porque sentir lo hacía demasiado pero en forma errónea, una vez más, me obligaba a no sentir, a no creer, a no pensar, a no entregar ... Tantas veces, inagotables, me había dejado llevar por el "otro", pero en ese caso no, y aquello me pesaba demasiado, la culpa del error cometido por no hablar a tiempo, por no sonreir más, por no responder a sus declaraciones de amor con un simple "te quiero". ¿Cuánto podía costarme aquello? ¿Mi orgullo? ¿No sufrir? ¡Cuánta estupidez en una sola persona! Si en el fondo tan sólo deseaba abrazarme a él y cabalgar por el casi desierto lecho del río dejándome llevar por su voluntad, confiando en él, creyendo en él aunque aquello me costara la vida que había llevado hasta aquel momento y todo lo que poseía. No tenía nada que perder, porque en el fondo nada tenía, más que un manojo de problemas casi sin solución y un par de ilusiones que comenzaban a desvanecerse, de

la misma manera que se desvanecía mi esperanza y mi juventud. Sólo tenía lo que creía tener y que a su vez se deshacía día a día debido a los errores que no dejaba de cometer.

Nuestras equivocaciones siempre traen consecuencias y muchas de ellas son casi imposibles de resolver, cuando no al menos traen aparejados largos ratos de incomodidad e incertidumbre, y en verdad que ya me encontraba saturada por la incertidumbre, ya no la soportaba más, pero no podía tampoco dejar de cometer fallos, como si no hubiera aprendido nada de la vida a pesar de mis años, como si fuera víctima de una incapacidad innata para sobrevivir.

Me sentía en un medio hostil, en el cual parecía ser que a todos aquellos que me rodeaban las cosas le salían bien mientras a mí siempre me tocaba la peor parte, errores o no, la "suerte", exista o no, nunca parecía estar de mi lado y aquello me agobiaba aún más, la incertidumbre a su vez de no saber si los problemas surgían tan sólo por mis equivocaciones o porque estaba dado de alguna manera que todo debía resultar puñeteramente difícil para mí...

Lo peor de todo siempre fue cuando me vi obligada a padecer los errores de quienes estaban a mi lado, que no fueron pocos en realidad, y soportar estoicamente las consecuencias reprochándome y cuestionándome si de alguna manera hubiera estado en mi mano evitarlos.

El deseo de ser otra persona se apoderaba de mí de tanto en tanto, no el de tener la vida de otro, sino el de ser yo misma pero de otra manera, con uno que otro componente o característica más o menos según los casos, características interiores siempre, valor, principios, no lo sé realmente. Mis principios siempre fueron francamente extraños y no se correspondían a los del resto de las personas, muchas veces ni siquiera a los que marcaba la ley del hombre. Durante mucho tiempo creí que no me importaba lo que pensara el resto, pero luego descubrí que en el fondo sí me afectaba, y me cansé de andar por las calles y que miraran de forma extraña, o que hablaran de mí contando verdades y mentiras, me harté de ser pasto de los cotilleos de los pueblos y una vez más deseé salir de donde estaba, buscar nuevos horizontes, nueva gente, nueva vida y por lo tanto nuevas oportunidades. Absurdamente creía que en algún sitio en el mundo el resto de la gente se preocuparía más por conocerme de verdad que por hablar de mí tan sólo por mi origen o

mi aspecto. Inocentemente sentía que existía un sitio en el mundo en el cual establecerme, tener mi huerto, unos pocos caballos y la escasa, casi nula, necesidad de contactar con nadie. ¿Existía aquel sitio? ¿Existía un sitio en el mundo en el cual fuera a establecerme en un paraje aislado y que de la noche a la mañana la especulación y el supuesto progreso no lo convirtieran en una abominable urbanización en la cual todos se detestaran los unos a los otros? ¿Existía un sitio en el cual aún cumpliendo las normas que ni siquiera llegara a comprender legítimamente no surgieran problemas e incordios por la mala voluntad de los otros? ¿Existía un solo paraje en la tierra, un paraje cubierto de bosques, que no se convirtiera de la noche a la mañana en un páramo por motivo de la construcción de una nueva carretera o un polígono industrial? ¿Adónde ir? Había llegado tan lejos como había podido y conocido, el resto me resultaba un misterio difícil de descifrar, pero mi interior me decía que debía intentarlo una vez más, que ya había sido extranjera una y mil veces, que nada pasaría por serlo una vez más en un sitio diferente aunque me resultara complejo el idioma, cuando no las costumbres, como difíciles me habían resultado aquellas últimas que conocí, tanto que ni siquiera llegué a descubrir a ciencia cierta si un hombre me amaba o no a pesar de habérmelo repetido cientos de veces y hasta el propio hartazgo.

Tal vez debía huir de mis errores, de aquellos a quienes había conocido pero que en realidad jamás se preocuparon por conocerme sino simplemente por colocarme falsos rótulos, huir de mis ilusiones truncas, huir de Manuel, huir de todo, sin dejar rastros ni huellas, como si jamás hubiera estado allí, siendo menos que un furtivo recuerdo.

La pregunta era ¿cuántas veces debía huir? ¿debería hacerlo hasta que la muerte misma me cogiera en el tránsito de aquella huida interminable?

XLVII

CUANDO FALTA VALOR

Una vez más, sabía que estaba equivocándome con lo que hacía, pero aquella fuerza irrefrenable me llevaba a actuar más allá de mi misma. No tenía valor suficiente para ponerme en contacto con Manuel directamente, y luego de aquel cruce de ambos con el coche quedé en medio de una desazón difícil de superar. Comprendía que Manuel no cogería el teléfono para llamarme ni vendría a buscarme, ya que nuestro último encuentro parecía haber dejado bastante en claro mi posición, por lo que irreflexivamente decidí provocar un nuevo encuentro frecuentando un sitio al cual me encontraba segura él debía concurrir. Allí no habría coches en movimiento, ni segundos abstractos que no pudiéramos coger o comprender para acercarnos, telefónicas, sino simplemente encontrarme con sus ojos, de poder escudriñar si me detestaba lo cual me mataría o si aún sentía algo bueno por mí. Aquello fue una mala jugada, una jugada equivocada y precipitada, ya que no fui lo suficientemente fuerte para superar el duelo de su pérdida y me obnubilé tanto con la necesidad de tenerle que hasta llegué, prácticamente, a olvidar los motivos que me llevaron a cortar su rostro aquella tarde a la orilla del río.

Una romería en el pueblo era un sitio al cual Manuel no podía faltar, ya que era su oportunidad de exhibir su arte y hacer tratos, por lo que allí acudí, una tarde más de verano, pero esta vez con la simple intención de verle. Pasé un rato bastante largo hablando con una y otra persona, buscándole con la mirada entre la multitud y sin verle, hasta que de pronto levanté la vista y allí estaba, a cierta

distancia, conversando con un par y mirándome. No encontré en su rostro señal alguna que me indicara qué paso seguir, qué movimiento realizar, por lo que seguí conversando y buscando su mirada de vez en cuando, hasta que en un determinado momento, cuando volví a buscarlo había desaparecido.

Pensé en largarme de allí, no tenía caso, me sentía ridícula y absurda en medio de toda aquella gente que no tenía nada que ver conmigo y que ni le importaba yo a ellos ni me importaban ellos a mí, pero decidí darme un respiro, intentar disfrutar mínimamente del momento, aunque más no fuera viendo a los caballos en toda su gallardía y me acerqué a la barra atestada de gente en busca de cualquier cosa que me hiciera más llevadera aquella tarde de calcinante calor. Mientras esperaba para abrirme paso hacia la barra sentí una piel muy conocida y tibia tocando la mía, era su mano que me rozaba, casi imperceptiblemente, no hizo falta que me volviera hacia él para saber de quién se trataba, el corazón parecía querer huir de mi pecho y mis entrañas se revolvieron descontroladas como solamente podía sucederme con el contacto de su piel. Manuel acercó un poco más su mano a la mía y la cogió con firme ternura en medio de la multitud. Respondí a aquella mano que echaba tanto de menos, respondí a aquel acercamiento que tanto había deseado, para luego volverme ligeramente hacia él y mirar sus ojos, que me transmitían lo mismo de siempre, pero con una seguridad que me dejó congelada. No pude evitar ver la marca en su rostro, aquella marca provocada por la herida que yo misma le había causado, estiré mi mano libre y la acaricié ligeramente en señal de arrepentimiento, sus ojos se volvieron más profundos aún y penetraron en los míos confirmando que estaba todo bien, aún sin palabras, ni hicieron falta. Luego Manuel soltó mi mano, acarició ligeramente mi brazo y se marchó de mi lado. Me quedé de pié, casi aturdida, en medio de la multitud que ya había comenzado a disiparse para dejarme sitio en la barra, no sé cuánto duró aquel encuentro, lo más probable es que fueran unos pocos segundos, que me parecieron una eternidad, una dulce eternidad.

Manuel y yo comenzamos entonces una nueva etapa, una etapa diferente, en realidad, que jamás debería haber comenzado. Hubiera sido preferible echarle de menos hasta la locura misma, antes de sumergirme en la suya una vez más.

XLVIII

PERSIGUIENDO ESPEJISMOS

Debería haber sabido perfectamente que el pasado existía, y haberme dado cuenta de cómo vemos diferentes a las situaciones y a la gente con la distancia y la ausencia; pero como a lo largo de la vida parece que nunca se termina de aprender seguí tropezándome con la misma piedra una y otra vez.

Los encuentros con Manuel se volvieron cada vez más agobiantes, sus exigencias para vernos toda vez que él quisiera, cuando y donde él deseaba, de la manera que le daba la gana se agudizaron. La continua desconfianza que en lugar de menguar parecía acrecentarse día a día, los supuestos comentarios que recibía de los demás acerca de mí, sobre mi conducta, mi falta de moral y mi promiscuidad, comentarios a los que parecía hacerle mucho más caso que a mí y que le atormentaban. Nuestros encuentros comenzaron a ser siempre iguales, comenzaban con mucha pasión y hasta ternura para terminar en una incoherente zarta de reproches, tal y como aquella vez en el río y tantas otras veces que debería haber recordado vivamente antes de intentar volver a acercarme a él, ya que lo nuestro sólo llevaba a la destrucción de ambos en todo sentido.

Debería haber recordado lo poco que había aprendido sobre trabajar con caballos, mi actitud al buscar el reencuentro con Manuel le llevó a pensar que me había sometido a su dominio y voluntad, que me había subordinado a él. Mi comportamiento echó por tierra todo lo que pude haberle demostrado aquel día en el río cuando le corté el rostro y aquel gesto quedó simplemente como

una rabieta por mi parte, demostrando que él era en realidad quien tenía la razón.

A partir de nuestro reencuentro, Manuel había cogido la costumbre de montar escenas de celos en todas partes, daba igual quien estuviera delante, toda vez que delante de otras personas, comenzaba mirando a otro hombre, o de haber sonreído más de la cuenta, o de haber hablado más de lo que a él le parecía correcto. Con su acostumbrada seguridad para con las cosas que decía éstas eran como eran y nada más, luego de algunas copas se volvía violento al punto de que alguna que otra vez algún que otro camarero se sintió tentado a intervenir, y si no lo han hecho ha sido porque con mi mirada le sugería que aquello sería mucho peor. Lo dejaba actuar y estar, sabía que se le pasaría, que a fin de cuentas tal vez era su manera de demostrarme cuanto me quería y necesitaba, creía que simplemente era su manera de ser y que tal vez era el precio que debía pagar por compartir algunos momentos con un hombre tan auténtico como él, con tanta pasión. Creí que la pasión iba ligada a la locura, y no sé por qué mi vida parecía no tener sentido cuando no sentía dicha pasión ...

Me encontraba en un verdadero laberinto de sentimientos, emociones y cuestionamientos internos, pero no lograba encontrar la salida, como si hubiera perdido totalmente el camino y el juicio mismo. Pero pronto comencé a agobiarme de verdad con sus exigencias, con su manía de ponerme rótulos y adjudicarme conductas que no eran ciertas, y así más y más comencé a distanciarme interiormente de él, tanto que hasta llegué a detestarme a mi misma por los sentimientos que me habían embargado en su momento.

XLIX

> UNA VISITA INESPERADA

Una mañana me encontraba dándole un baño a Temujin luego de un paseo por el río, pensando en mis propios problemas y situaciones, abstraída en mi labor diaria, la cual de alguna manera se había vuelto casi el único remanso de mi existencia, cuando de pronto vi aparecer a Manuel a caballo, borracho ya a esa hora del día, de mal genio y deteniéndose en el portón de entrada. No comprendí el motivo de aquella visita inesperada ya que eso era algo que él no solía hacer, no solía exponerme de aquella manera en mi propio territorio, estando Alfredo tan cerca. Manuel me exponía ante los ojos de los demás, pero de aquellos que no tenían directa vinculación conmigo, y Alfredo aunque no fuera mi marido era mi compañero y tuviéramos los problemas que tuviéramos no debíamos perjudicarlo ya más de aquella manera.

Supuse que había estado en algún bar y que algún parroquiano le había calentado la cabeza con las cuestiones de siempre y como siempre. Sorprendida y confundida dejé lo que estaba haciendo y me acerqué a él a través de la valla para conocer el motivo de su inesperada visita. Manuel, moviéndose nerviosamente con su caballo como si aquello fuera fiel reflejo de su estado de ánimo, ni siquiera se tomó la molestia de saludarme al verme pero sí de gritar a toda voz:

¡¿No está tu chulo?!

¿Qué dices? – le respondí abriendo el portón y saliendo a su encuentro.

Aquella actitud me sorprendió vivamente y no logré

comprenderla, una que otra vez mencionaba estando borracho “tu chulo”, como si yo fuera una prostituta que debe rendirle cuentas a alguien, tal vez creaba una analogía entre el comportamiento pasivo de Alfredo por no trabajar en su momento y depender de lo que yo ganaba y el chulo de una prostituta. Abrí el portón de entrada y salí para encararlo.

Vete, Manuel, no me metas en problemas que ya tengo suficientes. – le pedí mirándolo desde debajo de su montura, a la vez que intentaba asegurarme de que Alfredo no saliera a ver qué sucedía con tanto escándalo.

Eso es lo que soy para ti ¿verdad? Un puñetero problema ...

– gritó desaforado.

No, pero ahora vete. – dije intentando que no armara más alboroto en la puerta de mi casa, podíamos discutir aquello y cualquier otra cosa en cualquier otro momento, pero Manuel como de costumbre desconocía el sentido de la oportunidad.

Tú no sabes lo que son problemas ... – continuó luego gritó a viva voz—¡Dile a tu chulo que salta que quiero hablar con él!

Dí media vuelta, ofuscada, decidida a marcharme y dejarlo hablando solo, porque ya veía que no había manera de que entrara en razón y no quería yo misma salir de mis casillas y montar un escándalo peor. Pero entonces Manuel, se ofuscó aún más y comenzó a gritar como loco para llamar la atención de quien estuviera en la casa.

– ¡Ehhhhhhhhh! – gritaba a la vez llevaba la mano en alto como si dijera: a ti te estoy hablando.

Regresé a él, con la furia contenida en mi interior, y cogí las riendas violentamente desde abajo mirándolo con desprecio, con un desprecio tan profundo que jamás creí anteriormente poder sentir hacia él.

¡Déjame en paz de una puñetera vez! ¡Estás como una puta cabra! – le grité a la vez que intentaba arrebatarle el poder de las riendas.

No lo sabes tú bien. Si no es hoy mañana, o pasado, o la semana que viene, hablaré con tu cariñito y se va a enterar de quién eres. – dijo él en voz más baja y contenida, con los ojos brillantes, llenos de ira, y creo también de desprecio, inclinándose hacia mí y gesticulando con su boca para remarcar todas y cada una de sus

palabras como ciertas.

Vete a la mierda. – respondí secamente y sin soltarle las riendas.

Cualquier día le prendo fuego a tu puta casa y a todo, contigo y el fulano ese que tienes dentro. – me espetó con desprecio a la vez que cogía el poder de las riendas y se marchaba violentamente y a punto de atropellarme.

Lo vi alejarse al galope, fastidiado con todo, con la vida, con su caballo y con él mismo. Me pregunté seriamente cuánto había de verdad en sus palabras, si se trataba de una más de sus rabietas pero esta vez reforzada por más alcohol y los malos consejos de sus colegas o si realmente pensaba llevar a cabo sus amenazas, como cuando aseguraba que me mataría si le engañaba y yo no le hacía demasiado caso. Pero esta vez sus amenazas habían llegado demasiado lejos y no me encontraba en condiciones de tolerarlas.

Me resultaba perturbador el pensar y el sentir que dos personas momento extremo de despreciarse. Me resultó absurdo e inútil. No lo comprendía en absoluto, no existía motivo alguno para llegar a aquel extremo.

Pasé el resto de la mañana intentando concentrarme en mis tareas, aunque no me resultaba sencillo con lo que había pasado anteriormente, me revolví en mis pensamientos y en mis sentimientos una y otra vez. Sabía perfectamente que Manuel era demasiado influenciable, que se dejaba llevar por los comentarios de sus colegas y sobre todo de Paco en quien de alguna manera confiaba pero que era el peor de ellos por la profunda envidia que le causaba el que Manuel tuviera una relación semejante conmigo. Sabía que no podía dejarlo pasar, no correspondía y no era justo. Muchas veces a lo largo de mi vida había preferido el silencio y la inacción como respuesta a los agravios, ofensas o amenazas como una forma absurda de supervivencia, para no empeorar las cosas, para no tener más problemas. Pero en aquel momento no cabía el silencio ni la quietud, debía enfrentarlo y aclarar la situación. Por ello, luego del almuerzo cogí nuevamente mi navaja y me dirigí a su picadero a buscarlo para aclarar las cosas con él.

Se me revolvía más y más el estómago a medida que me acercaba a su casa, el pecho me estallaba en emociones, yo no era como él, guardaba un atizbo de conciencia y no deseaba perjudicar a nadie más, como a su familia por ejemplo. A pesar de todo

pretendía seguir guardando las apariencias de alguna manera, por lo dicho antes, para no perjudicar con una actitud infantil a los demás, a quienes preferían llevar la vida en silencio y mostrando como que todo funcionaba perfectamente, por lo que no iba a abrir ningún cofre de sorpresas y fastidiarles la vida, lo que me ponía las cosas aún más difíciles.

Al llegar, nerviosa y ofuscada, sin poder disimular mi estado de ánimo, atravesé la entrada en medio de los parroquianos de siempre, su esposa y su hijo. Saludé rápidamente, escuché un par de comentarios de la mujer sobre que salía a comprar no sé qué cosas para la comida y busqué a Manuel con la mirada, intentando que ella no lo notara, aunque creo que sabía mejor que nadie el motivo de mi visita, o por lo menos se acercaba. Pude verlo cargando unos sacos de pienso en el cobertizo, por lo que me dirigí hacia él decidida, aunque intentando disimular todo lo posible ante los demás. Llegué a un metro de él, pero Manuel parecía ignorar totalmente mi existencia y seguía con su trabajo. Perfectamente me había visto, pero pretendía ignorarme, como solía hacer siempre que se enfadaba conmigo.

¿Se puede saber qué te he hecho a ti? – le pregunté

angustiada y fastidiada, intentando contener la ira que me embargaba.

Todo. – respondió Manuel apenas echándome una mirada y pretendiendo seguir con su trabajo me dio la espalda, por lo que lo cogí con fuerza de un brazo para hacer que me mirara.

No vuelvas a aparecer por mi casa, ni vuelvas a hacer ni decir nada parecido a lo de hoy. – sentencié seriamente.

Manuel me miró intensamente durante un instante y no pude descubrir lo que me decía su mirada, luego me cogió de un brazo y me llevó dentro del cobertizo con él.

Lo siento – dijo en un tono de voz que me tomó por sorpresa. – ya sabes como soy …

Eso no te disculpa – respondí.

Los ojos de Manuel volvieron a iluminarse, como si el demonio interno lo hubiera abandonado una vez más, se acercó aún más a mí mientras me mantenía cogida por el brazo.

¿Y qué me disculpa? – preguntó cariñosamente.

Me atrajo hacia él y comenzó a besarme intensamente, pero no

pude responderle a pesar de sus intentos de reconciliación. Lo aparté ligeramente para poder ver sus ojos e intentar descifrar, una vez más sin conseguirlo, lo que habitaba en su interior.

L

OBSESIÓN

En las buenas épocas de la relación con Manuel, o al menos en las mejores, cuando se emborrachaba más de la cuenta y me echaba demasiado de menos algunas veces me llamaba por teléfono en horarios inconvenientes, yo lo tomaba como lo que era y luego él se disculpaba. En los últimos tiempos luego de nuestra conversación en la puerta de casa, no dejaba de llamarme por teléfono a todas horas y en todo momento, tal vez porque no había comprendido que por mi parte había decidido cortar todo contacto con él. No deseaba proseguir con aquella relación, una relación que parecía llevar vertiginosamente a un camino poco deseado, discusión y violencia cada vez menos contenida y ya no solamente por su parte sino también por la mía.

Comencé a obsesionarme con sus llamadas, aunque no las atendiera ni hablara con él sabía que él estaba allí pensando en mí, masticando su ira y su frustración. Desconocía cuál sería su próxima jugada si no lograba descargar su enfado por teléfono, pensando que podía regresar a mi casa como lo había hecho aquella última pero aún peor, cumpliendo sus amenazas.

Comencé a temer por las personas que estaban conmigo, principalmente por Ana, aunque sabía perfectamente que el enfado no se dirigía hacia ella sino todo lo contrario ya que Manuel la quería como si fuera una hija, pero en su ceguera podía confundir los objetivos, o Ana podía ser víctima de su ira como una consecuencia indirecta simplemente. No podía arriesgarme, no debía, pero tampoco debía por ello proseguir con aquella relación

ni sumergirme en discusiones interminables con él para terminar lo nuestro buenamente. No se podía razonar con Manuel y aquello lo sabía perfectamente. Llegué a también hasta por Alfredo, ya sentir verdadera preocupación que las amenazas también lo alcanzaban a él y aunque nuestra relación era una viva pena no tenía por qué sufrir las consecuencias de mi inconsciencia.

En mi mente no dejaban de resonar las palabras de Manuel, quemar mi casa, con Alfredo dentro ..., si me engañas te mato, tengo una pistola, cuando ya no quede nada, cuando ya no pueda más voy a usarla ... Comencé a atormentarme con estos pensamientos, a perder el sueño, a no encontrarle una salida válida a nada. Todo a mi alrededor perdió sentido de un momento a otro, ya no me desesperaba por su ausencia sino por su presencia constante.

Un día en que me encontraba luchando con las mangueras de riego comenzó a llamar por teléfono insistentemente, le cortaba y él volvía a llamar de inmediato, parecía estar decidido a hablar y razoné que tal vez lo mejor era hacerlo de una vez.

– ¿Me estás evitando? – dijo al otro lado del teléfono apenas atendí.

– Tal vez. – respondí – Tal vez necesito un tiempo.

– ¿Para qué? ¿Para follarte a otro? – aseguró.

– Lo que tu digas, Manuel, pero déjame en paz. –dije totalmente agobiada y frustrada, sintiendo que no debía haber cogido el teléfono ya que la conversación no pretendía llegar a ninguna parte.

– Pronto estarás en paz, cuando termine contigo de una vez. Muy pero que muy en paz. – terminó Manuel y cortó la comunicación.

En realidad la conversación sí llegaba a alguna parte, a una amenaza más, una amenaza más contundente y firme, más fría. Hasta aquel momento cada vez que Manuel me había amenazado con cualquier cosa lo había hecho en un arrebato, dentro de la pasión misma que era su vida, pero aquella última había sido fría, así la sentía por su voz, por la manera insistente en que había intentado hablar conmigo durante semanas nada más que para decirme aquello.

No podía proseguir así, no debía continuar mi camino sin hacer caso de las advertencias que eran muchas, como tampoco podía

pasar cada instante de mi vida temiendo por mis seres queridos, saliendo de la casa a plena noche con la navaja en la mano cuando los perros ladraban, mirando por la ventana cada vez que escuchaba pasar un coche o el relinchar de un caballo, alucinando con cosas que no existían.

Era gracioso que saliera de la casa con una navaja en la mano, “tengo una pistola” había dicho él, y yo salía con una navaja, con nada que era lo mismo. Decidí que era momento de cambiar de métodos y me procuré por medio de unos conocidos una pistola también. Tal vez no fue la mejor idea que pude haber tenido, ni la más lúcida, ni la más positiva, pero no podía contarle a nadie lo que me ocurría, no tenía derecho de preocupar a Ana de aquella manera, sobre un problema que la tocaba de cerca pero que yo misma había provocado con mi inmadurez y la búsqueda permanente de no se sabe bien qué cosas. Tampoco podía hablar con Alfredo, ya que no lo hubiera comprendido y aunque lo hubiera hecho no hubiera podido ayudarme.

Había sabido perfectamente cómo meterme en problemas y yo misma los resolvería como fuera.

LI

UNA NUEVA VISITA

La poda de los naranjos era algo indispensable si deseaba que los frutos fueran buenos aquel año, y eso esperaba, que fueran cada vez mejores, más dulces, tiernos y jugosos, así que muy temprano aquella mañana me dispuse manos a la obra, y en aquello estaba, ante el dilema de si aquella rama o tal otra, mientras los perros jugaban a mi alrededor y los caballos disfrutaban de su ración de comida recién puesta, cuando vi pasar el coche de Manuel por delante de la valla. Quedé paralizada al verlo detenerse frente a mi puerta, lamentaba profundamente que hubiera llegado el momento de encararme con Manuel una vez más personalmente, no por falta de fuerzas, sino porque me provocaba un irreparable dolor e incertidumbre sobre los resultados. Me acerqué asegurándome de llevar la navaja en el bolsillo del pantalón, una vez más la navaja, no tenía propósito en aquel momento entrar a la casa para buscar la pistola, aunque aquello era lo que realmente deseaba. Deseaba coger la pistola y amenazarlo con ella para que comprendiera de una vez por todas que no tenía derecho a revolucionar nuestras vidas de aquella manera, a perturbarlas y destruirlas.

– Tu ya pasas de mí. ¿Verdad? – preguntó Manuel valla por medio al acercarme, parecía tranquilo en apariencia sin embargo pude notar la tensión acumulada en su interior.

– He estado liada con trabajo. – respondí esperando a ver sus reacciones.

– Ya no me quieres. Ya me has cambiado por otro. Te has reído de mí a gusto. – aseguró agriamente.

Me dolió su convicción, me embargó la impotencia de no poder hacerle ver la realidad, que hasta hacía muy poco yo veía sólo por sus ojos y necesitaba más su mirada y sus besos que la misma sangre que recorría mi cuerpo.

– Manuel, ya basta, por favor ... – pudo únicamente decir.

– Demuéstrame que me equivoco. – pidió desesperado.

– ¿Cómo? Si a ti todo te da igual ...

– Esta tarde tengo que echar de comer a las bestias de Francisco, que está de viaje, ven sobre las seis que necesito hablar contigo.

– No creo que pueda. – respondí sintiendo que me llevaba a una encerrona.

– Vienes tú o vengo yo. Tú eliges. – sentenció.

Una vez más me quedé observando como se marchaba, pero esta vez lo hacía con calma, fríamente, seguro de sí mismo. Aquello me preocupó aún más. Nada bueno podía salir de un nuevo encuentro, nada bueno.

Tal vez había llegado la hora de tomar grandes decisiones, ya no decisiones sencillas como si cambiar de país o no, sino más importantes, la vida o la muerte tal vez, o la vida en paz y armonía o la muerte en vida.

PARA ANA

Ana, esto es para ti, he intentado recordar nuestra historia tanto como me resultó posible y recomponerla en palabras, lo cual me ha resultado harto difícil. En realidad nunca la escribí para entregártela a ti, y menos en una situación como esta, pero ahora veo que tal vez pueda resultarte útil ya que algunas cosas puede que no llegue a contártelas por mí misma, por eso aprovecho a dejártela junto a esta carta.

Creo que no he logrado el objetivo de nuestras vidas, creo que te he fallado, que mi intención de conseguir para tí un mundo mejor no ha tenido éxito ninguno, a pesar de haber conseguido sí las dos muchos de nuestros objetivos comunes, no he podido lograr el más importante: la paz en nuestras vidas.

Creo también, que tampoco he logrado cumplir el objetivo

conmigo misma, me he fallado también, no he sabido conducir mis emociones ni mis sentimientos, me he dejado llevar por una oscura y desconocida parte de mí misma, la cual realmente no sé cuándo ni dónde nació, tal vez haya nacido conmigo y no me haya dado cuenta hasta ahora. Espero sepas perdonarme y comprender que soy tan sólo un ser humano, falible como todos, a pesar de mi suprema arrogancia por creerme mejor por mis conocimientos académicos.

Pequeña, si lees esto, será porque ya no puedo contarte el resto fácilmente, y si bien es cierto que has compartido conmigo toda la vida, que hemos estado unidas corazón a corazón, quería dejarte claramente mis ideas y mis sentimientos. No quiero que repitas mis errores y mucho menos que busques culpables. Hoy, tal vez, haga algunas cosas de las cuales luego me arrepienta, es más, sé perfectamente y de antemano que pase lo que pase me arrepentiré, pero es que una vez más no encuentro la salida. No encuentro la salida a esta situación ni a mi vida entera, porque he permitido que toda mi existencia se convierta en un manojo miserable de emociones y no sé realmente cómo te causo más daño, si con la decisión que he tomado o permitiendo las acciones de los otros en contra de mi propia voluntad. Y créeme que no quiero ni permitiré que la acción de nadie te lastime ni te ponga en peligro, así que prefiero vivir con la culpa de haber actuado con la intención de evitarlo a pasar el resto de mi vida arrepintiéndome por no haber hecho nada al respecto.

Tengo miedo, mucho miedo, aunque nunca me he permitido reconocerlo ni mostrarlo, tengo miedo del presente, del futuro y sobre todo de mí misma. Detesto este maldito silencio de palabras y acciones que me ha acompañado durante toda la vida..., este sentimiento de estar fuera de lugar, de no comprender, de sentir la soledad pegada a mi cuerpo como una doble piel, una piel que sólo ha sido rota por tí y los increíbles momentos que hemos pasado juntas desde el mismo día en que naciste.

Te quiero, princesa, y eres la única persona a la cual puedo decírselo sin temor ni vergüenza. Te quiero y pase lo que pase no te abandono, sólo intento conseguir que vivamos en paz y felices, por una vez en toda nuestra vida.

Espero regresar a casa y destruir esto, comenzar de nuevo, una vez más, estar contigo en los grandes y pequeños momentos, ver tus

hermosos ojos sonreir cada mañana al despertar, montar contigo por el río y reir juntas, soñar con un presente mejor y un futuro perfecto.

No sé qué sucederá hoy, pero sea como sea no dejes de soñar y desear algo más grande para tu vida. Por favor, no te conformes con lo que simplemente te ofrecen, busca y rebusca, lucha con todas tus fuerzas por lo que deseas y no calles jamás lo que sientes, no sea cuestión que luego te arrepientas.

Cuida a Temujin si debo ausentarme un tiempo y dile, aunque ya se lo he dicho antes, que es mi niño, que es el mejor y que me espere, que volveremos a pasar buenos ratos juntos y no permitas que nadie lo monte, salvo tú misma.

Por favor, dile también a Alfredo que lo siento, que hubiera deseado que las cosas fueran diferentes, que aunque no logramos lo que queríamos siempre ha formado parte de mis afectos más profundos y que no fue jamás mi intención lastimarlo, lamentablemente creo que lo he herido más intentando resguardarlo ..., pero no he podido hacer otra cosa ..., no he podido luchar con mis emociones, mis culpas y mis pasiones.

Princesa, cuídate, ya volveremos a estar juntas, una vez más y para siempre, los prados de nuestro corazón siempre serán nuestros y nada ni nadie podrá arrebatárnoslos.

Te quiero,
Paula

UN ÚLTIMO ENCUENTRO

Paula, mi hermana, mi madre, mi amiga, mi compañera inseparable, la luz por los que mis ojos veían, no deseo en verdad escribir esto y de hecho no he podido hacerlo hasta luego de un tiempo, demasiado tiempo padeciendo tu ausencia. Tú has dejado estas memorias impregnadas de nuestro dolor, nuestra alegría, nuestra vida, y no puedo hacer menos que finalizarlas. Tal vez porque esa sea la mejor manera de elaborar mi duelo y tenerte conmigo al menos por unos momentos un poco más.

Encontré tu carta, Paula, y te busqué afanosamente por todas partes, monté a Temujin que es el más rápido y corrí con él por todo el valle de un sitio a otro, buscándote por todos los lugares conocidos y desconocidos ... Si tan sólo me hubieras dado una pista, un nombre, un lugar ..., pero tan sólo te has limitado a despedirte y dejarme la ardua tarea de vivir sin ti. Si me hubieras dicho que ibas a encontrarte con Manuel en la casa de Francisco, si me hubieras dicho que llevabas una pistola tal vez hubiera llegado a tiempo para haceros entrar a ambos en razón, pero fue tu silencio, una vez más, el que paralizó todo.

No podía con mi desesperación, Paula, no podía siquiera respirar mientras la impotencia por hacer algo se apoderaba de mí a medida que recorría la zona buscándote desesperada y locamente. Si al menos hubieras confiado en mí antes, antes de escribirme la carta, antes de encontrarte con Manuel, tal vez las cosas hubieran sido diferentes. Tal vez yo misma soy culpable en parte, quizás he sido demasiado dura respecto a muchas de mis apreciaciones y por ello no has confiado en mí, o tal vez me has considerado siempre como tu hermana pequeña a la que había que cuidar, pero créeme que en la situación en la que estaba hubiera podido también cuidar de ti,

como tú cuidaste siempre afanosamente de mí, y eso deseaba al buscarte, poder cuidarte por una vez a ti, porque sabía que lo necesitabas, como lo has necesitado siempre, que alguien te cuide, aunque nunca has querido reconocerlo.

Algunas cosas las supe por lo que contó la gente, otras porque las vi yo misma, de todas maneras nunca sabré exactamente lo que sucedió más que por las especulaciones.

Manuel te esperaba en la casa de Francisco ¿Por qué fuiste a verlo? ¿Por qué acudiste a su encuentro? Te hubieras quedado aquí en la casa, conmigo, y entre las dos le hubiéramos hecho frente si era su violencia a lo que temías. Sabes que siempre te he dicho que prefería vivir un mal momento yo antes de que tuvieras que vivirlo tú. Pero tuviste que acudir a él, y él, lo sé, sufría por amarte y no tenerte, jamás pudo comprender la pesada carga que guardabas en tu interior. Intentó convencerte con palabras y súplicas ¿verdad?, es como si lo estuviera viendo, tantas veces me había hablado de ti, lo he visto feliz y radiante antes de encontrase contigo, abatido y entristecido luego de las despedidas. Lo he visto echarte de menos, cuando montábamos juntos y nos deteníamos en alguna parte para descansar sin bajar de nuestras monturas, él me miraba, me sonreía paternalmente y me decía que me parecía muchísimo a ti, otras veces me pedía que te llamara para que vinieras a montar con nosotros porque él no se sentía con el valor suficiente para hacerlo por sí mismo. Había aprendido a conocerlo a lo largo de los años, a estimarlo profundamente, pero también a detestarlo. Lo he visto irracional al máximo, pero nunca imaginé que llegara a serlo contigo.

Aquella tarde estoy segura de que te dejaste vencer por su amor, sus palabras, su emoción y su pasión, hasta que supo con qué intención habías acudido a su encuentro, con la intención de matarle, de arrancarlo de ti y de tu vida de una vez por todas y para siempre, para no sufrir más, no amarle más, no desearle más. Supongo que aquel fue el único motivo por el que llevabas contigo una pistola. Sabías sobre él, sobre sus impulsos incontenibles, su pasión por todas las cosas que sentía, su indomable genio, pero tuviste que desafiarle, tuviste que decirle lo harta que estabas de su amor, de su pasión, de su locura, de él mismo y de todo, tuviste que enfrentarte a él con dientes y uñas aún cuando él jurara amarte.

Manuel debe haber sentido la impotencia aflorar en su interior de manera incontenible ¿cómo podía hacer para que comprendieras sus sentimientos? ¿Existían acaso palabras que no hubiera utilizado en algún momento para convencerte? No lo creo... Aunque eso no justifique ni disculpe lo sucedido. Te encontraron allí, en las cuadras de Francisco, sobre los fardos de heno, como una muñeca rota arrojada al vacío por las manos desaprensivas de un niño... Manuel debe haber usado sus manos para aferrarte a él, sujetarte o convencerte, no habrá querido que te apartaras de su lado una vez más. Supongo que jamás se había encontrado antes con una criatura frágil como tú y segó tu vida como quien coge bruscamente con sus manos una mariposa. Quiero creer que no quiso asfixiarte, ya que tenía un arma allí mismo si hubiera deseado realmente quitarte la vida. Quiero creer que intentó aferrarte a él o aferrarse a ti, a tu vida, a tu cariño, a tu corazón y a tu alma, sin lo cual él, realmente, no era nada.

Te busqué tanto entonces, tanto..., que aún luego de conocer la noticia seguí corriendo a diario para encontrarte, porque tal vez todo había sido una gran mentira y te encontraría en cualquier momento al otro lado del río, esperándome con tu sonrisa y tu paciencia, con tu bondad hacia mí y tu pujante necesidad de vivir, una vez al menos, plenamente y en gracia con el resto del universo...

Luego de lo sucedido, dicen que Manuel cogió el mismo caballo con el que llegó a casa de Francisco y montado en él fue a casa de Paco, ya sabes, aquel que solía acosarte y complicarle la vida a Manuel contándole todas las mentiras que cabían en su cabeza para alejarlo de ti. Dicen que lo encontró en su casa, alimentando a las gallinas junto a su familia en aquella ardiente tarde de verano, dicen que se limitó a entrar al patio a caballo, gritar su nombre y dispararle dos veces al pecho. Le disparó con la misma pistola que tú llevabas preparada aquel día para él mismo. Dicen que se mostró frío, como si no hubiera sentimientos en su interior, como si se encontrara vacío. La familia de Paco jamás llegó a comprender los motivos de su muerte, conocían a Manuel de toda la vida y no hubieran podido imaginar una actitud semejante. Creo que Manuel buscó culpables por todos sitios, sin embargo hubiera sido suficiente con que no hubiera escuchado las palabras de Paco en su momento,

claro está que él jamás se caracterizó por analizar las cosas de esta manera.

Paula, lo siento, pero no he podido disculparme por ti con Alfredo como me has pedido en tu carta, porque lo siguiente que hizo Manuel fue llegar a casa, mientras me encontraba buscándote, y mientras Alfredo bajaba las compras desde el coche a la casa le disparó por la espalda. A Alfredo lo encontré yo misma, boca abajo en el suelo, en un lago de sangre y tierra, con los ojos abiertos y la mirada sorprendida, sin comprender lo que había sucedido. Otro culpable a los ojos de Manuel, supongo, pensaría que si no hubieras estado viviendo con él hubieras tomado otras decisiones, o tal vez, simplemente, lo hizo por no saber cuidarte, por despreciarlo profundamente a causa de su falta de atención hacia ti.

Paula, antes de encontrar a Alfredo, llegué al río, donde solíamos montar juntas y donde sé que solías encontrarte con Manuel, el mismo río donde alguna que otra vez Manuel y yo misma solíamos montar entre conversaciones amenas, donde me enseñó a montar y me habló cientos de veces sobre tí. Aquella tarde desde el pequeño puente lo vi, de espaldas, montando lentamente al paso, me quedé mirándolo, dudando entre llamarle a gritos ya que sabía que tu carta estaba relacionada con él, pero no exactamente cómo, o correr hacia allí directamente, no supe qué hacer, me sorprendió que no estuvieras con él, me demoré unos instantes meditando y temiendo por tí. Vi como Manuel arrojaba su sombrero a un lado, como si ya no le importara nada, y pude ver la pistola en su mano derecha. Al verla el corazón se salió de mi pecho, no comprendía en absoluto lo que estaba sucediendo. Vi entonces como sus dedos se relajaban y la pistola parecía deslizarse de ellos, como si ya no le quedara voluntad alguna, para después rápidamente, tan rápidamente que no me dio tiempo más que para sentir como todo se derrumbaba a mi alrededor y sobre mí misma, ver que la colocaba en su sien y se disparaba, se quedaba erguido un instante sobre su montura y se dejaba luego caer hacia un lado mientras su caballo se detenía en el mismo instante en que él caía. Había llegado a apreciar a aquel hombre atormentado, no sabía lo que había sucedido contigo en aquel momento, sólo sabía que él había llegado a ser lo más parecido a un padre que había tenido en la vida y yacía inerte en medio de su propia sangre a pocos metros

de mí sin haber hecho yo nada para evitarlo.

No te has ido sola, Paula, no ha sido así, contigo se han marchado prácticamente todas las personas que me rodeaban ..., los buenos, los malos, los buenos y malos ... y tú, el ser más importante de toda mi existencia, la única que ha estado conmigo siempre, mi compañera inseparable.

Sabes, monto a Temujin a diario pero te echa muchísimo de menos, creo que lo habías hecho también tu confidente y ahora espera siempre que le hable y le cuente cosas, pero yo ya no sé qué cosas contarle más que sobre el vacío de esta inútil existencia. Es cierto, hermana, que los prados de nuestro corazón nadie podrá arrebatárnoslos, y allí te veo siempre, día a día, mientras intento continuar con esta vida y cumplir esta vez sola nuestros objetivos y cuando veo a nuestras yeguas con sus potros corriendo, porque tenemos muchas más yeguas ¿sabes?, pienso en ti y en qué sentirías al verlas, y sé que te sentirías feliz y sonreirías y me dirías que tenga cuidado, que no me arriesgue, que no me meta en medio, que nunca se sabe ... y yo también sonrío recordando tus cuidados y celo. Y sé, que más pronto que tarde nos encontraremos nuevamente, que tus ojos me dirán como nunca nadie cuánto me quieres y nos recrearemos paseando por aquel lago escondido en el tupido bosque de nuestra imaginación, tal como me contabas cuando era niña, aquel lago en el cual sólo van a beber los unicornios, unicornios que para el resto sólo parecen yeguas normales porque únicamente pueden verlos tal y como son aquellos puros de espíritu, y podremos montar en todos y cada uno de ellos para perdernos en el vientre del bosque, tan tibio y protector como una madre.

FIN